

 Los viejos  
amigos **Sílvia Soler**



# Índice

Portada

Dedicatoria

Cita

Primera parte

Ada y Mateu

Santi y Marc

Mateu y Lúdia

Ada y Marc

Lúdia y Ada

Mateu y Santi

Ada y Santi

Marc y Mateu

Lúdia y Santi

Segunda parte

Marc y Lúdia

Tercera parte

Sábado, 25 de abril de 2015

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

# Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

*A mi hijo Ferran. Ahora es él quien, en justa correspondencia, me empuja y me exige para hacerme crecer. Y a los viejos amigos*

Entonces, cuando yacíamos  
abrazados frente a la ventana  
abierta al desmante de olivos (dos  
semillas desnudas dentro de un fruto que el verano  
ha abierto violento, y que se llena  
de aire) no teníamos recuerdos. Éramos  
el recuerdo que tenemos ahora. Éramos  
esta imagen. Ídolos de nosotros  
para la fe sumisa de después.

GABRIEL FERRATER, *Ídolos*  
(*Mujeres y días*. Traducción de Pere Gimferrer,  
J. A. Goytisolo y José M.<sup>a</sup> Valverde)

Primera parte

## Ada y Mateu

Qué interesante sería poder recordar la primera impresión que nos causó una persona al cabo de los años, cuando ya la hemos conocido, cuando la queremos.

Aquel día, el primer día en la Facultad de Bellas Artes, Mateu se fijó en Ada, la chica de los ojos extraordinarios. Esos ojos eran, de entrada, un reclamo: grandes y claros, de un color indefinido entre el gris y el azul. Sus miradas se cruzaron apenas unos segundos, pero los ojos de Ada le parecieron fríos como peces de escamas grises

Aun así, siguió observándola durante un rato desde el otro lado del aula porque, de esa chica, aparte de los ojos, le gustaba todo. La miró descaradamente, con una insistencia que buscaba una reacción —ya fuera de rechazo o de correspondencia—, pero ella lo ignoró. Fingió que el calor de su mirada, que le lamía los brazos desnudos y la sinuosa línea del cuello hasta la clavícula, ni siquiera le rozaba la piel. La verdad —Mateu lo supo en ese mismo instante— era que la abrasaba. Pero no se lo podía permitir, no podía hacerle caso.

Aquella chica había vivido dieciocho años, nueve meses y tres días esperando ese momento: su entrada al mundo universitario, al mundo de los adultos. Había preparado a conciencia, casi como si fuera una epifanía, ese primer día, el momento en que una deslumbrante criatura se daría a conocer y encontraría su lugar. No veía el momento de dejar atrás a la adolescente vulgar y de familia humilde sumergida en la viscosa mediocridad. Se la quitaría de encima como la serpiente cuando muda la piel, como el gusano de seda que se convierte en mariposa.

Con ese objetivo buscó, al acabar el colegio, el modo de sofisticar su nombre, y pidió a su familia y a sus mejores amigas que se acostumbraran a llamarla Ada. Nada de Imma. No, Imma nunca más. Las chicas accedieron a su petición con entusiasmo y con cierto grado de excitación (en el fondo, siempre habían sabido que ella era distinta, y estaban convencidas de que conseguiría crearse un personaje nuevo con el que dejaría atrás el colegio de monjas, el barrio de Sant Andreu e incluso a ellas), pero a sus padres les costó mucho. Durante todo el verano, la casa se llenó de «Oye, Imma..., ay, Ada» y «pregúntale a Imma..., ¡perdón!, quería decir Ada». Su hermana gemela estaba harta y, a veces, para vengarse de tanta tontería, la hacía rabiarse: «Imma, Imma, Imma, Imma».

Aquel primer día de facultad —ese momento fundacional—, la nueva Ada no podía permitirse un intercambio de miradas cómplices con el tipo más desaliñado del grupo, el de las greñas oscuras que le tapaban media cara, el que arrastraba unas alpargatas roñosas, el que compartía conversación y cigarrillo con una especie de Sinéad O'Connor rapada y desmirriada, la peor calaña entre los aprendices de artista.

Buscando aligerar la presión de aquella mirada lasciva, Ada inició una banal conversación con la chica junto a la que se había sentado. Se había acercado a ella porque parecía de buena familia: llevaba unos vaqueros de marca con camisa blanca de corte impecable, el pelo rubio oscuro recogido en una cola de caballo, mocasines de piel y unos discretos pendientes de oro. La chica —que, efectivamente, vivía por encima de la Diagonal— alargó la mano, con un gesto insólito que probablemente no habría hecho ningún otro alumno de Bellas Artes, y dijo su nombre: Glòria Ponsirenes.

Satisfecha, Ada hizo lo propio: Ada García-Torralba. Lo dijo como si fuera un solo apellido, y se lo imaginó escrito con un guion. Le pareció que sonaba bien. Sonrió, incapaz de disimular su satisfacción: adiós a la aburrida Imma García. Hola, Ada García-Torralba. Había nacido una estrella.

Y, a Dios gracias, ella tenía el físico adecuado para la nueva Ada: era esbelta, con el cuello largo, los pómulos marcados y unos ojos enormes y separados. También tenía —y de eso estaba convencida— una aptitud que la diferenciaría de la masa. En la carrera, Ada adquiriría, además, eso que se conoce como *savoir faire*; aprendería a relacionarse socialmente, acumularía conocimientos y potenciaría su talento natural. Se imaginaba, a punto de cumplir los cincuenta —elegante, con el pelo gris y vestida de Armani—, inaugurando una gran retrospectiva sobre su obra en una galería chic del Eixample.

Durante el primer trimestre, prácticamente no hubo ninguna relación entre Mateu y Ada. Las ávidas miradas del chico fueron perdiendo intensidad hasta desaparecer del todo. No tenía ninguna necesidad de mendigar la atención de aquellos ojos cenicientos. En primero de Bellas Artes había chicas de ojos azules como piscinas, chicas de ojos sonámbulos, chicas de ojos encendidos. Y él, Mateu, gracias a aquel aire insolente y a aquella barba larga y oscura, era objeto de torrentes de miradas. La amiga que intentaba parecerse a Sinéad O'Connor y que lo seguía por todas partes como un perrito faldero decía que Mateu se daba un aire a Gustav Klimt. No era cierto, pero sabía que a él le gustaba oírlo. Y, por una sonrisa de Mateu, aquella chica habría sido capaz de decirle que podía pasar por el hermano gemelo del mismísimo Leonardo.

Mateu no se parecía a Klimt, pero sin duda tenía la mirada inteligente, viva y penetrante de Klimt, y de Picasso, de Renoir, de Frida Kahlo o de Modigliani. También la de Leonardo.

Y tenía una voz grave y aterciopelada que hilaba argumentos apasionadamente, sobre todo cuando se trataba de hablar de arte. Los profesores lo escuchaban, los compañeros lo respetaban. No necesitaba reinventarse ni tampoco crearse un personaje. Precisamente por eso no despertaba en Ada ninguna simpatía. Cualquiera habría podido pensar que lo envidiaba, que envidiaba aquel liderazgo suyo ejercido con naturalidad, aunque tampoco estaba muy claro. Admiraba la vitalidad de su mirada, pero detestaba su aspecto desaliñado.

Eran dos alumnos brillantes, que intervenían a menudo en clase y se disputaban la atención de los profesores. Esa competitividad se hacía especialmente patente en las clases del doctor Vegara, el eminente antropólogo que les había descubierto la capacidad humana para representar la realidad a través del arte y les abría ventanas a mundos exóticos y a culturas que no habían sido mancilladas por la llamada civilización; un mundo misterioso y deslumbrante de chamanes y danzas rituales que los inspiraba y los excitaba.

Las clases de Vegara podían limitarse a su exposición magistral —que los alumnos escuchaban con auténtica devoción— o transformarse, en cualquier momento, en un encendido debate sobre, por ejemplo, si el arte hace o debe hacer compatibles el conocimiento científico y el pensamiento mágico.

Mateu, que ya entonces era un lector voraz que digería y sacaba provecho de todo lo que leía, levantaba su poderoso brazo y pedía la palabra para citar a Lévi-Strauss: todo el mundo sabe que el artista tiene a la vez un poco de sabio y un poco de artesano.

Vegara asentía, y Mateu, con una sonrisa de satisfacción en los labios, volvía a sentarse y echaba una mirada a la zona oeste del aula, donde había visto de reojo que estaba sentada la estirada de los ojos grises.

Ada acusaba de pedante a Mateu, y no dudaba a la hora de sembrar dudas insidiosas sobre la solidez real de sus conocimientos en el ámbito del arte. Insinuaba que, en el fondo, era todo una gran *mise en scène* (y lo decía así, con ese acento francés del barrio de Sant Andreu aplicadamente adquirido en las clases de sor Ángela): la barba descuidada y más larga de lo habitual, los pañuelos al cuello de colores vivos —morados, verdes, rojos—, el tabaco de picadura, la mochila siempre medio abierta para que asomara la cabeza algún libraco sobre teoría del arte, iconología o estética.

Los dos reclamaban atención, deseosos de recibir los halagos del profesor y de responder rápidamente y con inteligencia a sus interpelaciones.

Por eso, aquella mañana de diciembre, cuando el doctor Vegara entró en clase con su paso decidido y, sin tan siquiera dar los buenos días, preguntó: «¿Quién sabría decirme algo interesante sobre Gauguin?», los mecanismos internos de Ada y de Mateu se activaron y los dos levantaron la mano a la vez.

—La chica del jersey de cuello alto... ¿Ada, verdad?

Vegara se acordaba de su nombre. Ada paseó brevemente la mirada por el aula saboreando ese primer triunfo.

—Postimpresionista francés. Su pintura evolucionó hacia el sintetismo y el simbolismo, especialmente durante su etapa en la Polinesia. Su concepción estética ejerció una poderosa influencia en los movimientos expresionista y fovista.

Pausa. Ada cogió aire y clavó sus ojos acerados en el profesor, que la miraba impertérrito. Decidió continuar.

—Algunas de sus obras más famosas son *El cristo amarillo*, *Tahitianas en la playa* o *Van Gogh pintando girasoles*. Su relación con Van Gogh...

—Gracias, Ada. Escuchemos también al señor Alert.

Ada se sentó con la espalda muy recta, como le habían enseñado a hacerlo las monjas. Le habría gustado poder lucirse más. Se mordió el labio mientras veía las miradas de sus compañeros puestas en Mateu, que se había levantado sin prisa, como si le diera pereza. Pensó que no le iría mal una buena ducha.

—Gauguin era un salvaje. ¡Quería ser un salvaje! Por eso dejó atrás una vida convencional, pasó hambre, soportó el desprecio de la crítica y del público... todo por la pintura, sin normas sociales ni académicas, buscando la esencia. Intentó encontrar el paraíso en la Bretaña, en Tahití o en Martinica, y quiso enseñar a sus amigos europeos, blancos y burgueses, que la belleza podía tener otras formas y colores. Solo contaba con sus pinceles y sus óleos y una fe inmensa en su arte. Pintó árboles azules, soles a pleno sol; campos rojos; flores como chispas. Decía que el proceso creativo nace cuando sentimientos extremos entran en contacto en el interior del artista y todo estalla como un volcán. Y también decía que solo es feliz quien es libre. Y que solo es libre quien es lo que puede ser, es decir, lo que debe ser.

El silencio vibraba cargado de entusiasmo; hasta Ada pudo notarlo. Mateu se sentó de aquella manera tan típica de él, medio encogido, con el cuerpo repantigado con indolencia. El profesor Vegara se limitó a mover la cabeza un par de veces, asintiendo con un inequívoco gesto de aprobación. Y entonces les anunció que esa primavera, la de 1989, se celebraría, en París, la exposición más importante que hasta entonces se había hecho sobre Paul Gauguin, con piezas procedentes de museos de todo el mundo. Era una ocasión única, dijo Vegara, y les animó a viajar a la capital francesa para verla.

Esa noche, Ada durmió poco y mal. Se odiaba. Odiaba su discursillo mediocre de estudiante de bachillerato sobre Gauguin. Aquella insignificante entrada de enciclopedia. Aquella ridícula intervención en la clase del doctor Vegara. Había desperdiciado su primera oportunidad para lucirse delante de él y de la clase resucitando a la repelente y patética Imma García.

Y seguía odiándose sin remedio cuando al día siguiente, a primera hora, entró en el bar de la facultad a tomar el café, con la cabeza gacha y una actitud ensimismada. Allí la esperaba, exultante, su amiga Glòria. «¡Ven! —le decía mientras la empujaba por el pasillo—, ¡ven a mirar el tablón de anuncios, corre!» Ella se dejó llevar, aunque fuera incapaz de interesarse por ninguno de los anuncios que los profesores o la secretaria pudieran ofrecerle esa mañana.

Glòria la agarró de la mano durante los últimos metros, se colocó detrás de ella y la hizo avanzar dos pasos antes de dejarla situada exactamente delante de una hoja de papel amarillo. Sin ganas, Ada leyó: «Se ofrece conductor para viajar a París para ver la exposición de Gauguin». Y debajo, en letra más pequeña: «Si alguien quiere ir y dispone de coche, puede ponerse en contacto conmigo en el teléfono...».

Qué cara más dura, pensó de inmediato. ¡Un fresco que no tiene coche y quiere conseguir uno sin pagar un duro!

Glòria le daba impertinentes golpecitos en las costillas. «¿Qué? ¿Qué? ¿Nos apuntamos?»

Solo entonces —las letras se movían delante de sus ojos debido a los codazos de su amiga— vio su nombre. El caradura que firmaba el anuncio: Mateu Alert. Su reacción no se hizo esperar: «¡Yo con ese tío no voy ni a la vuelta de la esquina!».

Glòria, en cambio, aseguró que, si al final aparecía algún coche, ella sí se apuntaría. ¡Imagínate! ¡Un viaje a París!

Y el coche apareció al día siguiente: un tal Santi escribió en el papel del tablón de anuncios que él también quería ir a París y que su tío le prestaba un Peugeot 205 que estaba en bastante buen estado. Justo debajo, alguien había escrito: «¡Yo también me apunto!», y un nombre: Lúdia. Ada volvió a decir que, por mucho interés que despertara en ella la exposición de Gauguin, de ninguna manera estaba dispuesta a hacer un viaje con aquel desgreñado.

Al día siguiente, Glòria le contó, compungida, que sus padres no la dejaban ir a París. Ada los justificó, comprensiva: «No me extraña, con unos chicos a los que no conoces de nada, y que, además, no deben de tener mucha experiencia al volante... Cualquiera se fía».

En la lista del tablón de anuncios apareció un cuarto nombre: Marc Daura. Ada sabía quién era, lo tenía controlado. Un chico de buena planta, que normalmente llevaba polos de tonos claros, con una mandíbula ancha que encajaba una sonrisa franca y el perfil griego. Hacía semanas que intentaba tropezar con él en el bar o en la biblioteca, pero todavía no había encontrado el modo de entablar conversación.

—¿Vamos? —Glòria la apremiaba porque no quería llegar tarde a clase de escultura, una asignatura en la que destacaba.

—Adelántate tú. Yo voy ahora...

Antes de darse la vuelta, Glòria vio que Ada sacaba un bolígrafo y escribía algo en la hoja del viaje a París. Supuso que los estaría insultando y se acercó a ver. No. Solo había escrito su nombre debajo de los de Mateu Alert, Santi, Lúdia y Marc Daura: Ada García-Torralba.

Ante la mirada estupefacta de su amiga, Ada se volvió con una gran sonrisa en los labios: «¡Pues ya somos cinco!».

Del viaje a París, Mateu recuerda una noche: la lluvia fina, la ropa empapada, el temblor que sacudía el cuerpo de Ada, la humedad calándole los huesos. Estaban sentados en la orilla del Sena, sobre la piedra, y ella tenía frío y quería irse. Él no quería que se marchara y le decía que cerrara los ojos y pensara en los cuadros de Gauguin que habían visto horas antes: «Cierra los ojos y el frío desaparecerá. Mira, hace una noche tropical, estamos en una tierra de maravillas, fecunda, rodeados de una vegetación exuberante, ¿no hueles el perfume de las gardenias? Las chicas haitianas de piel oscura van descalzas, quieren pisar la tierra húmeda. Los colores son fabulosos, el aire es tibio».

Mientras él hablaba, ella —que todavía temblaba— se apoyó en su pecho, arrebujaada en su anorak de plumas. Entonces levantó la mirada hacia él, esos estanques que hasta ayer le habían parecido enfangados y que hoy eran diáfanos, y con la mirada le dijo: «Vale, me quedo».

—Ayer éramos dos desconocidos y hoy somos hermanos, ¿te das cuenta?

Ada lo rectificó:

—Más que desconocidos. Nos odiábamos. Yo te odiaba desde el día que me humillaste en la clase de Vegara.

La corriente de antipatía que había circulado entre ellos prácticamente desde el primer día de curso se había esfumado hacía un rato, mientras cenaban con los demás. Estaban sentados en el rincón de un café, alrededor de una mesa de mármol, y la conversación había ido derivando hacia las respectivas infancias de cada uno.

Marc habló de sus hermanas menores, de su abuelo pintor, del año que los Reyes le habían traído el caballete y las pinturas, de aquel cero en mates, del *hockey*, de su viaje en familia a Nueva York.

Santi, del piso húmedo de Sant Adrià, de los boquerones con vinagre, de la gata Perlita, del hombre que pintaba las tres torres de la térmica con acuarelas, del verano con neumonía.

Lídia, de la tienda de marcos de sus padres, de los clientes artistas, de la habitación que compartía con su hermana (y de las colchas llenas de arcos iris), de los veranos en Palamós, de aquella profesora de dibujo con la melena gris que soltaba palabrotas.

Ada escuchaba enfurruñada: no tenía ningunas ganas de hablar de sus primeros años en Sant Andreu, de la triste habitación de las literas, de sor Ángela y el punto de cruz, de los garbanzos, de la mema de Heidi, de las tediosas tardes de domingo, Betis-Rayo Vallecano X. Se había hecho el firme propósito de no reconocer todo eso como propio, de borrar su infancia e inventarse una nueva, con una habitación amplia, de grandes ventanales, con las paredes de color fresa y la luz entrando a raudales, sin más cama que la suya.

Pero no sabía si tenía el valor suficiente para mentir, no se consideraba una cínica. ¿O quizá sí? Mientras le daba vueltas a eso, vio que los demás estaban muy concentrados. Lo veía en sus cuerpos, ligeramente encorvados hacia delante, en sus ojos como platos y en el silencio, que parecía que podía crujir como el papel celofán. Prestó atención.

Era Mateu. Captó algunas palabras sueltas: paliza, padre, insultos, miedo. Hablaba despacio, con esa voz tan grave que va menguando y menguando hasta que parece que vaya a hundirse bajo tierra. Estaba contando que su infancia era apenas un mosaico de recuerdos terribles. Que su padre bebía y le pegaba unas tundas de miedo. Que le dolían más los insultos que las bofetadas: «Cabronazo, bastardo, idiota, basura». A Ada, horrorizada, le pareció que Mateu hablaba cada vez más despacio y que su voz resonaba como si estuviera en una catedral.

Los demás lo escuchaban con una mezcla de compasión y de rabia, y todos, Mateu y el resto, ignoraban la sangrante batalla que se libraba en ese momento junto a ellos, en el interior de su compañera, que se había ido encogiendo hasta quedarse arrinconada. Ada se protegió levantándose el cuello del jersey y se tapó la boca y la nariz; la lana, de un tono azul celeste, le hizo cosquillas debajo de los ojos, que se le habían aclarado hasta parecer exactamente del mismo azul que el jersey.

Notó cómo Marc buscaba palabras de apoyo y de simpatía, cómo Lúdia se secaba discretamente una lágrima y cómo Santi cogía a Mateu por los hombros y lo sacudía afectuosamente. Ada no se movió ni un milímetro; estaba segura de que si lo hacía las palabras brotarían de ella involuntariamente, la desbordarían por acumulación y buscarían oxígeno porque se le ahogaban dentro.

Al cabo de un rato, la conversación había ido languideciendo y los amigos bostezaban uno tras otro. Estaban cansados, y al día siguiente querían despertarse temprano para ir a ver a los impresionistas, así que se levantaron de la mesa, con el consiguiente chirriar de sillas, y alguien preguntó:

—¿No vienes, Ada? ¿No te encuentras bien?

Y ella asintió primero y después negó con la cabeza. Le temblaba la barbilla cuando intentó hablar. Los demás volvieron a sentarse, Lúdia le dejó reposar la mano en su brazo y volvió a preguntarle: «¿Estás bien?».

Y, mientras Ada seguía muda y quieta, Imma encontró la voz y habló, y dijo que sabía de lo que hablaba Mateu porque en su casa también había una persona que bebía demasiado, pero que no era su padre, sino su madre, y eso era aún más desconcertante para una niña, más terrorífico, más vergonzante.

Ya está, ya lo había dicho. Imma se marchó y la dejó a ella, a Ada, indefensa ante el peligro. Se hizo un silencio duro como una piedra que Mateu hizo trizas estampando con fuerza la mano contra el mármol de la mesa.

—¡A ver! ¡Necesitamos más vino! *Garçon, s'il vous plaît!*

Ada se levantó. Parecía haber adelgazado, estaba muy pálida. Se sentía totalmente incapaz de enfrentarse a aquella situación. El alcoholismo de su madre era su secreto inconfesable, no podía imaginar una humillación mayor que la de exponerlo delante de sus nuevos amigos. No tenía ni idea de qué la había empujado a hacerlo, pero, fuera como fuese, acababa de enterrar a Ada García-Torralba. Ahora volvía a ser Imma García, la niña de barrio condenada a la mediocridad. Jamás se lo perdonaría.

Temblaba a causa de la indignación que la embargaba. Lúdia lo notó y sugirió a los demás que dieran la noche por terminada. Vamos a dormir, mañana será otro día. Los chicos enseguida le hicieron caso, encantados de poder huir de aquella situación tan incómoda. Todos salvo Mateu, que no se movió de su sitio y que, con un brazo de hierro descansando sobre el hombro de Ada, se aseguró de que tampoco ella se fuera.

Y así fue cómo Ada y Mateu terminaron en la orilla del Sena, muy cerca del río, bajo la fina lluvia de París. Con las manos entumecidas, los labios oscurecidos y los huesos doloridos por la humedad. Ella con todo su cuerpo apoyado en el pecho de él.

Ada lloró al recordar a la niña que deseaba que su madre no hubiera ido a recogerlas al colegio. Su hermana y ella salían de clase y paseaban la mirada entre la gente, una multitud de abuelos afectuosos, madres risueñas, abuelas que abrían los brazos y soltaban gritos de alegría cuando su nieta las abrazaba. Sus compañeras salían dándose empujones por la puerta y corrían hacia sus padres, hacia una tía, hacia su hermana mayor... que las recibían con una sonrisa.

Ella solo deseaba que su madre no apareciera. Aunque eso quisiera decir —lo sabía perfectamente— que había bebido más de la cuenta y se había quedado dormida en cualquier rincón de casa.

Los días que su madre iba a recogerla, Ada la distinguía enseguida y, sin darle ninguna oportunidad a su hermana, se acercaba a ella a toda prisa, la cogía de la mano y se la llevaba de allí a rastras para que no hablara con nadie.

A veces la cogía por la cintura y todo el mundo —su madre también— interpretaba el gesto como una muestra de afecto. Pero lo hacía solo para controlar su inclinación, porque se daba cuenta de que se tambaleaba al caminar.

Mateu la escuchaba mientras recorría con el dedo sus cejas, luego el puente de su nariz, luego su cuello. De vez en cuando le recogía de la piel una gota de lluvia que también podía ser una lágrima.

Por fin dejó de llover. En el cielo de París se abrieron algunos claros, y una luna amarilla, que no llegaba a ser del todo redonda, salió a contemplarlos. Justo en ese momento Mateu rompió su silencio. Le preguntó por su padre, por sus hermanas. ¿Recordaba a su madre sin beber? ¿Cuándo creía que había empezado su dependencia? ¿Había pensado alguna vez sobre lo que la había llevado a eso?

Y Ada evocó unos primeros años, pocos, muy felices. Con unos padres enamorados y aquellas gemelas tan guapas —Imma y Rosa— de ojos marinos. Es cierto que pasaban muchas estrecheces, pero había momentos luminosos, pequeños y refulgentes como luciérnagas en el gris de aquellos días.

Pero después su abuela —la madre de su madre— se puso enferma, muy enferma. Y, como era viuda, tuvieron que llevársela a vivir con ellos a casa. Los recuerdos empiezan a enturbiarse a partir de entonces. Su abuela perdió la cabeza y ya no era su abuela. Era una vieja enloquecida que gritaba y soltaba palabrotas. Su padre empezó a llegar más tarde por la noche, decía que en aquella casa no había quien viviera. Su madre estaba demacrada y no dormía bien. Entonces, supieron que se había quedado embarazada, y su padre se enfadó mucho. Decía que solo les faltaba un bebé dando por saco y cosas así.

Luego nació Àngels y, durante unos meses —que a Ada se le hicieron eternos—, su madre no pudo atenderla. O estaba con la pequeña o con la abuela. A su padre no lo veía prácticamente nunca: cuando Ada se levantaba, él ya no estaba, y, cuando se iba a dormir, todavía no había vuelto. Solo le quedaba Rosa, su gemela, que la seguía a todas partes y que quería jugar con las muñecas e inventar un lenguaje secreto que solo ellas conocieran. Ada —que en aquel entonces era Imma— le decía que era una pesada y la humillaba delante de sus amigas.

Cuando la pequeña empezó a ir al colegio, su abuela ya había dejado de hablar y de moverse, pero no acababa de morir nunca. Ada calculaba que fue entonces cuando su madre empezó a beber. Se pasaba los días encerrada en casa, sin hablar con nadie, sin nada que hacer salvo lavar a su madre, curarle las llagas y lavar las sábanas y las toallas manchadas de sangre y de pus. «Huele a pis por todas partes», se quejaba a menudo.

Por las mañanas, cuando Rosa y ella estaban a punto de salir de casa, con el uniforme azul marino y el pelo recogido en dos coletas, su madre las despedía en el umbral. Les metía un bocadillo en la cartera y les daba un beso en la mejilla. A Ada le llegaba su apesoso aliento. No sabía a qué se debía, pero no podía evitar dar un imperceptible paso atrás cuando su madre se acercaba a ella. Era, quizá, el recuerdo que más había perdurado, turgente y lustroso, en su memoria: ella rechazando los besos de su madre, presa de aquel asco que le subía por la garganta y le enrojecía las mejillas. Miraba a su hermana gemela buscando su complicidad, un pellizco de solidaridad. Pero Rosa parecía no darse cuenta de nada, parecía que no hubiera percibido el tufo a vino. Y Ada la detestaba por su estúpida inocencia.

Mateu la escuchó en silencio y compartió con ella las vergüenzas, los terrores nocturnos, la náusea, la humillación. Y añadió los moratones en la espalda y, después, el proceso de análisis y la reflexión: atar cabos, filtrar los recuerdos, comprender, perdonar.

Cuando se levantaron, tenían los muslos entumecidos y la zona baja de la espalda dolorida. Volvieron andando en silencio a la pensión, y ella soltó una risa tímida cuando Mateu metió los pies en un charco y empezó a imitar a Gene Kelly mientras tarareaba *Singin' in the Rain*.

Avanzaron de la mano por el pasillo de la pensión. Delante de la puerta de la habitación donde dormía Lída, Mateu y Ada se miraron a los ojos. Él recorrió con el dedo su mandíbula y le dijo: «Buenas noches, que descanses; hasta mañana».

## Santi y Marc

En París, durante ese primer viaje —que a pesar de su brevedad iba a durarles toda la vida—, supieron que Santi tenía mirada de artista. Más que el resto. Se paraba, se quedaba quieto durante unos segundos, y entonces llamaba la atención del compañero que tenía más cerca. «Mira a la mujer de la falda gris que está sentada en el banco, la farola, la alfombra de hojas amarillas. ¿Lo ves?», preguntaba, excitado. Y los demás, guiados por su mirada, veían, en efecto, un cuadro. «¡Mirad! ¡Mirad el puente desde aquí! ¿Veis esa pareja? ¡La chica que está abriendo el paraguas azul!» Era exactamente como si sacara fotografías, pero sin cámara. Contemplaba la escena durante apenas un instante, saboreaba la composición, la contemplaba durante unos segundos y, de pronto, se daba la vuelta y echaba a andar.

Marc decía que prácticamente podía oírse el chasquido del obturador de la cámara. «¡Sacas fotos con los ojos, Santi!», le decía, admirado. Y Santi sonreía, y sus ojos miopes, ocultos tras los vidrios graduados, se empequeñecían aún más.

Marc quería saber por qué no se había llevado la cámara. Habrían conseguido una colección excepcional de imágenes parisinas, le reprochaba. Santi negaba con la cabeza. Le aseguraba que no necesitaba guardar las fotos, que solo deseaba disfrutarlas durante un instante y a simple vista, sin intermediarios de ningún tipo. Los ojos capturan, decía, y ya está. Mantenía que la belleza de una composición efímera era aún más intensa. «Mira, ¿lo ves? La mujer del banco ya se ha ido. El cuadro ya solo existe en nuestra mente.»

Era hermosa. La explicación que daba era muy hermosa, aunque no fuera cierta, o al menos no del todo. La verdad era que Santi no tenía una buena cámara, ni podía permitirse comprársela. De hecho, para poder ir a París había tenido que endeudarse hasta las cejas. Se había comprometido a trabajar en el súper de sus tíos todos los sábados del año. Pero, aunque se las había ingeniado para no tener que pedir ni un duro en casa, sus padres le habían reprochado que se gastara un dineral en aquel viaje a París de cuatro días. Total, tanto revuelo para ver una exposición de cuadros y volver.

Eso era precisamente lo que Santi envidiaba de algunos de sus compañeros, como Marc o Lidia. Marc, que era nieto de pintor —la casa de sus abuelos estaba repleta de cuadros— y contaba con una nutrida biblioteca a su disposición, explicaba que sus padres lo habían animado a que hiciera el viaje a París y que, a última hora, incluso su abuelo le había dado algún dinero para sus gastos. Los padres de Lidia también habían celebrado el viaje de su hija a París y su pasión por Gauguin. Según contaba ella misma, en su casa no cabía ni un cuadro más. Tenían las paredes a rebosar de obras de pintores gerundenses que llevaban a enmarcar los cuadros a su casa y que, de vez en cuando, les regalaban alguno como muestra de gratitud.

Santi envidiaba todo eso mucho más que poder tener una cámara réflex. También entendía perfectamente que la situación económica que se vivía en casa no daba para pagarle caprichos al chaval en forma de escapadas a París. Jamás se le habría pasado por la cabeza pedirles dinero para algo así. Pero le habría gustado que mostraran interés y que fueran capaces de entender que una exposición

antológica de Gauguin no era en absoluto un capricho para un estudiante de Bellas Artes. Al final, su tío, aquel hombre rudo e iletrado que le había dado trabajo, lo vio tan compungido que, además, le ofreció el coche. La sensibilidad se oculta en los sitios más insospechados.

Y el arte, durante aquella primavera de 1989, se ocultaba en el imponente edificio del Grand Palais, en los Campos Elíseos de París. A primera hora de la mañana, mientras esperaban que la exposición abriera sus puertas, Santi sacó decenas de fotografías mentales: detalles de la ornamentación de la fachada de piedra, la estructura de hierro y acero vista desde el puente de Alejandro III... Cuando llegaron, amanecía y las farolas todavía estaban encendidas. Recorrieron el puente y se detuvieron a contemplar, apoyados en la barandilla, cómo despertaba la ciudad. La calma se resquebrajó con el grito exaltado de Mateu: «¡Eh, chicos! ¡Estamos en París!».

Les embargó la necesidad de creérselo, de hacerlo aún más real de lo que era y celebrarlo saltando y gritando.

Una vez dentro del Grand Palais, los cinco aprendices de artista siguieron, arrobados, la evolución de Paul Gauguin desde sus titubeantes inicios junto a los impresionistas, hasta su huida a la Bretaña, su aventura polinesia y su muerte en aquel mundo natural y primitivo que tanto había buscado desde el principio.

«¿Cómo ves este árbol? ¿Es muy verde? Pues pon verde, el verde más hermoso de tu paleta. ¿Y esta sombra, que tira más a azulada? No tengas miedo de pintarla tan azul como sea posible.»

Las palabras del artista que revolucionó la pintura proponiendo una libertad salvaje en el uso del color se grababan para siempre en las mentes jóvenes, vírgenes y ávidas de conocimiento.

Se movían con lentitud, como felinos que vigilan su presa, y después se detenían delante de alguna pintura —*Naturaleza muerta para el amigo Jacob*, con sus manzanas verdes y rojas; *Van Gogh pintando girasoles*; el estallido de colores vivísimos de los paisajes haitianos; los cuerpos redondos y tostados de las jóvenes; los amarillos, rojos, rosados y ocre— y se quedaban boquiabiertos.

Paul Gauguin se convirtió en el dios compartido, la devoción que los unía. Pero, al volver a la facultad, fueron llenando su Olimpo con otras divinidades.

La profesora de Historia del Arte de segundo tenía la voz grave y cálida, como si fuera de lana de angora. Todos los alumnos habían oído hablar de ella. Su belleza nórdica era legendaria en la facultad. Algunos alumnos aplicados, pocos, también habían leído sus artículos en la revista *More than Art*.

Hablaba despacio, pronunciando las palabras como quien desgrana un pequeño collar de cuentas de cristal, con una cadencia estudiada. En el aula reinaba un silencio embelesado.

—La mañana del 30 de marzo de 1853, en el sur de los Países Bajos, en la localidad de Zundert, el joven Theodorus cogió delicadamente a la criatura que acababa de nacer al tiempo que agradecía al cielo que por fin hubieran cesado los estremecedores alaridos de su esposa. Ahora Anna lloraba en silencio mientras acariciaba con los dedos los cristales empañados, en parte para conectarse con el mundo exterior y en parte también para enfriar la temperatura del cuerpo, todavía encendido a causa del dolor. Fuera, el blanco era absoluto y las ráfagas de viento silbaban entre los olmos.

»El joven Theo limpió el rostro del bebé con un paño húmedo. La vecina que había ejercido de comadrona lo contemplaba con una mirada llena de compasión, porque desde el primer momento había sabido que la criatura estaba muerta.

»Era un niño, y lo bautizaron con el nombre de Vincent Willem. Lo enterraron en el cementerio que tenían cerca de casa una mañana sin luz; poco después, Anna supo que volvía a estar embarazada. Fue incapaz de encontrar una sola migaja de alegría en su corazón, porque el miedo lo cubría todo.

»A finales de marzo del año siguiente, hubo una tormenta de viento y nieve parecida a la del invierno anterior. Anna y Theo se quedaban dormidos abrazados y rezaban para que volviera la calma antes del parto. No querían otro nacimiento en mitad del temporal, pues les parecía un mal presagio. Pero la mañana del 30, con la ventisca aullando en la oscuridad, justo un año después del primer parto, las oleadas de dolor anunciaron el nacimiento.

»La misma vecina se encargó de calentar el agua. El mismo viento sacudía los postigos, que no cesaban de repicar. Los mismos gritos escalofriantes de Anna angustiaban a Theo.

»Nació un niño de piel rosada y, al cogerlo en brazos, Theo vio que respiraba. Anna, con la cara pegada a la pared, cerraba los ojos con fuerza, como una niña pequeña. Finalmente, consiguieron que lo mirara y lo cogiera, que notara el calor de aquel cuerpecillo todavía viscoso.

»—¿Cómo lo llamaréis? —preguntó la comadrona.

»Los jóvenes se miraron con el miedo grabado en los ojos, y Anna dijo que el niño se llamaría, una vez más, Vincent Willem.

Marc dejó durante un instante de tomar apuntes para mirar a la profesora. Sofía. Repitió mentalmente su nombre y le pareció que no podía haber un nombre más sensual. Llamó la atención de Santi, que estaba sentado a su lado, propinándole un codazo.

—¿Está como un tren, eh?

Pero se dio cuenta de que Santi estaba más pálido que de costumbre y que tenía los ojos velados, como con fiebre. Le brillaba la piel, y las gafas le habían resbalado un poco hacia abajo sobre el puente de la nariz.

—¿No te encuentras bien?

Su compañero lo hizo callar con un gesto. La profesora continuaba su relato.

Vincent van Gogh llegó al mundo bajo el signo del miedo. Su madre vivió acobardada durante sus primeros años de vida, temiendo que un resfriado mal curado, una herida infectada o un accidente cualquiera se llevara al niño, tal como la muerte se había llevado antes al otro Vincent, su hermano, antes de que ella pudiera cruzar con él una sola mirada.

Pero pasaron los años, y después de Vincent llegaron Anna, Theo, Elisabetta, Willemina y Cornelius. La casa de Zundert se llenó de algarabía, juegos y trifulcas, llantos y risas. Los niños salían de casa por la mañana y caminaban sobre la hierba cubierta de escarcha para ir a la escuela. Para llegar hasta allí tenían que pasar junto al pequeño cementerio, y los hermanos Van Gogh corrían para empujar a Vincent y acercarlo a una lápida menuda y blanca. ¡Mira, mira lo que dice! ¡Vincent van Gogh!

¿Cómo saber qué influencia tuvo todo eso en la vida y la obra de uno de los mejores pintores de todos los tiempos?

En aquel momento, ambos, Santi y Marc, levantaron los ojos del papel porque la profesora había dado la palabra a su amigo Mateu, que había alzado la mano. Mateu aguantó sin acoquinarse las miradas recriminatorias de sus compañeros, que vieron como un sacrilegio interrumpir aquel discurso, que los había trasladado a la Holanda de finales del siglo XIX.

La profesora lo invitó a hablar. Mateu dijo que seguramente no estaba de más comentar que otro pintor genial, el catalán Salvador Dalí, también había tenido un hermano mayor, de nombre Salvador, que había muerto antes de que él naciera.

Sofía agradeció su aportación: efectivamente, también hubo dos Salvador Dalí, como dos Vincent van Gogh. En este caso, el primer Salvador vivió siete años antes de contraer una meningitis que resultó mortal. Según contaba el propio Dalí, los dos hermanos se parecían como dos gotas de agua y sus padres, a menudo, lo recordaban como un niño de una gran inteligencia. «Él era el auténtico Salvador Dalí», solía decir el artista.

Sonó el timbre y los alumnos salieron del aula comentando, excitados, la impactante historia de Van Gogh, la coincidencia con Dalí y la posible influencia de la circunstancia del hermano muerto con el mismo nombre en la obra de los dos.

La profesora sonreía satisfecha. Marc observó a Santi de reojo: aún le parecía que tenía mala cara.

Aquella noche compartieron cena y charla, solos los dos, en una vinatería minúscula del barrio gótico. Fue entonces cuando Santi descubrió que Marc tenía un don especial para adivinar sus estados de ánimo y para tirarle de la lengua. Ocurrió ese día y ha ido repitiéndose desde entonces. Fue una sensación nueva para una persona reservada y poco dada a las confidencias como él. Pero no podía negar que le sentaba bien. Durante todos estos años, de vez en cuando, Marc ha logrado desatascarlo.

Esa noche de segundo de carrera, a punto de cumplir veinte años, Santi dijo en voz alta —por primera vez fuera de su casa— que, a pesar de ser hijo único, había tenido un hermano. Que no lo había conocido porque, cuando él nació, hacía ya dos años que el otro había muerto. Que él, de pequeño, no lo sabía, que sus padres se lo habían contado cuando hizo la primera comunión y ya tuvo, en palabras de su madre, «la edad de la razón». Que entonces le enseñaron la foto de un niño de pocos años, vestido con un polo de rayas rojas y azul marino. Que tuvo la impresión de que se le parecía mucho y que, desde ese día, la foto del niño del polo de rayas se quedó en la estantería del comedor. Que lo incomodaba mucho verlo siempre allí, con aquella mirada que, de tan angelical, llegaba a resultar estúpida. Que a partir de ese día había ido haciendo preguntas sobre el niño del polo de rayas. Había sabido entonces que también se llamaba Santi y se había estremecido al enterarse. Que había sido un niño risueño, travieso y ocurrente.

Pero nunca encontraba el momento ni la manera de preguntar de qué había muerto. Imaginó enfermedades crueles y accidentes espantosos y, de noche, soñaba con él. Su hermano, siempre sonriente, con sus rayas rojas y azules, cruzaba una carretera sin darse cuenta de la proximidad de un camión que se acercaba a él a toda velocidad. Su hermano, blanco como la cera, yacía en la cama mientras su madre le secaba el sudor de la fiebre. El niño del polo de rayas era devorado por un tiburón, saltaba por la ventana para huir de un incendio, era aplastado por una roca enorme, acababa sepultado por un alud, era arrastrado por las corrientes marinas o terminaba calcinado por un rayo.

Hasta que, una noche de verano en la que en el piso de sus padres, situado junto al río Besòs, hacía un bochorno tal que no había forma humana de dormir, Santi, que debía de tener unos doce años, se levantó con el pelo empapado pegado a la nuca y quiso salir al balcón a respirar un poco de aire. Fuera, con los codos apoyados en la barandilla, con un camisón ligero y descalza, estaba su abuela. Se abanicaba golpeándose el pecho con el abanico, y a Santi se le ocurrió que tenía los pechos muy aplastados y que eso era porque no llevaba sujetador.

La mujer resollaba con la frente y el cuello bañados en sudor. Fuera tampoco corría ni una brizna de aire. La abuela y el nieto, en silencio, se quedaron en el balcón. Solo se oía el repiqueteo del abanico —zas, clac, zas, clac— y la respiración agitada de la mujer.

Y entonces, de repente, Reme se volvió un poco de lado para mirar a su nieto a los ojos, le puso la mano izquierda en el hombro y le dijo: «La noche que se fue el niño también hacía un calor como este, pegajoso».

Santi se estremeció, y de pronto tuvo la sensación de que el aire se había calentado todavía más y de que respirar era como tragar sorbos de caldo hirviendo. Era la primera vez que oía hablar de aquel trágico día, y no estaba dispuesto a desaprovechar la oportunidad de resolver el enigma que no lo dejaba dormir bien. Se armó de valor y le preguntó abiertamente a su abuela cómo había muerto su hermano. No dijo su nombre. Dijo «el niño», como había hecho ella. Todavía le costaba creer que hubiera habido en esa casa otro niño con su mismo nombre. Entonces: ¿cuál de los dos era Santi? ¿Él o el otro?

La yaya Reme dejó de abanicarse y cerró el abanico con un golpe seco de muñeca, zaaas. Sonó como un latigazo en el silencio de la calle. Y luego le contó a su nieto, con palabras sencillas pero delicadas, la absurda historia del niño que se había ahogado con un caramelo.

Esa noche Santi supo por fin que su hermano, el primer Santi, un niño despierto y risueño de tres años, había muerto ahogado porque, mientras saltaba encima del sofá, se había tragado sin querer el caramelo que tenía en la boca y que había estado redondeando con la lengua y la saliva, paseándolo por el paladar y por la cara interna de las mejillas. La golosina se había deslizado cuello abajo hasta quedársele atascada en la garganta, impidiéndole respirar.

Al ver la mirada asustada de su nieto, la yaya Reme dio rápidamente por finalizada la conversación, abrió el abanico con otro golpe seco, zaaas, y se puso a hablar de la comida del día siguiente. «Como he encontrado espárragos verdes en el mercado, creo que haré un arroz con verduras.»

Se ahorró así recordar en voz alta los chillidos aterradores de su nuera aquella trágica tarde, años atrás, y la mirada enloquecida de su hijo, que primero le había metido los dedos en la boca al niño y que, al ver que eso no daba resultado, había cogido al crío por los tobillos y lo había sujetado cabeza abajo dándole golpes en la espalda. No supo poner palabras al terror que supuso ver el rostro contraído de aquella dulce criatura que era su primer nieto, ni a las estremecedoras maldiciones de su hijo hasta que ella logró hacerlo callar sacando fuerzas de quién sabe dónde.

La yaya Reme le preguntaba si, después del arroz, prefería carne rebozada o pescadilla mientras recordaba cómo, viendo a su nieto querido, aquel niño que siempre se reía, tendido en el suelo de baldosas del comedor mientras los médicos intentaban inútilmente reanimarlo, ella había notado un calor en los muslos y se había ido directa al lavabo para comprobar, incrédula, que se había meado encima.

Marc escuchó a su amigo con un silencio estremecido, solamente interrumpido por los sorbos de vino que lo ayudaban a mantener una actitud serena. Luego llenó los vasos y, alzando el suyo, propuso un brindis: «¡Por Vincent van Gogh, Salvador Dalí y Santi Rivero!». El grupo que estaba sentado a la mesa de al lado se volvió y sonrió ante la imagen de aquellos dos chicos levantando sus copas. El que tenía aspecto de niño de casa bien, con el pelo azul marino y el pelo castaño claro, casi rubio, esbozaba una sonrisa y pasaba afectuosamente el brazo por los hombros del otro. Su amigo, de facciones más redondeadas, gafas con montura de pasta y una sombra de barba, parecía que se dejaba consolar.

Ese brindis selló entre ambos una confianza que habría de ser duradera. Del hermano muerto, como de tantas otras intimidades, nunca hablaron delante de los demás.

Cuando recordaban esa noche de los brindis, Santi decía que si él era Van Gogh —por el hermano muerto—, Marc era claramente Gauguin —por la confianza que mostraba en su futuro como artista.

Por aquel entonces, Marc pintaba unas manchas de colores que se desprendían de la nada y que chorreaban por la tela hacia el suelo. Eran unos cuadros vitales, dinámicos, en los que todo parecía estar en movimiento. Estaba seguro de su arte y, con un convencimiento diametralmente alejado de la chulería, se mostraba insólitamente confiado en que, algún día, todo el mundo se lo reconocería.

Marc se partía de risa cuando su amigo lo señalaba y, con voz oscura, pronosticaba: terminarás como él, el burgués que quiso ser un salvaje. En París habían conocido con detalle la biografía de Paul Gauguin, que había renunciado a un buen puesto en el mundo de las finanzas y a una familia numerosa para dedicarse exclusivamente a una carrera pictórica que, por otro lado, nada llevaba a pensar que acabaría siendo brillante.

Ya casi había cumplido cuarenta años cuando, después de haber intentado compatibilizar su vocación artística con una vida más o menos responsable y ordenada, huyó a la Bretaña francesa y se instaló en el pueblecillo de Pont-Aven. Allí, una vez abandonada del todo la estética burguesa, vestido con sencilla ropa de pescador, había iniciado una vida azarosa y, en ciertos momentos, absolutamente miserable, que lo había llevado primero a Panamá, después a la Martinica y, finalmente —tras pasar por la Provenza—, a Tahití.

Marc Daura confiaba en que, para conseguir que su pintura llamara la atención de la crítica y del público, no tendría que ir tan lejos.

Y la vida, esa carretera llena de curvas, le obligó a frenar en seco justo cuando el viaje acababa de empezar.

Cuando ya habían empezado el tercer trimestre de cuarto, su padre murió inesperadamente. Después de los lógicos días de trastorno y ajeteo, Marc reunió a sus amigos en el bar donde habitualmente desayunaban entre clase y clase. Les anunció, serio aunque muy convencido, que dejaba la carrera. Quería hacerse cargo de la empresa familiar para salvarla.

La noticia causó un gran impacto en el grupo. Hubo sorpresa, llanto, compasión. Santi se opuso exaltadamente. Levantaba la voz y, con las mejillas encendidas, aseveraba que era un pecado que el talento de Marc se desperdiciara. Todos sabemos —llegó a decir— que Marc es el mejor de todos nosotros.

La aseveración provocó las protestas de Marc, el beneplácito de Lúcia, la sonrisa socarrona de Mateu y la expresión gélida de Ada. Habrían podido discutirlo porque, obviamente, no era una verdad incontestable, pero a ninguno le pareció que fuera el momento. Solo Marc intuyó mientras escuchaba con atención —aunque sin la menor intención de dejarse convencer— los apasionados argumentos de Santi, que aquel pronunciamiento de su amigo, esa sincera muestra de devoción, aquella ingenua y a la vez devastadora sentencia: «Marc es el mejor de todos nosotros», terminaría por pasarle factura tarde o temprano.

## Mateu y Lúdia

Cuando Marc dejó la facultad en mitad de cuarto curso, el grupo de París ya se había consolidado plenamente y se reunía prácticamente todos los fines de semana. El arte y la vocación artística eran aún el foco de la mayoría de sus conversaciones y discusiones. No se cansaban de visitar juntos exposiciones de pintura o de escultura, compartían lecturas y descubrimientos personales y se dejaban seducir por la estampa que sabían que proyectaban. Un grupo heterodoxo, formado por cinco jóvenes creativos e inquietos que se juntaban en el rincón de un bar, bebían y fumaban, discutían exaltadamente, estallaban en grandes carcajadas y se abrazaban. Se quedaban embobados con la imagen que de sí mismos veían reflejada en el espejo.

Se gustaban como grupo hasta el punto que, en algún momento, llegaron a tener la sensación de que esa amistad podía ser, en cierto modo, más poderosa que el amor. Se diría que llegaron a sentirse un poco enamorados los unos de los otros, todos de todos.

Mateu defendía con absoluta convicción que las relaciones de pareja resultaban básicamente absorbentes y que terminaban por oler a rancio. Se definía más partidario de las ventanas abiertas, de las corrientes de aire y de la luz del sol entrando a raudales. Lo decía y se le iluminaban los ojos como si, efectivamente, el viento le limpiara la mirada.

Los demás lo escuchaban sin contradecirlo ni darle la razón, quizá limitándose a disfrutar de esa sensación tan confortable de saberse parte de un grupo. Mateu era quien expresaba en palabras los sentimientos colectivos, y le traía sin cuidado que los otros se sintieran o no identificados con ellas al cien por cien. Lo respetaban y, aunque pueda parecer extraño, también lo trataban con cierta condescendencia. Ya se sabía: Mateu era un artista.

A sus ojos, Mateu era —siempre lo había sido— el que más se parecía al estereotipo de creador que todos tenían en mente. Una vida bohemia y desordenada, una imagen peculiar, unas convicciones expresadas con vehemencia, hábitos poco saludables, independencia de pensamiento... A menudo, medio en broma, en vez de referirse a él por su nombre, lo llamaban simplemente el Artista.

Corría el mes de noviembre, a finales de 1992, y estaban en quinto de carrera. Como tantas otras veces, esa noche fue alargándose más y más hasta que Marc —ahora ceñido ya a las obligaciones y horarios de la vida laboral— decidió retirarse.

Los demás visitaron otro bar lleno de humo antes de dar la noche por terminada. Lúdia recordaba en voz alta su infancia rodeada de cuadros y marcos. En esa época, el negocio familiar, situado en el centro de Girona, ya se había consolidado, y todo el mundo se fiaba de la habilidad, el buen gusto y la formalidad del señor Palau. Su padre no tenía estudios, pero sí una gran sensibilidad artística, y siempre encontraba un momento para enseñarle las obras que llegaban para enmarcar. Le comentaba las virtudes o los defectos de cada pintura, aplaudía la osadía del artista que se arriesgaba o valoraba con prudencia las aburridas marinas de aquel viejo pintor que nunca se había movido de su sitio.

Cuando era muy pequeña, el día que aparecía por la tienda algún pintor reconocido, en el taller de los Palau la ocasión se celebraba por todo lo alto. Su padre hacía salir a Lúdia y su hermana de la trastienda, donde jugaban, y les presentaba con cierta solemnidad al artista en cuestión. Las niñas se sonrojaban mientras aquel ser claramente superior les dedicaba una carantoña o les regalaba un caramelo.

Entonces, Lúdia procuraba analizar meticulosamente a esa persona que, según su padre, estaba dotada de un talento que la diferenciaba de los demás. Pensaba que, de algún modo, ese don sería visible en su rostro, en el movimiento de sus manos, o quizá en las palabras que pronunciaba. Y siempre, casi siempre, le parecía que había logrado detectarlo. Unos calcetines rojos —insólitos en un hombre mayor—, una voz extremadamente grave o una barba demasiado larga. ¡Había detectado el talento del genio! Era como un juego, por fuerza influido por la omnipresente e histriónica personalidad del bigote erecto de Dalí.

Lúdia hablaba y los demás se miraban disimuladamente, intentando adivinar si ellos ocultaban su talento en los calcetines o en los bolsillos.

Cuando Santi y Ada se levantaron para marcharse, Mateu hizo un gesto rápido, casi imperceptible aunque no exento de decisión, y puso su mano en el brazo de Lúdia. Ella, que había entendido la petición, o la sugerencia, o la orden de «No te vayas todavía», se quedó quieta y con la espalda tensa.

—Nos quedamos un rato más —dijo Mateu, y Lúdia vio de soslayo la sonrisa socarrona de Ada.

Mateu, que se había acercado a la barra, volvió con dos cervezas más. Con el brazo izquierdo apartó el montón de botellas vacías que había encima de la mesa. Puso una mediana entre Lúdia y él y se sentó frente a ella.

Lúdia, simplemente, esperaba. Y él, que lo sabía, disparó después de darle un trago a la botella.

Le dijo que hacía mucho rato que no podía concentrarse en la conversación porque ella, esa noche, llevaba una blusa negra muy ligera, y él no dejaba de imaginarse cómo debía de ser el contacto de la seda con la piel de su pecho. Como una caricia. «Me imagino tus pechos como los de la *Mujer rubia* de Manet. ¿La recuerdas?» Y los dos sonrieron a la vez, porque habían visto el cuadro en París, en el museo de los impresionistas, y en cuanto pensaban en París la sonrisa aparecía automáticamente.

Mateu siguió hablando de Lúdia, de sus pecas y de sus labios, de su cintura y sus muslos, sin tocarla, sin hacer el más mínimo gesto de moverse para sentarse a su lado. Solo la miraba y hablaba, hablaba y la miraba, y ella, que se notaba encendida, pensó que si él no se movía sería ella quien lo agarraría del cuello para morderlo.

Hicieron el amor en el piso de la calle del Perill del barrio de Gràcia que Lúdia compartía con su hermana, que dormía como un tronco en la habitación contigua. La cama chirriaba, ellos gemían y el mundo entero se balanceaba. Mateu había hundido el rostro entre el pelo oscuro y ondulado de Lúdia, esparcido sobre la almohada blanca. Le olía a lavanda.

Después, con la piel húmeda y cubierta de sudor y sus cuerpos iluminados tan solo por la tenue luz de la farola que los vigilaba justo delante de la ventana, entre las sábanas arrugadas, Lúdia, con una sonrisa cínica y los ojos brillantes como un par de planetas, preguntó:

—¿Pero no decías que las relaciones de pareja olían a rancio?

Y Mateu, sin alterarse ni un ápice, respondió:

—Sabes muy bien que esto no es una relación de pareja.

—¿Te das cuenta de que ahora mismo podrías haber herido mis sentimientos?

—No, de eso nada. Tú tampoco quieres eso, estoy convencido.

—¿Ah, no? ¿Y qué te hace estar tan seguro, si se puede saber?

—Porque estás enamorada de Marc.

Y fue así exactamente cómo Lída supo que, efectivamente, estaba enamorada de Marc.

Mateu le hizo reparar en la mirada devota y deslumbrada de Marc cuando ella hablaba. Recordó las lágrimas de ella cuando supo que Marc dejaba la carrera. Le dejó saber que el resto —Ada, Santi y él mismo— lo habían comentado y que todos estaban de acuerdo: Marc y Lída estaban hechos el uno para el otro. Y, ante una argumentación que no admitía réplica, Lída repasó sus sentimientos de los últimos meses y reconoció que, por temor a romper aquel precioso equilibrio que mantenían los cinco, no había escuchado la voz que, de vez en cuando, le hablaba de Marc.

—Quizá sea verdad que me gusta.

—Ya lo creo que sí. Y él también te quiere.

—¡Sensacional! ¡Nosotros todavía no lo hemos hablado y tú ya lo tienes claro!

—Ya ves.

Lída —las manos bajo la nuca— se quedó concentrada mirando el techo, con la vista fija en la mancha de humedad —que, si la mirabas bien, parecía que tuviera forma de transatlántico— y en las telarañas del rincón. La mano de Mateu le acariciaba el muslo, y ella sonrió, divertida aunque un poco asustada, al pensar que estaba en la cama con un hombre mientras asumía y tomaba conciencia de que amaba a otro. Porque, obviamente, Mateu tenía razón.

Y así fue cómo al día siguiente se lo contó a Marc, sin ocultarle la verdad pero ahorrándole los detalles. Y Marc —con la mirada ciertamente devota y de pronto desconcertada— le preguntó:

—¿Me estás diciendo que mientras hacías el amor con Mateu descubriste que estabas enamorada de mí?

—Dicho así suena fatal —admitió ella.

—¿Sabes lo que voy a hacer? Pasaré por alto la primera parte de la frase. Intentémoslo: «¿... descubriste que estabas enamorada de mí?».

—¡Sí!

Durante los años siguientes, el encuentro sexual entre Mateu y Lída fue desdibujándose hasta quedar literalmente enterrado por todos los gestos de amistad, las conversaciones cordiales, los abrazos fraternales y la complicidad con el resto de los miembros del grupo de París. Lída había descubierto que tenía un amigo que la conocía muy bien y adivinaba sus sentimientos antes de que ella misma pudiera descifrarlos. Estaba satisfecha por el hecho de que aquella noche de noviembre no hubiera enturbiado su amistad y orgullosa de su chico, que había sido capaz de entenderlo así.

El último año de carrera, la hermana de Lída decidió dejar la universidad y volver a Girona. Casi inmediatamente, Marc se instaló en el piso de la calle del Perill. Los viernes y los sábados —y también algún martes, no nos engañemos— recibían en casa a todo el grupo, que se ampliaba o se encogía como un acordeón con amigos, parejas eventuales o parejas con vocación de estables; pero el cemento se mantenía inalterable entre los cinco de París.

Lída sentía mucha curiosidad por conocer a las amigas de Mateu para saber qué clase de chicas le gustaban e intuir cuál de ellas terminaría volviéndose imprescindible. Pero ni durante esos años de juventud ni después, mientras iban haciéndose mayores, ninguno de ellos —ni Lída ni los demás— llegó

a conocer nunca a las mujeres que Mateu frecuentaba. Sabían de su existencia —a pesar de que, a menudo, Marc y Santi, para provocar a su amigo, aseguraban que todo eran invenciones suyas y que, en realidad, el Artista no ligaba nunca—, pero no llegaban a conocerlas.

De repente empezaban a oírle pronunciar un nombre con más frecuencia —Teresa, Joana, Maria—, se refería a la chica en cuestión con naturalidad durante un par de semanas y, poco a poco, el nombre iba apareciendo cada vez menos hasta desaparecer del todo.

Mateu acostumbraba a pasar el verano viajando por Europa con una mochila. Llegaban postales de cualquier rincón, la mayoría de ellas compradas en las tiendas de los museos, con un breve mensaje: «¡Abrazos desde Ámsterdam!», «Cracovia es fantástica», «¡Besos desde Dublín!». Cuando volvía a casa y los deslumbraba con el apasionado relato de su viaje, cada ciudad aparecía a menudo acompañada de un nombre de mujer: Doreen, Alessia, Margot.

Tres años después de haber terminado la carrera, en la Navidad de 1996, mientras Ada empezaba a colaborar en una revista de arte, Santi aprobaba las oposiciones para ser profesor de instituto y Lúdia se estrenaba en el mundo del diseño de estampados, Mateu empezó a hablar con frecuencia de una tal Itziar. El nombre aparecía como una excusa —«No puedo ir, he quedado con Itziar»—, como una referencia —«Itziar siempre dice»—, o como un simple testigo —«Estaba con Itziar» o «He ido con Itziar»—. Hasta que Mateu los convocó a todos un sábado por la tarde en una esquina del Eixample sin querer especificar el destino ni el objeto del encuentro. Los demás empezaron a bromear ante tanto misterio, hasta que él los hizo callar con una sola frase:

—Itziar también estará.

Esperaron en la esquina unos buenos diez minutos, soportando las ráfagas de viento helado, hasta que Mateu fue a buscarlos y los hizo caminar unos metros. En la acera se veía un montón de gente, justo delante de un local iluminado. La luz blanca hacía brillar las joyas que las mujeres llevaban en el cuello y en las orejas.

Se acercaron intrigados, y Ada fue la primera que reconoció la situación que les esperaba. «Es una galería de arte. Se inaugura una exposición. Es un *vernissage*.» Lo dijo en francés, claro, como era de esperar en una crítica de arte, y los demás se miraron de reojo. Cada vez que la antigua Imma se vestía de Ada García-Torrallba, uno u otro tenían la tentación de decirle que a ellos, a sus amigos, les gustaba mucho más Imma García.

Se abrieron paso entre las personas que se saludaban con grandes aspavientos y se quedaban charlando en la acera. Mateu se había detenido en la entrada y, cuando los tuvo a los cuatro delante, se hizo a un lado y dejó el cartel a la vista: «Mateu Alert, exposición de pintura.» Las letras, de color negro, arriba, y, bajo ellas, una pintura de dos mujeres desnudas, una de espaldas y la otra de perfil, con los cuerpos llenos de manchas de colores muy vivos.

—Las dos grandes pasiones de Mateu: las mujeres y la pintura.

Los demás asintieron, porque Marc lo había resumido a la perfección. Estaban todos impresionados, emocionados, trastornados. Su amigo había conseguido lo que todos deseaban, el sueño que habían compartido desde el mismo instante en que se habían conocido. Su obra estaba expuesta en el centro de Barcelona y un montón de gente se interesaba en ella.

Dentro de la galería, Marc, Lúdia, Santi y Ada recorrieron la sala —de pequeñas dimensiones— boquiabiertos, avanzando maquinalmente y deteniéndose delante de las pinturas de mujeres esbeltas, jóvenes, gordas, altas, viejas, de espaldas, de frente o tumbadas en la cama, siempre desnudas y con el cuerpo, el pelo y el rostro salpicados de azul, de amarillo o de rojo chillón.

Al cabo de un momento, Mateu se acercó al grupillo en compañía de una mujer elegantísima que llevaba el pelo gris con un corte recto a la altura de la barbilla, tenía los ojos azules y vestía unos pantalones negros ajustados y una túnica blanca y negra, muy ancha y de corte irregular, hasta las rodillas.

—Estos son mis amigos: Lúdia, Ada, Santi y Marc.

Sonrieron, pero la sonrisa se les heló en los labios cuando Mateu dijo:

—Os presento a Itziar, la dueña de la galería.

Solo cabían dos posibilidades: o habían estado equivocados durante semanas creyendo que Itziar y Mateu eran pareja, cuando en realidad solo mantenían una relación puramente profesional, o su amigo tenía una relación con una mujer que casi podía ser su abuela.

Sin salir de su asombro, los cuatro vieron cómo la señora del pelo gris cogía afectuosamente del brazo a Mateu y lo miraba con una sonrisa embobada —¿Como una abuela a su nieto? ¿Como una galerista a su artista? ¿Como una mujer enamorada a su amante?— y decía:

—¿Es fantástico, ¿no?

Una expresión que no aclaraba nada, pensaron decepcionados.

Pero enseguida Itziar abrió los brazos y se giró sobre sí misma, paseando la mirada por toda la sala al tiempo que añadía:

—Tu pintura es espléndida, personal, con mucha fuerza. ¡Creo en ti, Mateu Alert, creo en ti!

Mateu miró al suelo para disimular la emoción y sus amigos se acercaron para abrazarlo. Palmadas en la espalda, apretones de manos, sonrisas. La galerista, mientras tanto, se alejó para mezclarse con las personas que, con gestos de admiración, comentaban las mujeres desnudas y manchadas del artista Mateu Alert.

Aquella tarde de sábado, muy próxima ya a la Navidad, los cinco se convencieron de que los sueños pueden hacerse realidad, de que la sociedad termina por reconocer el talento, de que esa pulsión que Mateu sentía dentro, debajo y detrás del corazón —el anhelo de crear— tenía que vencer y vencería todas las dificultades con que los artistas solían encontrarse a lo largo de su vida.

Mientras envidiaban y celebraban la suerte de Mateu, se preguntaron si realmente no se estarían equivocando intentando ganarse la vida con actividades que, aunque relacionadas con ella, no satisfacían exactamente su vocación artística. Sabían, eso sí, que ninguno de ellos renunciaba a su creatividad. Trabajaban para ganarse la vida —para ocuparse, para sentirse útiles— en la crítica de arte o en el diseño, en la enseñanza o en la empresa, mientras esperaban que algún día, cuando menos se lo esperaran, surgiera la oportunidad y sus creaciones por fin fueran reconocidas. Arañaban horas al día para pintar, soñaban con cuadros cuando caían vencidos por el sueño, se esforzaban por mejorar. Podía pasar, por qué no: un día alguien se fijaría en las ilustraciones de Lúdia, o en los objetos de cerámica que Santi modelaba para regalar a amigos y conocidos, o en las telas que Ada llenaba de escenas íntimas en un local alquilado del Poblenou, o en los cuadernos de dibujo que Marc inundaba durante sus ratos libres. Ocurriría. Seguro que sí.

En cualquier caso, Lúdia estaba convencida —aunque jamás lo habría reconocido ante nadie— de que Mateu sería el único que lo lograría. Abrirse camino en el mundo del arte era muy difícil. Para ello había que renunciar prácticamente a todo lo demás, y estaba segura de que Mateu era el único de todos ellos que estaba dispuesto a hacerlo. La vida era capaz de llevarse de golpe el talento de Marc, la personalidad artística de Ada, la mirada sensible de Santi y su propio anhelo, nacido en la tienda de marcos. Pero Mateu resistiría cualquier embate y se mantendría firme, agarrado con uñas y dientes a su vocación.

Lo descubrió una tarde de verano en que ambos paseaban por la playa del Bogatell. El sol estaba a punto de terminar su jornada laboral y daba comienzo esa hora en que los edificios se cubren de un velo rosado que difumina los perfiles. Enseguida, todo se tiñe del color del horizonte y, de repente, casi sin que podamos darnos cuenta, oscurece.

Recordaban algunos episodios de la infancia. Mateu consideraba que, con los años, los traumas infantiles podían ser un buen material para la creación.

—Quizá eso explique que yo no vaya a hacer nunca nada en el campo del arte —dijo Lúdia con una sonrisa—. No tengo traumas de infancia.

—No fastidies, mujer. Todos tenemos traumas; unos más, otros menos...

—Cuéntame uno que haya sido combustible para tu trabajo.

Mateu recordó un primer día de curso en la escuela. Debía de tener unos ocho o nueve años. Era principios de septiembre y todavía hacía mucho calor. Los niños habían vuelto del patio acalorados, con las mejillas rojas y el pelo pegado a la nuca.

Cuando el director del colegio entró en clase, todos enmudecieron. No era nada habitual que el señor Domènec visitara a los alumnos de primaria en sus aulas.

—Vengo a daros una mala noticia, una auténtica desgracia.

»Con los años —contó Mateu—, me he acordado muchas veces del señor Domènec y de aquel mal trago. Lo recuerdo sereno, aunque titubeando más de lo que era habitual en un hombre con un discurso florido como el suyo. Seguramente debía de haber tenido grandes dudas sobre cuál era la mejor forma —la menos mala— de enfrentar a aquel grupo de pequeños inocentes a la muerte más absurda y terrible.

»Fueron necesarias pocas palabras —que a buen seguro habían sido elegidas con esfuerzo y delicadeza— para hacernos saber que el hermano de nuestro compañero Jordi Boix, que no había ido a clase ese primer día de curso, había muerto en circunstancias trágicas hacía quince días. Después de eso, comenzaron los murmullos, los latidos acelerados... recuerdo una confusa acumulación de palabras terribles: imprudencia, tren, asfixia, túnel, drama.

»Luego nos comunicó que el lunes siguiente Jordi Boix volvería a clase, y nos pidió que no le habláramos del accidente ni hiciéramos ninguna referencia a la muerte de su hermano, porque sus padres consideraban que era lo mejor, pero que estuviéramos especialmente pendientes de él.

»Durante los dos días siguientes la escuela se llenó de rumores y de preguntas morbosas. Los niños y las niñas estaban horrorizados, pero todos querían saber los detalles escabrosos de la historia.

»Jordi entró en clase el lunes por la mañana, pálido y en silencio, y esbozó una sonrisa triste cuando algunos de sus compañeros insinuaron una señal de bienvenida, una tímida palmada en la espalda, un movimiento de cabeza. Se sentó en su sitio con la mirada baja.

Cuando entró el profesor de mates, el temido señor Barral, Mateu tuvo un presentimiento terrible. Era un hombre poco comprensivo y de mal carácter. Siempre estaba enfadado. Mateu lo tenía por una persona malvada.

El señor Barral reclamó silencio y, cuando todos creían que iba a dar comienzo la clase, pidió, con aquella voz estentórea que les encogía el estómago:

—Boix, Jordi. Puede salir a la tarima.

Todos se miraron horrorizados. ¿Qué pretendía?

Durante el relato, Lúdia era incapaz de decir nada, y en ese momento abrió los ojos como platos. Se sentó en el poyete de la playa y le tendió el brazo a Mateu para que se sentara a su lado. Lo escuchaba absorta.

—Y el muy cabrón, cuando tuvo a aquella criatura temblorosa delante de toda la clase, le soltó una frase de pésame, una de esas frases hechas sin el menor atisbo de sentimiento que se dicen maquinalmente en los funerales: «Quiero que sepas que todos tus compañeros, la escuela y yo lamentamos profundamente la muerte de tu hermano y te acompañamos en el sentimiento», o algo parecido. Nunca olvidaré el gesto compungido de aquel niño. De pronto, levantó la cara y se quedó mirando al infinito sin decir nada. Las lágrimas empezaron a brotarle de los ojos, deslizándose por sus mejillas sin que él hiciera nada por secárselas. Yo no había visto jamás a un chaval de mi edad al que no le diera vergüenza llorar delante de sus compañeros. Siempre que llorábamos era de rabia, y enseguida nos secábamos las mejillas para hacer desaparecer las lágrimas. No queríamos que nos vieran llorar. Jordi Boix no. Jordi Boix lloraba mansamente, sin sombra de rabia ni de vergüenza. Como si nada le importara. Ni nosotros ni el profesor Barral... nada.

Lídia, con los ojos velados por las lágrimas, se apartaba el pelo de los ojos y resoplaba. Qué sinvergüenza. Menudo imbécil.

—Las semanas siguientes, Boix y yo nos hicimos amigos. Los demás chavales no sabían cómo acercarse a él, les daba miedo el rastro de la muerte. Le daban de lado. Al final, cogimos mucha confianza y me contó lo que había ocurrido en aquel túnel. «No sé si quiero saberlo...», le dije. «Tengo que contártelo para que me entiendas...», fue su respuesta.

»Cesc, el hermano de Jordi, era un par de años mayor que él, y mucho más osado. Nadie ponía en duda su liderazgo en el grupo del pueblo donde veraneaban. Era valiente y andaba siempre en busca de nuevos riesgos. No dejaba nunca de ponerse a prueba: “Tenemos que nadar hasta la boya”, decía. Y había quienes protestaban: “Está demasiado lejos. ¿Y si nos da un calambre?”. “Si os da un calambre, yo os ayudaré”, decía Cesc. Problema resuelto.

»Cuando el reto era demasiado importante, Cesc decidía quién podía enfrentarse a él. Ese día decidió que los niños que todavía no habían cumplido los doce años no podían participar. De ese modo se aseguraba de que Jordi quedara descartado. El hermano menor, evidentemente, se había enfadado mucho. Tanto que ni siquiera había querido desearle suerte.

»La aventura consistía en acceder a la vía del tren y meterse en un túnel. Dentro, con la espalda contra la pared, esperarían a que pasara el tren y luego saldrían y gritarían y volverían para contárselo al resto. Solo podían hacerlo él, Juli y Albert. Los tres mayores. Ninguno de ellos había cumplido todavía los catorce.

»Jordi y los demás esperaban en la playa, sentados en la arena. Hacía un día desapacible y parecía que el aire llegaba cargado de lluvia. Todos miraban de vez en cuando la hora, porque conocían los planes. Cuando pasó el tren de las diez, se quedaron en silencio. El tren les había pasado por detrás como una exhalación, con el mismo ruido de siempre, que ese día a Jordi le pareció un estrépito infernal.

»El corazón le latía tan deprisa que tenía la sensación de que los demás podían oírlo. Pasó un rato y los tres no volvían. Los imaginó acercándose corriendo por el lateral de la vía, gritando y aullando eufóricos.

»De pronto, empezaron a ver a gente que corría en dirección al túnel. Después, se oyeron sirenas.

»Juli y Albert contaron a la policía que habían intentado que Cesc cambiara de idea hasta el último momento. Era demasiado arriesgado, el túnel no era lo bastante ancho. Al final le habían dicho que ellos no entraban y Cesc los había mirado con desprecio. Se había metido en el túnel y, desde dentro, les decía que eran unos cagados mientras se reía.

—Basta, Mateu, basta. Qué horror.

—Sí. Qué horror. Muchas noches, desde que Jordi me lo contó, me costó dormir. Pero, oye... tienes que saberlo: para mí ese niño, Cesc, al que nunca llegué a conocer, se convirtió en un héroe. Me lo imaginaba entrando en el túnel sin vacilar, convencido de que merecía la pena correr el riesgo, supongo que también inconsciente de cómo podía terminar aquello. Oía su risa confiada y alegre en la oscuridad justo antes de morir y creía que, quizá, seguramente, yo me habría metido en ese túnel con él.

## Ada y Marc

En la boda de Lída y Marc, que se celebró en el verano de 1999 en Matadepera, Ada se enrolló con Sergi, uno de los mejores amigos del novio, que había dejado a su mujer en casa con anginas. Al volver de su luna de miel, Marc se enteró y confirmó que la relación continuaba. Como el amigo en cuestión estaba casado con una chica a la que apreciaba y la pareja tenía una bebé, Marc se sintió en la obligación de intervenir.

Primero habló con Sergi y constató que el hombre estaba perdidamente enamorado de Ada. Hablaba de ella con devoción. Le gustaba su físico —los ojos luminosos, las piernas larguísimas—, un sentido del humor que rozaba el sarcasmo y su ambición profesional. Marc no podía negarle ninguna de esas cualidades; en primer lugar, porque eran ciertas y, además, porque no tenía la menor intención de hablar mal de su amiga. Se limitó entonces a apelar al sentido de la responsabilidad de Sergi sin demasiado convencimiento. La verdad sea dicha, tampoco él creía que un hombre pudiera condenarse a ser infeliz apenas cumplidos los treinta años solo por una cuestión de sentido de la responsabilidad.

Luego Marc intentó hablar con Ada, y esa conversación fue mucho más enrevesada. La chica se puso a la defensiva, y él se mostró demasiado chapucero: puso en duda los sentimientos que Sergi despertaba en ella y le planteó abiertamente si «Merece la pena cargarse una familia por un simple capricho de los tuyos». En ese momento, el currículum sentimental de Ada era un no parar de idas y venidas. Los resfriados le duraban más que los hombres.

Se trataba —decía ella— de una intromisión intolerable en la vida y en los sentimientos de dos personas adultas y libres. Y, dicho así, parecía que tuviera razón. Lástima que la indignación le hiciera perder los papeles:

—Al fin y al cabo, no eres tú precisamente la persona más adecuada para dar consejos en el terreno sentimental.

Había disparado la flecha con la musculatura de la espalda tan tensa como su arco. Era la estrategia propia de una persona acostumbrada a protegerse atacando. Marc anticipó el escupitajo de veneno mientras, fugazmente, recordaba a la Ada vulnerable de París, la de la madre alcohólica, a la niña terriblemente desamparada.

—¿Qué quieres decir?

A veces hacemos preguntas que no desean una respuesta. Las hacemos porque no queda más remedio, porque tenemos que hacerlas, pero, mientras las verbalizamos, lo que en realidad desearíamos es echar a correr.

—Pues que no puede decirse que en estos últimos años hayas tomado decisiones demasiado acertadas...

—¿Qué quieres decir?

La segunda vez, la pregunta incorporó un tono mucho más exigente, casi agresivo. Y la respuesta llegó, implacable, tras una levísima vacilación:

—Te precipitaste al dejar la carrera cuando murió tu padre. Y terminaste de estropearlo todo eligiendo como compañera a una mujer que no ha sido capaz de hacerte ver que te equivocaste. Una mujer que no sé si te quiere de verdad... porque si realmente te quisiera sabría que nunca tendrías que haber renunciado al arte, que no puedes ser feliz sin el arte.

Marc encajó la diatriba como si acabara de caerle encima uno de esos chubascos de verano que te pilla a descubierto. Y después dijo, con un tono de voz excesivamente sereno, destinado a dotar de convicción su respuesta:

—Yo no he renunciado al arte. Vamos a ver exposiciones todos los fines de semana, viajamos para visitar los mejores museos del mundo... Y hablamos de arte a menudo. Mi vida está llena de arte.

—No estoy hablando de eso. No me refiero a consumir arte. ¡Me refiero a crearlo!

El tono de ella, en cambio, era exaltado, y Marc detectó en sus ojos de aguas turbias una prepotencia enorme, una arrogancia insoportable.

—¿Y tú, Ada? ¿A ti te parece que tú sí creas arte? —Repitió las palabras de ella, añadiendo al hacerlo un tono que las volvió estiradas y fatuas—. ¿Te consideras una artista, Ada?

Ada pintaba cuadros de grandes dimensiones, en su mayoría protagonizados por camas medio deshechas con cuerpos dormidos o vacías. Pero la verdad era que no había conseguido que nadie se interesara demasiado por ellos. Había participado en alguna muestra colectiva de la que se había hecho eco alguna publicación de segundo orden, pero poco más.

Marc era consciente de que su pregunta había herido a Ada y esperaba, tenso, la respuesta.

Y entonces ocurrió algo que, en ese momento, desconcertó a Marc. Se produjo un cambio de actitud tan radical por parte de su interlocutora que lo desarmó. Con los años, sin embargo, la experiencia lo ayudaría a entender que se trataba de una maniobra típica de su amiga. Ada esbozó una gran sonrisa, sus ojos calmaron las aguas hasta volverse más transparentes de lo habitual y dijo, pícaro:

—El único Artista que hay entre nosotros es Mateu.

Nombrar en ese momento al amigo era invocar una especie de sortilegio, un talismán que se ofrecía en señal de paz. Decir «Mateu» era decir «amistad, París, grupo, confianza, alegría». Y nadie, y Marc menos que nadie, podía seguir manteniendo una discusión agria después de haber pensado en todo eso.

De ahí que Marc se cuidara mucho de decirle a Ada algunas cosas que habrían enrarecido todavía más su relación. Como, por ejemplo, que la crítica de arte tampoco le parecía propia de una persona con vocación artística. Que en algún sitio había leído que solo se llega a ser crítico por frustración o por azar, y que él creía que Ada lo era por azar. Por azar y para ganarse la vida. Una razón, esta última, muy digna, aunque no tanto como para tratar a los demás —que hacían lo mismo— con la petulancia con que ella lo hacía.

Tampoco pudo decir que, a fin de cuentas, él tenía un poderoso motivo para haberse puesto a trabajar: la voluntad de ayudar a su madre, la necesidad de salvar un negocio que había fundado su bisabuelo y que su padre había defendido con gran esfuerzo. La responsabilidad, al fin y al cabo.

Puesto que la discusión quedó interrumpida de pronto, ni siquiera tuvo tiempo de reconocer que, en realidad, Ada tenía parte de razón. Sí que echaba en falta la faceta creativa en su vida. Es cierto que no es lo mismo admirar un cuadro que pintarlo. No pudo contarle que abandonar Bellas Artes y, peor aún, renunciar al sueño de ser un pintor reconocido, le había destrozado el alma. Y que procuraba llenar ese vacío con el amor de Lúcia, con la estimulante misión de hacer crecer una empresa, con la pasión por el alpinismo, que llenaba sus fines de semana de retos estimulantes y sus pulmones de aire limpio. Con el proyecto de crear una familia.

No tuvo tiempo —y seguramente fue mejor así— de decir nada de todo eso porque Ada ya le había rodeado el cuello con los brazos y lo abrazaba. Y Marc pensaba —siempre lo había creído— que quien no se rinde a un abrazo sincero no es buena persona. Y él lo era. Y sigue siéndolo.

Así que Sergi, el amigo de Marc, se separó de su mujer y al cabo de poco tiempo ya vivía con Ada y se había incorporado con absoluta naturalidad a los encuentros del grupo de París. Sus contactos con la alta sociedad barcelonesa —derivados de una familia rebosante de antepasados relevantes en el ámbito político y social— consiguieron que el nombre de Ada García-Torrallba empezara a conocerse entre aquellos que —en palabras de la propia protagonista— «son alguien en Barcelona».

El día que coincidió en una cena con el director del diario más influyente de la ciudad, Ada supo que tenía ante sí la oportunidad de conseguir aquello que perseguía desde el verano que había decidido dejar de llamarse Imma.

De modo que se las ingenió para sentarse a su lado y lo envolvió en una conversación privada que los aisló del resto de comensales; Ada sacó a relucir todas sus competencias, su —todavía escasa— experiencia profesional y, sobre todo, su ambición.

La propuesta de hacer crítica de arte en las páginas del periódico —de momento como colaboradora externa— llegó al cabo de una semana. Y, seis meses más tarde, llegó también la incorporación a la plantilla de trabajadores del rotativo. Ada lo tenía claro: la habían ayudado a llegar hasta allí, pero ella defendería su puesto con todas las herramientas que tenía a mano, que eran muchas.

Gracias a una mezcla de trabajo, talento, preparación y simpatía, Ada García-Torrallba se convirtió al poco en una de las voces autorizadas y respetadas en el mundo del arte de Barcelona. El trabajo la absorbía con sus jornadas maratonianas, y el precio que tuvo que pagar por ello fue el abandono de los cuadros de camas deshechas. Dejó asimismo el local del Poblenou y se prometió que, en cuanto el ritmo de trabajo se lo permitiera, volvería a pintar.

Sergi y ella se ganaban muy bien la vida, y se instalaron en un ático del Eixample que empezó a acoger con mucha frecuencia las cenas del grupo de París.

Para poder integrarse cómodamente en el colectivo, Sergi partía con la ventaja de ser un buen amigo de Marc. Aun así, como él mismo reconocía, a veces seguía sintiéndose como una pieza postiza. Eso ocurría cuando los demás se ponían románticos y recordaban los viejos tiempos de la facultad, o cuando se embarcaban en una de sus conversaciones interminables sobre conceptos tan abstractos como la estética o tan técnicos como el claroscuro y el punto de fuga. En situaciones como esa, Sergi se encogía hasta desaparecer de la conversación —y Ada se preocupaba— o se aislaba voluntariamente y mostraba su aburrimiento con ostensibles bostezos —y entonces Ada se enervaba—. La mayoría de las veces salvaba la situación con un sentido del humor irreverente con el que los hacía reír alejándolos de la cargante conversación.

Las cosas se suavizaron con la incorporación de Carla, la novia de Santi, una compañera de claustro del instituto —profesora de gimnasia— que tampoco participaba de las inquietudes del grupo original. Carla, además, tenía una visión muy práctica de la vida, de modo que no tardó demasiado en interpelarlos:

—Entonces, de todos vosotros, o sea, de los cinco que empezasteis a estudiar Bellas Artes con la idea de ser pintores, no hay ninguno que se gane la vida con eso, ¿verdad?

La pregunta, que podía parecer inocente, destapó una auténtica tempestad que no hizo sino delatar un viejo mar de fondo.

Mateu se apresuró a corregir a Carla:

—Yo sí que me dedico a la pintura.

Pero Ada aclaró, rápida e implacable:

—Te dedicas a la pintura, pero Carla se refería a ganarte la vida con ella...

Fue una puñalada por la espalda en toda regla, y los demás no ahorraron en gestos de recriminación. Pero Mateu no era una persona que se amilanara con facilidad:

—Mi vida es muy sencilla, Ada. No necesito lujos.

Sin embargo, había una leve sombra de debilidad en su tono de voz. Porque todos los que lo escuchaban, incluida Ada, sabían que Mateu vivía en casa de su abuela, que no aceptaba un duro de él, en un piso viejo y destartado y que, a pesar de eso, nunca tenía dinero. Todos sabían que a menudo renunciaban por él a cenar en restaurantes caros o que, cuando salían juntos un fin de semana, siempre había alguien que tenía el detalle de invitar a Mateu.

Parecía que Ada había caído en la cuenta de que se había pasado de la raya porque, cuando se levantó de la mesa para ir a por más vino, pasó por detrás de la silla de Mateu y le dio un fugaz beso en la mejilla, que él recibió con una sonrisa. Era como si, en su interior, Ada mantuviera siempre una batalla, como si no pudiera evitar quererlos, pero a la vez se viera obligada a juzgarlos severamente.

Al cabo de un momento, cuando volvían ya a tener llenas las copas, Ada levantó la suya y miró a Mateu a los ojos:

—Propongo un brindis por el Artista. A fin de cuentas, es el único que se mantiene fiel al sueño que los demás hemos abandonado.

Todos levantaron sus copas con desgana; Marc, incluso, negó con la cabeza. Le costaba entender por qué Ada se empeñaba en hurgar en la herida, sobre todo teniendo en cuenta que tampoco ella podía presumir de haber defendido hasta el extremo su vocación. O quizá, pensó Marc, lo hacía precisamente por eso. Le costaba creer que su amiga no echara en falta la pintura. Todavía se acordaba de aquellas camas deshechas, a veces con un cuerpo femenino desnudo, otras con una escena amorosa: un amasijo de brazos y piernas y sábanas arrugadas; una luz amarilla y vital que iluminaba la estancia, o una persiana medio bajada que rayaba el colchón. Siempre habitaciones, camas, intimidad.

Marc había comentado con Sergi en alguna ocasión esa lucha interna que impedía a Ada ser feliz. Su amigo, que lo había dejado todo por ella, confesaría, apenas un par de años más tarde, que la vida con Ada era como cruzar un mar encabritado en un fueraborda, con constantes sacudidas y siempre a punto de caerse al agua. Al principio, Sergi se había quedado totalmente obnubilado por el ritmo trepidante que imponía su pareja. Después de todo, ese era en parte el motivo por el que se había enamorado de ella: Ada nunca tenía suficiente, siempre quería más, exigía más. Era como si tuviera una sed desesperada y no hubiera éxito, ni reconocimiento, ni amor capaz de saciarla.

Y, con el tiempo, Marc vio llegar el naufragio de esa relación. Y, aunque desde el principio nunca había creído demasiado en la fortaleza de aquella embarcación, cuando las olas empezaron a elevarse cada vez más, procuró ayudar y dedicarle a esa empresa tiempo y también palabras. Para un amigo, es

una situación realmente incómoda tener que ver que la relación entre dos personas a las que quiere hace aguas, sobre todo porque, habitualmente, a pesar de toda la buena voluntad que pongamos en ello, nuestra capacidad de influencia es muy limitada y la impotencia, cada vez mayor.

Sobraban los motivos para que el amor entre Ada y Sergi no prosperara, como ocurre en todos los fracasos sentimentales. Había motivos de peso y también otros absolutamente estúpidos. Y, como casi siempre, se repartían de modo que la balanza se equilibrara.

Marc escuchaba a Sergi: «Que si Ada no se esfuerza nada por caerle bien a mi hijo, que si cada día el trabajo la absorbe más, que si no me gusta que sea tan severa y exigente con todo el mundo, hasta con los amigos, que si creo que está celosa de la atención que le dedico al niño». Y escuchaba también a Ada: «Que si tengo la sensación de que cada vez me valora menos, que si su exmujer pretende organizarnos la vida, que si Sergi es demasiado blando, demasiado cobarde... demasiado mediocre. No soy feliz, Marc... me parece que no soy feliz».

Hasta que un día Sergi fue a Matadepera a devolverle el niño a su ex después de haberlo tenido con él durante todo el fin de semana. Y ella le preguntó si le apetecía tomar algo. Él le dijo que sí, que una copa de vino. Y en ese momento se acordó de que Ada había quedado para cenar con una escultora danesa que estaba exponiendo en Barcelona y le dijo a su ex que, en realidad, no tenía prisa.

Ada lo adivinó. Dio gracias a Dios por no haber tenido que rebajarse a hacer cosas tan indignas y vulgares —y, a veces, también inevitables— como cotillear el móvil o la cartera de Sergi. Simplemente, su intuición funcionó como un reloj y se lo preguntó abiertamente.

—Estás raro. ¿Qué pasó ayer? ¿Te acostaste con Eugènia?

Y él, Sergi, lo reconoció a la primera. Era —lo sabía tan bien como ella— el empujón que necesitaban para reconocer el deterioro, la fatiga, la distancia. Decidieron separarse de inmediato, sin mirar atrás ni reflexionar sobre si era necesario dar una segunda oportunidad al proyecto que habían compartido. No tenían hijos en común, ninguno de los dos pasaría por problemas económicos. Era una incisión limpia: un golpe de bisturí y se acabó.

Así que Sergi desapareció de sus vidas tal y como había llegado a ellas. Para Santi y para Mateu —incluso para Lúdia— fue una pérdida indolora. Nunca lo habían considerado como un amigo. Sergi era tan solo la pareja de Ada. «Echaremos de menos su arroz con bogavante», dijo Mateu socarrón. Lúdia hizo una mueca: «Hombre, también nos ha hecho reír». No podían reprocharle nada. Aunque, a decir verdad, ¿hay acaso algo peor que considerar que alguien ha pasado por nuestra vida sin dejar huella?

Para Marc, sin embargo, fue totalmente distinto. Sergi era amigo suyo desde la infancia. Se habían conocido jugando en la calle durante los veranos, y vivían muy cerca. Marc lo recordaba con las rodillas desolladas y la cabeza llena de pájaros, siempre con ideas luminosas y proponiendo aventuras temerarias. Habían compartido partidillos e intercambiado cromos mucho antes de que Marc fuera a la facultad y conociera a Ada. Pero resulta que la vida había dado algunos vuelcos inesperados y ahora, después de tantos años, Sergi prácticamente desaparecería de su vida. Sí, claro que se cruzarían por casualidad en la calle —Matadepera es muy pequeño—, pero su relación perdería fluidez y, sobre todo, comodidad. Lúdia le preguntó:

—¿Pero de verdad erais tan amigos?

Y la respuesta sincera era que no. Simpatizaban, se tenían afecto porque se conocían de toda la vida, pero su relación carecía de profundidad. Eso era obvio y, precisamente por ese motivo, Marc no tenía ninguna duda de que, si tenía que elegir, le merecía más la pena conservar a Ada que a Sergi. De acuerdo. Pero se sintió injustamente damnificado por la separación.

Pensaba en su amigo Sergi. Pensaba en Carla, la pareja de Santi. En el fondo de su corazón anidaba, como un mosquito que no deja de zumbiar, insidioso, una desazón que lo llevaba a preguntarse si esa amistad a cinco que tanto querían y protegían todos no se estaría condensando demasiado, si no corrían el peligro de volverse impermeables. Los espacios cerrados apestan a rancio.

## Lídia y Ada

Desde el principio, prácticamente desde el viaje a París, Ada tuvo claro que, a pesar de no ser una chica de belleza y talento excepcionales y de no representar exactamente el ideal que ella perseguía, Lídia tenía todo lo que ella deseaba.

Lídia hablaba con naturalidad de una infancia que ella solo había olfateado cuando iba de visita a casa de algunas amigas: una familia que normalmente estaba de buen humor, un negocio próspero, una hermana menor con la que compartía habitación, juegos y confidencias, una madre que no iba por ahí dando tumbos, una abuela que gozaba de la salud suficiente como para preparar buñuelos de azúcar y tarta de limón, un padre que estaba feliz de volver a casa por la noche. Al oír hablar a Lídia, parecía que el mundo fuera en realidad un lugar confortable en el que ella, Ada, hubiera sido la única desgraciada que no había tenido suerte.

En París, Ada fue la primera que se dio cuenta de que Marc se estaba enamorando de Lídia. Antes que los demás, antes que Lídia, antes incluso que el propio Marc. Porque ella estaba muy pendiente de Marc y, seguramente, le habría gustado gustarle. Marc era guapo y de buena familia, pero, sobre todo, prometía ser un magnífico pintor, y Ada estaba convencida de que se labraría una buena carrera.

Esperó pacientemente durante los primeros años de facultad, guardando las distancias que requería una amistad colectiva. Marc no daba ningún paso significativo para acercarse a Lídia, pero tampoco mostraba ningún interés por Ada más allá del de la amistad. Cuando ocurrió lo de la muerte del padre de Marc y él abandonó la carrera, Ada se sintió profundamente decepcionada y llegó a la conclusión de que, en realidad, no había tenido buen ojo. Marc Daura quizá llegara a ser un rico empresario, pero haber desaprovechado un talento como el suyo era sin duda un error que lo perseguiría de por vida.

Aun así, cuando Marc y Lídia se consolidaron como pareja y ella empezó a hablar de los fines de semana en Matadepera y de aquella casa llena de libros y cuadros con la misma naturalidad con la que siempre había hablado de su infancia en Girona, Ada entendió que, una vez más, Lídia había tenido suerte y ella no. Era como si las papeletas premiadas estuvieran reservadas para ella. Después, Ada se enamoró de Sergi y le pareció que, por una vez, la fortuna se repartía.

A pesar de todo, Ada nunca había llegado a desarrollar ningún sentimiento negativo contra Lídia. Quizá sintiera hacia ella un poco de envidia sana, pero sin sombra de rencor ni de malevolencia. Lídia le caía bien. Simpatizaban. Y nunca vio en su amiga ni un atisbo de arrogancia. De hecho, ni siquiera la creía consciente de ser una persona afortunada. Y eso, a ojos de Ada, la hacía más envidiable todavía.

Lídia, por su parte, jamás olvidó el temblor que había sacudido el cuerpo de Ada aquella noche en París, mientras contaba entre susurros sus terribles recuerdos. El temblor le había empezado en la barbilla y se había ido propagando por todo su cuerpo. Era como un animalillo atemorizado, como un pajarillo con las plumas empapadas. Esa noche, Ada le pareció el ser más indefenso que había visto nunca, y el contraste con la imagen fría y prepotente que su amiga había pretendido proyectar hasta entonces la enterneció.

En ese mismo momento —Lídia lo había pensado muchas veces en los años posteriores—, o al día siguiente, como mucho, tendría que haberle dicho a su temblorosa amiga que, en realidad, a ella le gustaba mucho más esa Imma horrorizada por el aliento apestoso de su madre cuando le daba un beso que la nueva Ada García-Torralba, tan segura de sí misma con su indecoroso afán por gustar y triunfar. Pero en París no se lo dijo, y ya nunca encontró el modo de hacerlo. Así que aprendió a querer a Ada tanto como habría querido a Imma. Tras esa fachada de frialdad, más allá de la ambiciosa determinación y de la pedantería, reconocía un corazón generoso y un alma sensible.

Así, con el paso de los años, Lídia y Ada cultivaron un afecto que, estrictamente hablando, se asentaba más en la pertenencia al grupo que en una amistad íntima. Para las confesiones más personales, Lídia tenía a Marc y a su hermana, y Ada —que, después de lo de París, pocas confesiones se permitía— se inclinaba más por Mateu o, aún mejor, por alguna persona que visitara momentáneamente su vida, un amante ocasional que no pudiera interpretar sus secretos y los olvidara al día siguiente con la resaca.

Pero Ada y Lídia habían vivido juntas la etapa de los descubrimientos, y habían compartido el embrujo de París y el nacimiento, en cuatro días, de una amistad que duraría décadas. Y, sobre todo, Ada y Lídia querían a los tres hombres que completaban ese círculo mágico. Y, como es bien sabido, querer a alguien, tener amores en común, es algo que une mucho, a veces más que un afecto mutuo.

A pesar de ese evidente cariño, la relación entre las dos parecía estar siempre a punto de romperse, como si caminara demasiado cerca de los márgenes. A lo largo de los años, Ada siguió alimentando, aunque apenas latentes, unos ligeros celos hacia esa amiga que había conseguido un matrimonio razonablemente feliz, una situación económica envidiable y un trabajo que le gustaba. Lídia, que jamás había tenido una vocación artística tan poderosa como los demás, trabajaba desde hacía años como diseñadora de estampados para una marca de primera línea de ropa del hogar. Era un trabajo cómodo, creativo y estable. Nunca le pareció que necesitara más.

Mientras tanto, las críticas firmadas por Ada García-Torralba habían ido adquiriendo un gran peso específico, y los jóvenes artistas catalanes temblaban esperando su veredicto cuando exponían su obra. Era una crítica cualificada e implacable, y su prestigio iba en aumento.

Ada, que ya había olvidado a Sergi y, con la misma facilidad, las influencias que le había proporcionado esa relación, vivía con naturalidad las ventajas de ocupar una posición destacada en el círculo social en el que se movía. Parecía —ella se ocupaba de que así fuera— que finalmente las cosas estaban en su sitio. La pequeña y casi olvidada Imma García, de Sant Andreu, había logrado, a base de esfuerzo y de constancia, sus objetivos y por fin se situaba en el lugar que el destino le había reservado.

Era una mujer independiente con una personalidad arrolladora, que se expresaba libremente y que resultaba atractiva a los hombres. Y esos rasgos característicos de Ada eran —salvo el último— exactamente las razones que acababan, una tras otra, con sus relaciones sentimentales.

Después de Sergi llegó Josep Ramon, un escultor extremadamente introvertido. Sus amigos podían contar con los dedos de una mano las veces que habían oído su voz. Lo envolvía un aura de misterio que prometía grandes cosas. Parecía el típico intelectual que, muy de vez en cuando, rompe su silencio para hacer una aportación brillante y oportuna, absolutamente ingeniosa y aguda. Sin embargo, después de todo, resultó que cuando el escultor participaba excepcionalmente en la conversación, sus intervenciones tampoco eran nada del otro mundo.

«Quizá —decía Mateu sarcástico— no sea un gran artista, encapsulado en el silencio de su mundo creativo. Quizá no sea más que un tipo que calla porque no tiene nada que decir.»

Josep Ramon desapareció de sus vidas tal y como lo había hecho Sergi, sin avisar y sin dejar rastro. Después de él, Ada fue más prudente y, cuando iniciaba una relación, esperaba un tiempo antes de presentar su nuevo amor al grupo. A menudo, la relación terminaba antes de que hubiera decidido que había llegado el momento de hacerlo.

A fin de cuentas, Ada reconocía que se sentía más cómoda en el grupo cuando no había nadie que la fiscalizara o que fiscalizara a sus amigos —ni nadie a quien sus amigos, a su vez, también fiscalizaran—. Era más fácil así.

El grupo se mantenía cohesionado y, cuando se encontraban los cinco, volvían a ser aquellos jóvenes estudiantes de Bellas Artes; era como si en cada encuentro se sacudieran de encima los años que iban transcurriendo. Las mujeres actuaban como catalizadoras de ese grupo singular. Lúdia organizaba cenas en su casa, cocinaba platos sofisticados, montaba mesas espléndidas y estaba pendiente de todos los detalles que aseguraban veladas memorables. Ada se encargaba de mantenerlos al día de los estrenos teatrales y de las inauguraciones, les descubría restaurantes sofisticados y salpicaba de glamur las vidas de sus amigos.

Tanto una como la otra mantenían una pugna soterrada por colocarse más cerca de Mateu, el corazón solitario. Ada se sentía estrechamente vinculada a él desde aquella intimidad que habían compartido a la orilla del Sena, siendo apenas unos desconocidos. Desde esa noche, Mateu y ella sabían que, en cierto modo, eran más hermanos que amigos. Como en una fantasía demente, Ada había llegado a imaginar que los dos habían compartido de niños un mismo ámbito, una misma familia, un mismo dolor. Desdibujaba el recuerdo de sus hermanas y se inventaba al hermano que no había tenido, que tenía la cara de Mateu. Lúdia, por descontado, guardaba un recuerdo indeleble de la noche que Mateu la había dejado ir, señalándole el camino hacia una vida llena de amor. Ambas mantenían una actitud ligeramente maternal con aquel hombre duro, vulnerable y libre. Mateu, aquel hombre que circulaba por la vida evitando los caminos concurridos, siempre tomando atajos o bordeando los abismos, que amaba tan libremente como vivía, que mantenía intacto el compromiso con su vocación y que no se había rendido —como habían terminado haciendo todos los demás— a las necesidades de la vida práctica.

Ambas mujeres procuraban, cada una a su manera, que la vida de Mateu no descarrilara del todo. Y era una ardua tarea, porque, obviamente, su amigo no admitía con facilidad los consejos ni los reproches. Su día a día estaba sumido en el desorden y, por temporadas, en la apatía. No ayudaba demasiado que viviera solo —su abuela estaba ingresada en una residencia— ni el hecho de que ni su vida laboral ni la familiar le impusieran un horario establecido. La relación con sus padres era escasa: alguna llamada de vez en cuando a su madre y poco más. Tampoco ayudaba, claro está, su tendencia a buscar en el alcohol y en otras drogas una inspiración que se volvía huidiza cada vez con más frecuencia.

Ada era más de llamadas inquisitivas —«¿Estás trabajando?»— y Lúdia de visitas sorpresa que la dejaban pasmada ante el desorden que reinaba en la madriguera y en la vida del Artista. Mateu se rebelaba contra las dos con sus pataletas de niño pequeño y, finalmente, terminaba aceptando su ayuda, que llegaba en forma de entrevista con algún marchante o de colección de tarteras llenas de albóndigas, fricandó y otras delicias. Una escuchaba sus disquisiciones sobre la crisis creativa, la otra le regalaba una funda nórdica para que hiciera frente a los meses más fríos del invierno.

Diez años después de haber terminado la carrera, Mateu se mantenía fiel a su planteamiento de vida, alejado de los vínculos sentimentales y materiales para poder seguir únicamente el camino que le marcaba en todo momento su instinto artístico. A menudo hacía largos viajes con una pequeña mochila a la espalda, durmiendo en albergues de estudiantes y sin ningún itinerario establecido. Cuando volvía a

casa, con los ojos llenos de paisajes, rostros, plazas y colores, se encerraba durante meses. Había convertido el comedor de la casa de su abuela, una habitación rectangular de techos altos con molduras y grandes ventanales que dejaban entrar la luz a raudales, en su estudio de pintor. En aquel espacio, todo lo que Mateu había visto y vivido durante el viaje tomaba forma y se traducían en pintura. Había dejado atrás los coloridos desnudos femeninos y ahora pintaba cuadros llenos de hombres y mujeres, de tranvías y escaparates, de nubes y lluvia, en planos superpuestos, amontonados, desordenados, como si no hubiera espacio suficiente en la tela para abocar en ella toda la experiencia acumulada.

Después, cuando había reunido un volumen de obra considerable, intentaba exponerla. Como eso cada vez le resultaba más difícil —aquella ya lejana primera exposición en una galería del Eixample había sido como un espejismo—, Mateu se espabilaba para colocar los cuadros por otras vías. Había una cadena de hoteles, por ejemplo, que de pronto le salvaba la temporada. Sus pinturas, de tres por dos, con sus estallidos de rojos y amarillos, llenaban de vida sus *halls* fríos e impersonales y, a veces, algún cliente con dinero se interesaba por el artista y terminaba comprándole alguna obra.

Los primeros años del siglo XXI dieron un vuelco al panorama. En esa sociedad que crecía al ritmo de los bloques de pisos que se construían, parecía que el lujo estuviera al alcance de todos. Era fácil comprarse un piso y un coche de gama alta, hacer cruceros en verano y visitar a menudo los mejores restaurantes. ¿Y después de eso? Después estaba el arte. Los nuevos ricos querían comprar cuadros que no entendían y que, en muchos casos, ni siquiera les gustaban.

A principios de 2002, Mateu recibió una buena propuesta para exponer su producción de los dos últimos años en el barrio del Born. Los galeristas acababan de llegar a Barcelona y se habían enamorado de su pintura. Con más entusiasmo que presupuesto, estaban decididos a irrumpir en la escena cultural barcelonesa y creían que aquella exposición sería su tarjeta de presentación ideal.

Mateu pasó un par de días fuera de combate tras aceptar la propuesta. Cayó literalmente enfermo, presa de los nervios. De pronto, las dudas crecían y se multiplicaban en su cabeza. No estaba seguro de que la obra que había acumulado fuera lo bastante homogénea, lo bastante sorprendente, lo bastante buena.

Le pidió a Ada que le echara un vistazo. Los demás también querían ver los cuadros, pero Mateu se negó: «Los veréis en la exposición, ahora no necesito tantas opiniones, me pondría la cabeza como un bombo. Ada puede darme consejos profesionales, que es lo que necesito».

Y un sábado por la mañana —Mateu la llamó a primera hora para decirle que sí, que como el día había amanecido soleado podía ir, puesto que sus cuadros no aceptarían en ningún caso un cielo nublado—, Ada pudo examinar la obra de su amigo, de la que pocas semanas más tarde podría disfrutar toda Barcelona.

Mateu iba desnudando los cuadros uno tras otro dejando caer las sábanas al suelo y los colocaba encima del sofá. Ada se plantaba delante del cuadro que él le enseñaba y lo contemplaba durante unos minutos en silencio. Después se alejaba, volvía a acercarse y finalmente decía: «Otro».

Él la miraba con la misma atención con la que ella observaba los cuadros. Si Ada hacía un pequeño gesto —fruncía el ceño, dejaba escapar una respiración más profunda que las otras—, Mateu, que notaba cómo el corazón se le aceleraba en el pecho, se reprendía: «Serás idiota. Pero si solo es Ada»; pero sus latidos tardaban todavía unos segundos en volver a encontrar su ritmo habitual.

Después de haber visto todas las obras, Mateu sacó una botella de vino blanco que había metido en la nevera la víspera —sabía que a Ada le gustaba tomarlo muy frío— y sirvió dos copas. Solo entonces Ada empezó a hablar y, desde el principio, su actitud dejó muy claro que se trataba de un soliloquio y que a Mateu le había reservado el papel de oyente.

En el comedor inundado de claridad había cuadros desperdigados por todas partes —en el sofá, contra las paredes, apoyados encima de una silla, sobre la mesa—, y Ada iba paseándose entre ellos señalando algunos. Este, y este, y aquel de allí, y este también. Había elegido media docena y Mateu enseguida intuyó que los destacaba para bien. A él también le parecía que eran los mejores. Coincidió casi plenamente con la elección. Respiró aliviado: era un buen principio.

Después, Ada cogió su copa y volvió a pasearse de un extremo al otro del comedor estudio.

—Este no está mal —dijo con una mueca que a su amigo le pareció de desprecio—, es salvable.

¿Salvable? Todas las alarmas de Mateu se activaron al instante. Pero Ada ya se había acercado a otra pintura, una de grandes dimensiones que reposaba encima del sofá.

—Y este... hum... este quizá también entre. A mí no me convence especialmente, pero seguro que tiene su público.

Dicho esto, dio cuatro pasos para situarse al lado de Mateu y le pasó el brazo por los hombros amistosamente.

—Los demás... yo no los expondría, Mateu.

—Pero ¿de qué coño hablas? ¿Cómo quieres que haga una exposición con ocho obras?

—Ah, chico, a mí qué me cuentas. ¿Estás seguro de que no tienes por ahí otra escondida? —Echó una mirada a la habitación con una media sonrisa en los labios. No era descabellado pensar que quizá entre todo aquel desorden hubiera quedado olvidado algún cuadro en un rincón.

—No. Esto es todo lo que quiero exponer.

Lo dijo con una rotundidad absoluta. Ada lo miró, sin alterar su expresión. Y entonces Mateu se acercó a uno de los cuadros. Era una escena urbana, una calle cualquiera de una gran ciudad. En primer plano mostraba un coche rojo y unos viandantes que cruzaban. A lo lejos se veía un autobús y los toldos de colores de unos cafés afrancesados. En los escaparates de las tiendas se veían los reflejos del coche rojo y del autobús, de los toldos y de la confusión de la vida.

—¿Este qué tiene de malo?

Era una pregunta hecha con un claro tono de reproche y un punto agresivo.

—No lo formules así. Pregúntame qué tiene de bueno este cuadro. Qué tiene de bueno y, sobre todo, de nuevo y de verdad.

—No te entiendo.

—Has pintado este cuadro, y ese, y aquel de allí, y ese... porque quedarán estupendamente en el *hall* de los hoteles y...

Mateu la interrumpió enérgicamente:

—¡Y tú qué sabes!

Ada se volvió hacia él sin perder la calma:

—Es verdad. No estoy dentro de tu cabeza. Me has pedido mi opinión y yo te la doy. En los cuadros que pintabas hace años, los de los cuerpos de mujer manchados de pintura, los de la primera exposición, había algo tuyo. Después, en los primeros de escenas urbanas, cuando volvías de tus viajes, también. Pero en algún momento encontraste la fórmula y dejaste de buscar. De eso me quejo. Pero, oye, tú mismo, en serio. ¡Quizá estoy totalmente equivocada!

Mateu relajó un poco el gesto, arrugó las cejas y encogió los hombros.

—Lo pensaré.

Hubo inauguración con cava y con un lujoso catálogo en papel. «Mateu Alert: Realidad desordenada.» La exposición constaba de diecinueve cuadros. Todos los que Ada había visto aquel sábado por la mañana.

Realidad desordenada. Totalmente cierto. La realidad se desordena y ocurren cosas que no tendrían que ocurrir. Ada recibió el encargo del periódico: «Ve a ver a ese tal Alert. Parece que gusta. A ver qué podemos decir sobre él».

Tuvo la posibilidad de negarse. «No, es amigo mío». Quizá con eso habría bastado. Pero Ada intuía que en el trabajo es mejor no hacer uso de la palabra «amigo». Sabía mejor que nadie que en el trabajo es mejor no hablar de sentimientos: ni amor, ni amistad, ni familia ni de hijos. Y, por otro lado, la palabra «no» tampoco está muy bien vista. Así que aceptó.

Empezó hablando de la galería del Born como de un espacio que se incorporaba con modestia a los equipamientos culturales de un barrio que había ya alzado el vuelo. Destacó el tragaluz que presidía el techo de la sala y que le confería una iluminación singular. A primera hora de la tarde, la claridad se concentraba en un círculo resplandeciente situado en el centro mismo de la galería. A medida que pasaban las horas, la luz iba menguando y aquel planeta amarillento se desvanecía. Parecía un truco de magia.

Después habló de la joven pareja que regentaba la galería. La polaca Anielka y el chileno Leo: de su trayectoria artística, de su valor, de su gusto por la modernidad.

Y, por último, escribió un par de párrafos hablando del artista Mateu Alert y de la obra expuesta. Para ello, recordó aquella primera exposición celebrada diez años atrás, llena de cuerpos femeninos manchados de colores. Elogió la fuerza de aquella pintura de trazos todavía torpes, aunque cargada de ideas. Lástima, decía la crítica, que el artista haya perdido en algún punto del camino esa potencia, ese ímpetu tan propio de la juventud que lo llevaba a afirmar con contundencia que para encontrar la vida —la naturaleza, el color— bastaba con buscarla en el cuerpo de la mujer.

Los cuadros de su última etapa, en cambio, no ocultaban ningún mensaje potente. Se trataba, como él mismo reconocía explícitamente con el título elegido para la muestra, de una realidad desordenada. Alert se limitaba a abocar en las telas lo que había visto. El desorden no tenía ninguna intención ulterior, el caos no obedecía a ninguna razón. Aun así, era justo reconocer que el trazo del pintor era vigoroso todavía y —la cronista estaba segura de ello— que volvería a la excelencia cuando se pusiera al servicio de una idea.

La primera que leyó la crítica y que descolgó el teléfono fue Lúdia. La indignación no la dejaba oír y se limitó a decirle a Ada que eso no se hacía, que la envidia le había dictado unas frases tan crueles que hundirían a Mateu para los restos, que a la pobre Imma García no le hacía ninguna falta haber recorrido un camino tan largo y haberse tragado tantos sapos para terminar cayendo tan bajo, que le parecía muy difícil que Mateu pudiera perdonarla, pero que, desde luego, ella no tenía la menor intención de hacerlo.

Ada aguantó el chaparrón sin prácticamente defenderse y, después de eso, tuvo que aguantar las broncas de Santi y de Marc. Cuando todos se hubieron desahogado, Ada los invitó a cenar a casa. Les aseguró que Mateu también había aceptado su invitación.

Y así era.

Santi, Lída y Marc esperaban asistir, seguramente en calidad de espectadores, a un duelo durísimo que los remitiría a los que habían tenido lugar en la facultad, con los mismos protagonistas, en las clases del profesor Vegara.

Pero Mateu cortó de raíz ese pronóstico, porque, en cuanto se produjo el encuentro, dejó claro que no estaba dolido con Ada, que su crítica no lo había ofendido, sino todo lo contrario.

—No esperaba menos de ti —dijo clavando en ella una mirada imperturbable—. Lo que hay que esperar de los buenos amigos no son palabras amables, sino palabras sinceras.

Ada esbozó una sonrisa indecisa. ¿El Artista hablaba con sinceridad? ¿O lo hacía con ironía? Mateu continuó hablando y Ada se dio cuenta de que arrastraba algunas sílabas y de que tropezaba con algunas consonantes. Dedujo que, antes del cabernet sauvignon que se estaba tomando en ese momento en su casa, ya se había bebido unas cuantas copas. Eso lo volvía todavía más imprevisible y más opaco. No tenía ni idea de si la velada acabaría en una batalla sangrienta o en unas risas ebrias.

El grupo de amigos guardaban silencio, y Mateu se animaba, deshilando —aunque fuera a trompicones— un discurso vibrante y encendido en el que mezclaba conceptos como fidelidad, creación, libertad, amistad y honradez. El meollo de la cuestión estaba claro: lejos de haberse sentido maltratado, Mateu le agradecía a Ada su sinceridad y reivindicaba encarnizadamente que la auténtica amistad debía estar forzosamente basada en la libertad de pensamiento, obra y decisión de cada uno.

Ada lo escuchaba, ya un poco menos tensa, y se entretenía moviendo con suavidad el vino de color bermellón de su copa, que olía a sotobosque y a frambuesa.

—Tú y yo, Ada, venimos del mismo sitio —decía Mateu en ese momento, con una sonrisa afectuosa.

Lída sintió un minúsculo temblor en el pecho. Santi cruzó una mirada rápida con Marc. Ada seguía todavía haciendo girar el líquido rojo en su copa, aparentemente tranquila.

—Ya sabes que tú y yo éramos hermanos, quizá incluso gemelos, aunque no nos conociéramos. Crecimos con el hedor del miedo metido en la nariz. Y, por cierto: se parecía mucho al mal olor que debe de tener mi aliento.

Nunca, desde París, habían vuelto a hablar de su infancia turbia y descolorida: del padre borracho y violento de él, de la madre alcohólica y vencida de ella. De la vergüenza, de la rabia, del pánico.

—Tu madre no te pegaba, es cierto. Solo te avergonzaba.

Ada había empezado a encogerse. Como en París. Se había encogido y adelgazado y volvía a tener ocho años, nueve como mucho. Y le temblaba la barbilla como cuando era pequeña y Mateu —y no Rosa— era su hermano gemelo, aunque no lo conociera.

—Esa vergüenza, Ada, es lo que ha hecho que salieras adelante. No debemos avergonzarnos de tener vergüenza. Tú diste un paso adelante, decidiste dejar atrás a esa criatura asustada y empezar a ser tú.

Ahora todos escuchaban en silencio, inclinados hacia delante, sin tomar un solo sorbo de vino y casi sin respirar.

—Querías pintar. Querías ser artista porque dentro de ti, a pesar del aliento hediondo de tu madre, de las lágrimas y de la tristeza, a pesar del gris de todos los días y el negro de las noches más oscuras, había luces y también colores. Había un latido que te mantenía alerta y que supiste escuchar.

Y entonces sí: Mateu hizo una pausa para tomar un buen sorbo y todos lo imitaron, como si les hubiera dado permiso para hacerlo. Pero nadie se atrevió a decir nada; Mateu apoyó los brazos sobre sus rodillas, con la copa ahora vacía en las manos, y dijo:

—Y yo me pregunto: ¿por qué dejaste de escuchar ese latido, Ada?

Silencio. Un silencio terrorífico que quemaba.

La miraron. Ada volvía a ser Ada. Había crecido de golpe al oír la pregunta y volvía a tener su actitud aristocrática y su mirada gélida. Se levantó y fue a la cocina. Desde allí, levantó la voz, que sonó artificialmente natural y despreocupada: «¿Seguimos con el vino o pasamos a la ginebra?».

Como nadie respondió, apareció en la puerta y se apoyó con gesto indolente en el marco de madera, haciendo que su cuerpo esbelto dibujara una curva perfecta. Santi pensó que parecía una actriz de cine negro de los años cuarenta: Marlene Dietrich, Greta Garbo...

Llevaba en la mano una botella de vino. Se la ofreció a Mateu para que la abriera, como si no pasara nada, y volvió a sentarse en el sofá. Cruzó las piernas.

—¿Ya no oigo el latido, Artista?

Había pronunciado la palabra «Artista» de una manera tan venenosa que Mateu hizo un pequeño gesto —retrocedió apenas un centímetro—, como si acabaran de escupirle a la cara.

—No, Ada, ya no lo oyes. ¿Cuánto tiempo hace que no pintas? ¿Qué recuerdas del vértigo que te provocaba el lienzo en blanco? ¿Cómo sabes si detrás de mis cuadros hay o no una idea?

Y ella no pudo evitar una mueca minúscula, un pequeño gesto que significaba claramente: o sea que, en realidad, sí te ha molestado mi crítica.

Lídia los miraba atónita. Los dos llevaban un poco de razón. Es casi imposible que una crítica negativa no nos afecte. El artista se deja la piel en la obra que crea. Y después, cuando tiene el alma en carne viva, pretendemos que sea objetivo y abierto, que reconozca sus errores, que acepte los reproches y las dudas.

Seguramente, Mateu había sido sincero cuando le había agradecido a Ada su franqueza. Y estaba fuera de toda duda que Ada hubiera actuado con honestidad. Por otro lado, probablemente Mateu tenía razón cuando decía que Ada estaba demasiado lejos del proceso creativo para poder hablar de él con tanta contundencia. Y era más que posible que Ada acertara al pensar que, al final, Mateu estaba molesto.

Después de la mueca de Ada, Mateu volvió a llenar las copas y propuso un brindis. Las copas se levantaron, muy cerca unas de otras, aunque sin entrechocarse: «¡Por el arte!».

Días más tarde, Lídia se enteró de que Ada había ayudado a vender cuatro cuadros de la exposición de Mateu. Gracias a sus contactos, cuatro de las obras más caras habían ido a parar a manos privadas, y Mateu había ingresado una cantidad respetable. «Espero que suficiente para que viva tranquilo durante los próximos dos años —dijo Ada—. Que viaje y que pinte. Lo importante es que pinte.»

Mateu emprendió un viaje que lo llevó por todos los países de Sudamérica. Se fue sin despedirse. Muy de vez en cuando, alguno de sus amigos recibía una postal con un breve mensaje: «Buenos Aires es la ciudad más seductora que he conocido» o «El valle de la Luna. Chile» o «Las dunas de la playa de Jericoacoara. Me duelen los ojos».

Comunicación escasa. Sus amigos nunca sabían dónde estaba ni cuándo regresaría. Ni si estaba bien. Lídia temía que no volviera. Estaba segura de que se había marchado dolido con Ada, herido en lo más hondo.

Pero Mateu volvió al cabo de un año y medio y se encerró a pintar. Trabajaba jornadas enteras, prácticamente sin parar para comer. Lídia iba a verlo y le llenaba la nevera, le pedía que descansara un poco: lo veía flaco y con mal color. Él le decía que, durante los últimos meses, había visto tanta belleza que se había quedado saturado. Necesitaba sacarla, vaciarse un poco para volver a empezar.

—Me he saciado de belleza, pero quiero más. Necesito más si quiero seguir pintando. Así que ahora me estoy purgando, me vacío, y después volveré a tener hambre y sed.

Los cuadros que pintó en esa época fueron espectaculares. De proporciones gigantescas y de trazos enérgicos. Colores rotundos. Siluetas rotas.

Todos estuvieron de acuerdo: era lo mejor que había pintado nunca. Ada también lo dijo. Y, cuando lo hizo, miró a Lúdia a los ojos, que supo leer en ellos un mensaje diáfano. Ada estaba convencida de haber ayudado a Mateu, de haberlo espoleado con la crítica y, en cierto modo, de haberle subvencionado ese viaje que tantísimo lo había inspirado. Finalmente, incluso la propia Lúdia llegó a plantearse si no sería cierto.

## Mateu y Santi

2005 fue el año de la eclosión del artista Mateu Alert. Tenía treinta y cinco años y hacía doce que había salido de la facultad de Bellas Artes. La exposición de la obra que había pintado tras su regreso de América recibió muchos elogios y, esta vez, Ada García-Torralba estuvo de acuerdo con ellos. Mateu puntualizó:

—De acuerdo... pero no hay que entusiasmarse demasiado.

—No, porque harás cosas aún mejores.

La vida no se detenía. Es más, circulaba a gran velocidad, alejándolos de los años de juventud, cuando todo era instinto y ambición. La realidad, con su sentido práctico y sus deberes, se imponía en la mayoría de los casos.

En cierto modo, los cinco sentían que esa amistad nacida en los años de estudiantes era lo único que los mantenía anclados a los años de los grandes anhelos.

Juntos celebraron el éxito de Mateu y el nacimiento de los hijos de Marc y Lúdia. Juntos participaron de la alegría de Santi, en una boda protagonizada por la tía Reme, muy anciana ya, pero todavía con la mente clara, con quien el novio quiso bailar el vals más tierno de la historia.

El padre de Ada decidió volver al pueblo de la comarca de la Segarra donde había nacido y les dijo a sus hijas que hicieran lo que quisieran con la casa de Sant Andreu, que a él le traía sin cuidado. Rosa, que vivía en Madrid, aseguró que ella no la usaría, pero que, por motivos sentimentales, no quería que la vendieran.

—¿Motivos sentimentales? ¿Quieres decir que te daría pena perder de vista el escenario del terror?

Ada hablaba sin pelos en la lengua y Rosa, que había construido un montón de recuerdos si no falsos, sí muy disfrazados, de su infancia, no quiso oírla. Así que la casa de Sant Andreu se mantuvo cerrada, y las dos hermanas redujeron a la mínima expresión su relación, ya de por sí muy tibia. A Ada le daba rabia no disponer del dinero que podrían obtener por la venta de una casa que detestaba, y a Rosa le daba rabia que Ada, que vivía en un piso de alquiler en Barcelona, no quisiera acondicionar la casa familiar e instalarse en ella. Por su parte, Àngels, la pequeña de las tres hermanas, hacía años que vivía en el extranjero y se había desentendido totalmente del resto de la familia.

Santi, en cambio, aceptó de buen grado instalarse en el piso que había quedado libre en el rellano del de sus padres, en el mismo barrio de Sant Adrià en el que se había criado. Tenía la suerte de que su mujer era una persona que se adaptaba fácilmente y de que desde el primer momento se había sentido acunada por la familia Rivero e integrada en Sant Adrià. Cuando alguno de sus amigos loaba su actitud, Carla se limitaba a subrayar que, para una persona como ella, que nunca había experimentado la sensación de tener una familia, los excesos afectivos de los Rivero eran una auténtica bendición.

Los padres de Carla, ambos abogados, se habían divorciado cuando ella tenía seis años; desde entonces, no había vuelto a ver juntos a sus progenitores, que manifestaban el rencor que se profesaban sin reservas delante de su hija. Durante los primeros años, Carla odió en silencio a su madre porque,

según su opinión, la había alejado de un padre simpático y afectuoso al que echaba muchísimo de menos. Al cumplir los dieciséis años, su madre —una mujer de carácter agrio y actitud victimista— decidió que había llegado el momento de contarle «la verdad de la historia».

Y la verdad, según ella, era que su padre había decidido abandonarlas al enamorarse de una jueza divorciada y forrada y se había ido a vivir a Sant Cugat, donde ejercía de padre solícito de los tres hijos de ella.

Cuando conoció la versión materna de la historia, Carla pasó a odiar a su padre con todas sus fuerzas hasta que, inesperadamente, él murió de un infarto con tan solo cuarenta y cinco años.

En el funeral, la jueza viuda le contó, entre sollozos, que su matrimonio había sido muy feliz a pesar de la amenaza constante que suponía una exmujer vengativa, que no se cansaba de imponer su trastornada presencia. Según contó, el difunto había sufrido terriblemente por el hecho de que padre e hija no se vieran, pero se había visto obligado a renunciar a la niña para poder apartarse de la obsesión de su exmujer, «para sobrevivir». Así se lo había recomendado el psiquiatra.

Fue entonces cuando Carla decidió dar un vuelco a su animadversión y enfocarla de nuevo contra su madre, que a partir de ese momento aumentó en varios grados su victimismo. Según ella, Carla era terriblemente injusta porque, en esa historia, a pesar de que la madre era *claramente* la víctima y la que había tenido que seguir adelante sola, la hija había terminado por ponerse del lado del verdugo.

La convivencia se deterioró hasta tal punto que Carla, con sus veintidós años recién cumplidos, se espabiló para encontrar trabajo de dependienta, y terminó sus estudios instalada en un piso de estudiantes. La suerte fue a su encuentro en forma de trabajo en un instituto. Allí conoció a Santi, su futuro marido, que daba clases de Historia del Arte.

Se enamoró de él a los pocos días de conocerlo. Aquel chico de modales suaves y mirada de artista era el refugio que, sin saberlo, ella estaba buscando. Después de haber crecido entre mentiras, reproches y manipulaciones, Santi representaba la solidez y la honestidad: era sencillo como un sí o como un no. Y en su familia, incluida la tía Reme, encontró el calor que siempre había echado en falta.

Aparentemente, Carla se había adaptado con idéntica facilidad al grupo de los cinco, a pesar de que, como Mateu y Ada habían optado por no seguir sumando al grupo sus amores —más bien fugaces—, ella era el único miembro añadido. Cuando Santi le preguntaba, inquieto, si eso la incomodaba, Carla lo tranquilizaba con una visión siempre optimista: «Ya me adaptaré, no sufras. Es solo cuestión de tiempo».

Pero, más adelante, Santi detectó que, cuando él proponía un encuentro con sus amigos, casualmente Carla siempre encontraba alguna excusa para dificultarlo. Nunca llegaba a expresar una oposición frontal, ni siquiera un simple «No me apetece». A veces, hasta decía que sí: «Claro. Vamos a cenar a casa de Lúcia y Marc»; pero, cuando llegaba el momento, de pronto aparecía un dolor de cabeza que la obligaba a quedarse en casa. Entonces Santi se ofrecía a quedarse con ella y Carla se negaba hasta la extenuación. «Ni hablar. Ve tú, faltaría más. ¡Dales recuerdos de mi parte!»

Y, sin embargo, las veces que decidía ir, parecía que lo pasaba bien. A menudo preparaba un postre —tenía muy buena mano con los dulces— y recibía encantada los elogios de los comensales.

Cuando llegaban a casa, Carla daba un repaso a la velada. Marc y Lúcia le parecían unos anfitriones fantásticos; admiraba las aportaciones de Ada a la conversación —«Tiene tantos conocimientos, tantas relaciones, siempre encuentra algo divertido que contar...»—, y celebraba las ocurrencias de Mateu. «Qué personalidad. Es único», decía.

Santi sentía entonces un malestar difuso, porque le parecía que Carla le hacía la rosca, que los elogios no eran sinceros del todo y, sobre todo, le molestaba que se refiriera a Ada, Marc, Lúdia y Mateu como «tus amigos». A veces la corregía: «A estas alturas, también deben de serlo tuyos...». Y Carla rectificaba alegremente: «¡Claro! Claro que sí». Pero volvía a lo mismo en la siguiente ocasión: «Tus amigos esto, tus amigos aquello». Era una forma muy sutil de mantenerse al margen: una distancia encubierta, una simulación.

A veces no le faltaba razón.

Aquella noche la conversación empezó a propósito del último cuadro que había pintado Marc —cada vez tenía menos tiempo para pintar, así que una obra nueva era motivo de celebración—, que había pasado a presidir el panel central de la pared del comedor. Era una pintura abstracta, una especie de salto de agua inmenso de serpentinillas en distintos tonos de azules y verdes. Bien iluminado, el cuadro proyectaba una luminosidad marina a toda la habitación.

Todos estaban de acuerdo en que Marc era un pintor de colores fríos, mientras que Mateu, por ejemplo, se sentía más cómodo con los cítricos y los rojizos. Se preguntaron si esa tendencia hacia determinados colores podía asociarse de algún modo al carácter, al estado de ánimo, a las emociones que el pintor experimentaba en ese momento.

—¿Marc sería el azul?

No se pusieron de acuerdo sobre si Marc era en efecto un hombre frío. Lo consideraban afectuoso, siempre pendiente de los demás y generoso, pero reconocían que era un hombre de carácter resolutivo, que tomaba las decisiones siempre después de reflexionar y que las mantenía con firmeza. Finalmente, pidieron la opinión del protagonista.

—¿Eres un azul, Marc?

—Azul verdoso, para ser más exactos.

Y, reposando el brazo amistosamente sobre los hombros de Mateu, añadió con una sonrisa socarrona:

—Tú debes de ser cálido como tus cuadros, ¿no, Artista? Ya sabes: rojo fuego, rojo sangre, rojo corazón...

La respuesta llegó rápida y, como era previsible, contundente:

—Soy mucho más que un naranja o un rojo. Soy el amarillo.

Fue entonces cuando Carla se atrevió a participar en esa conversación que así, de buenas a primeras, le resultaba bastante surrealista:

—Lo dices como si fuera algo extraordinariamente bueno. Como si el amarillo fuera mejor que el azul o el verde.

—Lo es, sin discusión.

Santi rodeó los hombros de su mujer con el brazo y le advirtió con tono afectuoso:

—Has de saber, Carla, que acabas de ponerle en bandeja al Artista que nos dé una clase magistral sobre Van Gogh.

Aunque lo dijo medio en broma, de pronto Carla detectó que todos, incluido su marido, se disponían a escuchar. Ella se limitó a llenarse la copa de vino y a contemplar el espectáculo.

Y Mateu habló de los amarillos. Del amarillo Nápoles —antimoniato de plomo—, antiquísimo, del que ya se habían hallado restos en las baldosas de Babilonia. De los pigmentos que se utilizaban en la India desde el siglo VIII, obtenidos a partir de la resina de la gutagamba, que proporciona unos amarillos brillantes e intensos y transiciones increíblemente suaves. Del amarillo cromado de bario, que el químico Vauquelin sintetizó a principios del XIX y que nos permite obtener el maravilloso amarillo limón. De los amarillos de cadmio, opacos y permanentes, algunos de los cuales verdean con la luz.

Todos escuchaban atentos y sonrientes, aparentemente felices. La luz de la lámpara, protegida por una pantalla de color champán, parecía haber ganado protagonismo, y todo había adquirido tonalidades amarillentas.

Mateu llenaba el silencio recordando el amarillo anaranjado de los rostros de Modigliani, las faldas amarillentas de las bailarinas de Degas, el dorado del cabello de la Venus de Botticelli, el amarillo maduro de los melocotones y las peras de Cézanne, el enigmático amarillo de los girasoles de Van Gogh, el insuperable amarillo lumínico de la terraza del café de Arlés, del campo de trigo, la habitación amarilla, la casa amarilla...

—Es un color dotado de una potencia indiscutible. Y sí, debe de ser verdad que es el color de los locos, de quienes vemos el mundo como una hoguera inmensa que quiere engullirnos. Solo sé que las pinceladas de amarillo hablan, llenan el lienzo, lo encienden.

—Vale, está claro: ¿te gusta el amarillo! ¿Y tú, Ada? ¿Alguna vez has pensado qué color serías?

La respuesta llegó con tono reposado, pero sin dilación. Carla pensó que era como si Ada hubiera estado esperando la pregunta desde siempre. También se le ocurrió que ella, en cambio, no se lo había planteado nunca. ¿Qué color sería? Empezó a pensar en ello.

—Lo tengo clarísimo —dijo Ada—. El color que me representa tiene que ser, básicamente, un tono de rojo, que es un color sensual, excitante y dinámico.

—¿Entonces, el rojo? —se impacientó Mateu.

—No. El rojo a secas, no. Hay que darle un toque más aristocrático, como el púrpura, por ejemplo. Y un poco chic... como el carmesí.

—¿Tantos rojos hay? —preguntó Carla desconcertada.

—... y el borgoña, el cereza, el carmín, el coral...

—Venga, Ada, ¿tú qué tono de rojo serías?

Un pequeño silencio. Cuánto le gustaban a Ada esos microsilenios cargados de atención, con todos pendientes de ella. Los saboreó, dejó pasar todavía unos cuantos segundos más y dijo:

—Yo soy el amaranto. ¿Sabéis qué es el amaranto, verdad? Es una planta con flor realmente preciosa. El nombre viene del griego y quiere decir «flor que nunca se marchita».

—Igual que tú, ¿verdad? —Mateu sonreía, burlón.

—¡Exacto!

Ada mantuvo la sonrisa —entre arrogante y sarcástica— hasta que, por fin, Carla se atrevió a preguntar:

—Pero ¿cómo es el amaranto? Me refiero al color.

Y Ada, con un gesto estudiado, se desanudó el pañuelo que llevaba suavemente atado al cuello. El nudo, de seda natural —que caliente y no estorba—, cayó desmayado en sus manos. Se lo brindó a Carla como una ofrenda.

—Mira, este es el color amaranto.

Carla notó la seda en las manos como una caricia. No sabía qué hacer con el pañuelo y se volvió hacia Ada, que, con complacencia, volvió a anudárselo al cuello.

Lidia no se decidía.

—Lo único que sé es que me gustan los colores luminosos: el azul turquesa, el naranja... Si tuviera que elegir uno, me quedaría con ese azul puro, luminoso, de algunos marcos, ese azul liso, completo...

—Te refieres al azul de las piscinas. —La voz levemente nasal de Ada interrumpió el discurso de Lidia, que resbalaba como el agua salpicándolo todo.

Mateu, que se había repantigado en la butaca más cómoda, con las piernas colgando de unos de los brazos y la cabeza echada hacia atrás, empezaba a aburrirse:

—¿Y tú, Santi? A que lo adivino.

—Inténtalo.

—El cobre.

—¡Sí, señor!

—Claro. Un color cálido, de reposo, que puede tener mil matices. Para conseguir un buen cobre, ¿qué usáis? ¿El siena tostado y el rojo de cadmio?

Lidia fue a la cocina a buscar la comida, Marc le pidió a Santi que le ayudara a llevar las sillas y Mateu se sirvió los restos del vino que quedaba en la botella y se lo tomó de un sorbo mientras Ada salía al balcón.

Carla se quedó sentada donde estaba, quieta y callada, mirándolos, sin dar crédito a lo que acababa de ocurrir. Nadie, ninguno de ellos —ni siquiera su marido—, se había interesado por saber cuál era su color.

Lo tenía claro y le habría gustado decirlo: era el magenta, un color bonito y un nombre aún más bonito. Un pequeño foco de rabia, como una semilla de uva, se le instaló en el cuello como un estorbo. Lo sentía cada vez que respiraba.

Dos años después de la noche de los colores —no habían pasado cinco desde la boda y la tía Reme, que había bailado el vals con el novio, ya había muerto—, Carla puso el punto final a su matrimonio. Lo hizo un domingo soleado y de temperaturas suaves, por la mañana. Era un día en el que apetecía mucho más salir a tomar el aperitivo cerca del mar que dar por terminada una relación de amor.

Santi se presentó desencajado en casa de Mateu:

—Carla me ha dejado.

Mateu hizo que se sentara y le puso un vaso de whisky.

—¿Qué dices? ¿Por qué?

Cuando Santi alzó levemente los hombros, con un gesto que estaba entre la indiferencia y el desconsuelo, como de «qué más da», su amigo interpretó que Carla no había dado explicaciones.

—¡Será jeta! ¿Y se ha ido así, sin decirte nada?

Santi hizo entonces memoria de la extensa lista de motivos que Carla había argumentado. Se los repitió a Mateu: «Que ha perdido la ilusión. Que se ha sentido ahogada por mi familia. Que tiene la sensación de que en Sant Adrià no se le ha perdido nada. Que quiere tener hijos, pero que no sabe si conmigo. Que nunca se ha sentido integrada del todo en mi vida. Que le parece que, en vez de ser un motor para su crecimiento, esta relación es para ella una losa. Que se aburre demasiado a menudo. Que empieza a pensar que quizá no me haya querido nunca».

—Una jeta, lo que te decía.

Fueron llegando los demás: primero Ada, después Marc y Lúdia. Consolaron a Santi, intentaron entender a Carla, unos con más ganas que otros. Comieron y bebieron. Charlaron y, a ratos, compartieron el silencio. Se abrazaron y se hicieron bromas sarcásticas. Se rieron.

Se rieron porque en ese momento ninguno de ellos sabía que el repentino adiós de Carla era solo la primera de una larga lista de adversidades. Era el pistoletazo de salida de una época de trastornos y de convulsión. Era, por así decirlo, el principio del fin, el preludio de lo que Mateu bautizaría, sarcásticamente, como «la hecatombe».

Unas semanas más tarde, cuando Santi todavía deambulaba hundido en el desconcierto, la abuela de Mateu, enferma de alzhéimer, murió en la residencia en la que estaba ingresada desde hacía años. Inmediatamente, sus primos fijaron un alquiler para Mateu, no sin antes darle a entender que hasta entonces habían permitido que viviera gratis por respeto a la voluntad de la abuela. No les faltaba razón. Así que Mateu necesitaba con urgencia obtener ingresos. Ya no le quedaba dinero de las ventas de la última exposición y no había otras en perspectiva. La época de las vacas gordas había tocado a su fin. La crisis económica se había instalado, aferrada con uñas y dientes, en el país. La clase media ya no existía, y el gusto por las obras de arte había desaparecido al mismo ritmo que crecían los desahucios. Los ricos eran más ricos, pero invertían en obras de artistas encumbrados, y jamás se habrían interesado por la vida de los que progresaban despacio, un poco a trompicones, como era el caso de Mateu Alert.

Visto el panorama, sus amigos le sugirieron que se buscara un trabajo, aunque fuera algo provisional, para poder salir del paso. Pero Mateu se negó desde el primer momento. Su «trabajo» era pintar y no quería que nada lo distrajera de su objetivo. No tenían de qué preocuparse, se las arreglaría.

Ellos procuraban ser comprensivos con su actitud —«Ya sabéis cómo es el Artista»—, aunque en sus conversaciones privadas habían empezado a compartir su desasosiego. Y un día, Mateu sorprendió a Santi proponiéndole irse a vivir juntos.

—Puedes venir a Sant Adrià mientras buscas otra cosa, Mateu. Claro que sí.

—No me has entendido. No hablo de compartir piso. No hablo de Sant Adrià. Hablo de compartir un proyecto, de cambiar de vida. Hablo de buscar un lugar extraordinario, un sitio que nos ofrezca calma y belleza. ¡Y pintar, Santi, pintar!

—¿La casa amarilla?

La sonrisa burlona de Santi dejó muy claro que no tenía la menor intención de emprender una aventura de ese calibre. Mateu, tan persistente como soñador, le insistió a su amigo día y noche durante semanas, asegurándole que la vida les estaba ofreciendo una posibilidad que no podían rechazar.

—Nada nos ata aquí, Santi, ni a ti ni a mí. Podemos dejarlo todo atrás, y el pasado nos cabrá en la mochila.

—Habla por ti, Artista. Yo aquí tengo a mis padres, a mis amigos, mi trabajo...

—Ya ves...

Mateu evocaba la amistad de Gauguin y Van Gogh, la casa amarilla que compartieron en Arlés: los imaginaba discutiendo durante veladas enteras sobre pintura, Gauguin pintando a un Van Gogh que pintaba girasoles, Van Gogh reprochándole a su amigo que, en ese cuadro, parecía haber enloquecido.

—Haremos lo mismo que ellos —decía medio en broma—. Yo te pintaré mientras pintas...

—O sea —remataba Santi—, que yo acabaré cortándome la oreja y después me suicidaré, ¿no?

Mateu se reía sin ganas y volvía a insistir; pero siempre encontró la misma respuesta. Su insistencia empezó a resultar insoportable.

—Mira, Mateu, tu propuesta me halaga, pero es una experiencia que no va conmigo...

—No, claro. Tú estás hecho para renunciar a tu vocación artística y trabajar siete horas diarias en un instituto de barrio, para enzarzarte en un matrimonio destinado al fracaso, para pasarte la vida en una ciudad gris, pegadito a tu familia y olvidarte de que, cuando éramos jóvenes, eras el único que tenía mirada de artista, el único que veía encuadres perfectos, el único que hacía composiciones armónicas en un abrir y cerrar de ojos, el único que veía un paisaje y, simultáneamente, lo imaginaba en el lienzo. Pero no estás dotado para aprovechar ese talento, eso es lo que te pasa. Prefieres dilapidarlo una semana tras otra, durante años, mientras te esfuerzas en explicarles a tus alumnos —a la mayoría de los cuales todo lo que les dices les importa un rábano— que el arte es la capacidad creadora del ser humano y, por tanto, no hay nada más noble. No. Tú pintas los domingos por la mañana en el garaje de tus padres. Y no todos los domingos, porque a veces quedas para tomarte unas cañas. Quería ayudarte a que salieras de la mediocridad. Quería rescatar tu mirada de artista. Quería salvarte.

El discurso fue absolutamente excesivo para la proverbial paciencia de Santi que, con esa serenidad que nunca lo abandonaba y un tono de voz grave, se limitó a responder:

—No, Artista, en eso te equivocas. Solo querías salvarte tú.

Después de esas palabras, Mateu salió de casa de Santi sin mirarlo. El portazo hizo temblar las copas de vino y de cava que la yaya Reme les había regalado para la boda y que, desde entonces, languidecían en la vitrina.

El resto del grupo notó que la relación entre Santi y Mateu no pasaba por un buen momento, a juzgar por la frialdad con la que se trataban. Pero no tuvieron tiempo de preocuparse demasiado por ello porque, al cabo de pocas semanas —el viaje a la hecatombe seguía su curso—, la vida de Ada se puso cabeza abajo.

## Ada y Santi

Nadie —y Ada menos que nadie— esperaba que la muerte de su padre —que le anunciaron como irremisiblemente próxima desde la residencia en la que estaba ingresado— la afectaría como lo hizo. A efectos prácticos, su padre hacía años que no existía. Ada no mantenía el contacto con él, ni siquiera pensaba en él. Había adoptado esa actitud conscientemente, como una respuesta lógica a la frialdad con la que él la había tratado siempre y al desinterés que había mostrado por sus hijas cuando eran unas niñas sometidas al desequilibrio mental de una madre alcoholizada.

Y, sin embargo, contra todo pronóstico, la noticia la hizo tambalearse y, durante unos días, fue como si el pozo de la memoria, lleno hasta los bordes de recuerdos podridos, se destapara y soltara constantemente efluvios tóxicos y hediondos.

Y, durante esas noches insomnes y febriles, los fantasmas de la madre borracha, de su abuela demente y del padre ausente se paseaban por su casa junto a su propio espectro, el de la niña que, como una bestia herida, solo deseaba una cosa: huir, alejarse de aquel infierno y renacer en otro sitio. Esa niña desollada que se vengaba con quien tenía más cerca: su hermana gemela. Tan cerca de ella, que no la dejaba respirar. Tan cerca, que podrían haber sido la misma persona.

En cambio, Àngels, como todos los hermanos menores, espabiló pronto. No permitía que los problemas de su madre ni el desinterés de su padre la afectaran. Y menos aún unas hermanas mayores que parecían demasiado entretenidas mortificándose entre sí como para reparar en su existencia. A los dieciocho años se había largado a Londres y no había vuelto, ni siquiera cuando murió su madre. Pero, cuando la salud de su padre empeoró, Ada cayó en la cuenta, más desconcertada que arrepentida, que hacía casi seis años que no tenía contacto con ella. Intentó llamarla al número que tenía anotado en la agenda, pero no contestó nadie. Probablemente debía de haberlo cambiado.

Tras resistirse durante unos días, cayó en la tentación de sentarse delante del ordenador. Primero escribió en el buscador «Àngels García». Las había a cientos. Después añadió el segundo apellido: «Torralba». Repasó una lista todavía larga y, cuando estaba a punto de tirar la toalla, encontró una Angie Torralba que diseñaba joyas. Pulsó sobre la fotografía y la estudió con detenimiento: el pelo teñido de rojo oscuro, las mechas levantadas como puntas de lanza, un rostro pálido —probablemente cubierto de maquillaje blanco—, pírsines en las cejas y en el labio, una serpiente tatuada en el cuello que se le colaba en el escote... Llevaba los ojos excesivamente maquillados, unos ojos felinos como los suyos, que no conseguían ocultarse tras las sombras ahumadas. No lo pensó dos veces y le escribió un mensaje. Sabía que era un gesto inútil. Lo más probable era que aquella chica no quisiera saber nada de sus hermanas.

Pero, para su sorpresa, al día siguiente tenía un mensaje de Àngels —firmaba «Angie»— en el que le decía que se alegraba de saber de ella, que su vida en Londres era perfecta y que, aunque lamentaba la delicada salud de su padre, no tenía ninguna intención de volver a casa a verlo. «Y cuando se muera —añadía—, no te molestes en avisarme. Besos.»

Después —antes de levantar el teléfono quiso investigar un poco— escribió en el buscador Rosa García Torralba. La búsqueda la dirigió a la página de una galería de arte madrileña. Había una exposición colectiva de pintoras, al parecer en el marco de unas jornadas feministas. Leía deprisa, en diagonal, como si tuviera la necesidad de demostrarle a alguien que aquello no le interesaba nada.

Elizabeth Grosmann, Pilar Rebollo, Alina Torres, Rosa García Torralba, Edurne Adarraga. Debajo de cada uno de los nombres había una pestaña en la que se leía «Obra». Puso el cursor debajo del nombre de su hermana. No sabía que seguía pintando. De hecho, cuando eran pequeñas, Ada estaba convencida de que Rosa solo pintaba para imitarla. Nunca hablaron de ello. Ni siquiera cuando Ada anunció en casa que había decidido matricularse en Bellas Artes. Sus padres se limitaron a preguntar cuánto costaría, y a sus hermanas solo les interesaba llamarla por su antiguo nombre, «¡Imma! ¡Imma!», para fastidiarla. Por un momento, llegó a pensar que Rosa querría seguirla, matricularse en Bellas Artes como ella, para mortificarla. El día que sus padres le dijeron que sí, le dedicó una mirada abrasiva, y Rosa no dijo nada, ni de su intención de estudiar Bellas Artes ni de nada.

Finalmente, su hermana gemela se matriculó en magisterio y, antes de terminar la carrera, anunció que le había salido un trabajo en Madrid. Ada nunca supo de qué era el trabajo: en casa, sus padres no preguntaron; ella, tampoco. En aquella época, la salud de su madre estaba ya muy deteriorada: pasaba días enteros en cama, evidenciaba severos problemas neurológicos y no tenía fuerzas para nada. Su padre amenazaba con irse lejos de allí, día sí y día también. Su casa era un manicomio.

Cuando su hermana menor se fue a Londres —en aquel entonces Ada estudiaba quinto de carrera—, tuvo claro que debía huir de aquella casa como fuera. De noche soñaba que un día se levantaba y su padre había desaparecido y que ella quedaba condenada a cuidar a esa madre a la que tanto detestaba.

Durante los meses siguientes, mientras se esforzaba por encontrar trabajo y un sitio donde vivir, su madre cayó en una profunda depresión. Ya no comía. Había perdido mucho peso y la piel se le llagaba de tanto estar en la cama. Y entonces, una noche, su padre la despertó gritando: «¡Imma, Imma!». Ella se propuso no responder si no cambiaba el nombre de Imma por el de Ada, y se quedó esperando en la cama; pero, de pronto, su padre dijo: «¡Imma, joder, tu madre está muerta!». Fue una isquemia cerebral.

Ahora su padre también se moría, y ella buscaba a su hermana en una exposición colectiva del barrio de Chamberí. Volvió a pasar el cursor por el nombre de su hermana y pulsó sobre la pestaña de «Obra».

La recorrió un estremecimiento, y sintió que el estómago se le caía a los pies, como un ascensor que baja demasiado deprisa.

Había tres acuarelas. Tres camas. Una que parecía recién hecha, cubierta con un edredón de color celeste y con la cara interior doblada mostrando una sábana estampada con flores pequeñas, blancas y grises. A los pies de la cama había un libro abierto y unos calcetines de invierno. El segundo cuadro contenía una cama deshecha y unas sábanas arrugadas que cubrían, solo a medias, un cuerpo de hombre. También una espalda de piel morena y una pierna larga y peluda. Y en la tercera pintura había una cama con unas sábanas blanquísimas bastante arrugadas y una chica sentada que acariciaba la tela con la mano como si quisiera alisarla.

¿Por qué su hermana pintaba camas? ¿Por qué, si nunca la había visto a ella pintando camas?

Ese descubrimiento la horrorizó hasta tal punto que cambió de parecer y no la llamó. Ya lo haría cuando muriera su padre. Mientras tanto, la idea de que entre su gemela y ella existiera esa extraña conexión de la que hablaban algunos tratados científicos la aterrorizaba. No quería parecerse a esa chica

vulgar que recordaba siempre a su lado. No quería identificarse con esa hermana de carácter débil. Ella era Ada, una mujer singular. Única.

Durante los años de carrera —y también en los siguientes, cuando empezó a ejercer la crítica de arte—, Ada había leído sobre los hermanos gemelos artistas. Que existía un vínculo especial entre gemelos, parecía una evidencia, y que el vínculo se manifestaba a través de la producción artística en el caso de las personas creativas, era un hecho.

Los gemelos tenían gustos similares en el arte, del mismo modo que a menudo se identificaban en su forma de vestir. Pero los estudiosos todavía no se habían puesto de acuerdo a la hora de valorar si pesaba sobre todo la genética o si también influía el entorno.

En cualquier caso, la coincidencia entre Ada y Rosa, su preferencia por retratar estancias íntimas, escenas privadas con una cama como protagonista, era absolutamente increíble. Eran gemelas, cierto. Se parecían mucho. Pero habían crecido dándose la espalda, con dificultades para tolerarse. Y desde los dieciocho años vivían separadas, sin comunicación alguna, ignorándose totalmente. Cuando Rosa se había ido a Madrid, Ada todavía pintaba marinas y paisajes blandengues. No había pintado ni un solo cuadro con cama y cuerpos desnudos. Y, desde que había empezado a hacerlo, jamás había expuesto públicamente su obra ni la había mostrado en la red. ¿Cómo demonios había conseguido su hermana descubrir su secreto? Porque —y de eso no tenía ninguna duda— con esas pinturas que ahora exponía en Madrid, Rosa había vuelto a hacer lo que había hecho toda la vida: imitarla, acercarse a ella buscando una compenetración que ella rehuía. No tenía nada en contra de su hermana. No le deseaba ningún mal. Pero ¿cómo podía Ada, que quería ser distinta de todos, que quería distinguirse, parecerle a todo el mundo una mujer extraordinaria, aceptar sentirse duplicada?

Durante la adolescencia había leído un relato breve de Oscar Wilde titulado *Los nuevos hermanos siameses*. Unos niños nacían unidos por el costado, en toda la longitud de sus cuerpos. El médico aseguraba que no sobrevivirían. Pero, entonces, otro médico pronosticaba que los hermanos saldrían adelante si no se querían, si aprendían a detestarse. Para sorpresa de todos, aquel médico comenzó a susurrar al oído de cada uno de los hermanos insultos y palabras insidiosas de todo tipo contra el otro, hasta que el corazón que los unía, incapaz de resistir tanto odio, se partió en dos. Y, con dos corazones, aquellos hermanos pudieron sobrevivir por separado.

Su padre murió, y Ada asistió al funeral más triste del mundo acompañada solo de sus amigos. Sus hermanas, avisadas por la propia Ada con un lacónico mensaje, excusaron su presencia. Una, desde Londres, la otra, desde Madrid. Àngels aseguró que no tenía dinero para viajar. Rosa dijo que, embarazada como estaba de ocho meses, no se sentía capaz de desplazarse.

Ada no salía de una sorpresa y ya la esperaba la siguiente. Porque, de hecho, el auténtico estupor llegó unas semanas más tarde, durante una cálida noche de junio. En la calle hacía un bochorno infernal y la ciudad hervía. Ada dormía con la ventana abierta de par en par, y los rugidos de las motos y los gritos esporádicos de los noctámbulos interrumpían a menudo su sueño.

De madrugada, esa hora que invita al sueño profundo después de una noche agitada, Ada se despertó inquieta. Al principio no sabía aún qué le ocurría, pero en ese momento un dolor inesperado la llevó a tocarse el vientre instintivamente. Era como un calambre, así que lo atribuyó a un retortijón. Recordó que solo había cenado un par de yogures: era difícil que aquello tuviera algo que ver con la digestión.

Cuando volvían ya a cerrársele los ojos, el calambre volvió; y, ahora sí, Ada se dobló sobre sí misma a causa del dolor. Era como si un animal le carcomiera las entrañas. Se incorporó angustiada y, al llevarse la mano a la frente, comprobó que no tenía fiebre. El dolor iba y venía y se extendía hacia la

espalda, a la altura de los riñones. Finalmente, convencida de que algo grave le ocurría, decidió ir a urgencias.

Mientras se duchaba, tenía que detenerse para encajar las embestidas que sentía en el vientre. Apoyaba la cabeza en la mampara y se quedaba así un rato, con el agua caliente cayéndole por la espalda, hasta que la respiración volvía a acompasársele.

Esa mañana fue una de las pocas veces que Ada lamentó vivir sola. Estaba asustada, creía que se le estaba despertando un mal terrible dentro, le daba pánico salir a la calle, no sabía si podría llegar al hospital sin ayuda.

Los fantasmas de aquellas noches de terror de su infancia se le aparecían una y otra vez. Los ruidos secos que delataban a su madre, que se había levantado a dar unos tragos a escondidas y tropezaba con los muebles y con las puertas hasta que los despertaba a todos. Entonces se levantaba su padre y empezaban los gritos. Él la insultaba y ella se revolvía contra él, cubriéndolo de maldiciones escalofriantes.

Volvió a su habitación envuelta en una toalla blanca, temblando como una hoja y dispuesta a vestirse, pero cuando se sentó en la cama se dio cuenta de que los dolores habían cesado. Ya no le dolía nada. Se acostó sobre el colchón agotada, y enseguida se abandonó al sueño.

Al día siguiente, recordó lo sucedido como si hubiera sido un sueño. Se encontraba bien, más que bien. La acompañaba una euforia inusual, así que decidió ir andando al diario. Un cielo limpio y liso, de un tono azul de Francia espléndido, cubría Barcelona, y la gente llenaba las terrazas con sus pieles bronceadas y sus risas ruidosas.

—La han llamado de Madrid —le dijo la telefonista—. Me han dicho que era importante y me han dejado este número de teléfono.

No había ningún nombre, ni tampoco la referencia de una galería de arte o de una revista. ¿Qué clase de encargo era ese? Se acercó a su puesto resoplando de rabia.

Marcó el número y oyó un «diga» lejano: Una voz de mujer, que parecía débil, y después un silencio. Al cabo de unos segundos, antes de que pudiera articular palabra, la voz volvió a decir «diga», esta vez con más energía, y enseguida llegó una pregunta: «¿Eres tú?».

Fue entonces cuando reconoció la voz de su hermana gemela.

—¿Rosa?

—¡Imma!

—Ada...

—¡Eso, Ada! ¡Sabía que eras tú!

Mientras sujetaba el teléfono con la mano derecha iba pellizcándose la falda de punto, arrancando migas invisibles, hilillos inexistentes.

—¿Qué tal, Rosa?

Procuró que su tono fuera neutro, ni demasiado seco ni demasiado cordial.

—¡Acabo de dar a luz! ¡Un niño! ¡Lo he tenido esta mañana!

La felicidad parecía absoluta a seiscientos kilómetros de distancia.

—Enhorabuena. ¿Estáis bien?

—¡Sí, perfectamente! ¡Ha pesado casi cuatro kilos! No sabes lo que me ha costado traerlo al mundo. ¡Unos dolores...! Pero ya lo tengo aquí. Se llama Diego, como su padre.

Los dolores de parto de madrugada. Había leído cosas así. Que un gemelo, en los años cincuenta, en Oklahoma, había sentido una quemazón terrible en el brazo mientras leía tranquilamente en el porche de casa. La piel de la zona había enrojecido de pronto y había tenido que correr a refrescarse. Pocos minutos después, una llamada alertaba a la familia de que el hermano gemelo del chico había sufrido quemaduras en los brazos cuando ayudaba a apagar un pequeño incendio en la granja en la que trabajaba. También había leído el caso de las gemelas noruegas que se habían quedado embarazadas con un mes de diferencia. Cuando la primera a la que le había tocado parir ingresó en el hospital con una gran dilatación, su gemela, que estaba solo de ocho meses, rompió aguas en su casa y, sin tiempo de que la trasladaran, tuvo a su bebé allí mismo, ayudada solamente por su marido y una vecina. O el caso de unos gemelos chilenos a los que habían separado al nacer y que, al cabo de treinta años, constataron que se habían casado con mujeres rubias, de ojos claros, piel pecosa y de poca altura. Las dos cuñadas se parecían casi tanto entre sí como los gemelos reencontrados.

Ada solo le contó a Santi, durante una de las cenas que ambos compartían a menudo entre semana, el extraño caso de sus dolores de parto. Desde que Santi se había separado, esas cenas a dos se habían ido haciendo más frecuentes, en la misma medida en que las del grupo se espaciaban. Mateu pasaba largas temporadas fuera del país, y Marc y Lídia estaban atados por sus hijos.

Así que, avergonzada, Ada le confesó su secreto a un Santi que escuchaba, entre el respeto y la estupefacción, el sorprendente episodio de los dolores de parto compartidos.

Desde el nacimiento del niño, Ada empezó a llamar a su hermana de vez en cuando, y Rosa mandaba a Barcelona fotografías del bebé. Nada más lejos de construir una verdadera relación fraternal —aclaraba Ada—, pero el proceso de deshielo había comenzado.

Después, todo fue muy deprisa. Ada fue a conocer a su sobrino y, a la vuelta, enmarcó fotos del niño y empezó a hablar a menudo de sus progresos. Y, un buen día, sin más, le anunció a Santi que había decidido ser madre. Era, según ella misma reconoció, una decisión tomada impulsivamente, algo impropio de ella. Probablemente un buen psiquiatra habría podido desandar el camino que había seguido ese impulso, que con toda seguridad palpitaba a escondidas desde siempre. Una infancia desgraciada había contribuido a reprimirlo y una experiencia casi sobrenatural lo había despertado.

Desde el primer momento descartó la maternidad biológica. Los argumentos estaban claros: no tenía pareja ni mucho tiempo que perder, y no quería arriesgarse a tener gemelos. Así que pronto inició los trámites para la adopción. Santi era el único que estaba al corriente de sus planes.

El país de origen que eligió, después de haberse asesorado debidamente, fue China, y Ada formó parte de un reducido grupo de padres y madres que, si todo salía como estaba previsto, deberían ir a buscar a sus respectivos hijos al cabo de un año. Ella era la única mujer sola.

Cuando por fin se fijó la fecha del viaje, Ada quiso que Santi conociera a las tres parejas que compartirían con ella aquella aventura. Ricard y Mariona eran los más jóvenes. Ambos eran maestros y vivían en Salou. Habían intentado, sin éxito, la inseminación artificial un par de veces. Pilar y Domènec eran de Sabadell y tenían un hijo biológico adolescente. Y Marta y Xavi vivían en Barcelona, muy cerca de casa de Ada. Él era médico y ella tenía una floristería. Una anomalía cromosómica les impedía ser padres biológicos.

Santi quedó seducido por aquel grupo de personas entusiasmadas por un proyecto colosal. No podía imaginar ningún viaje, ninguna expedición a tierras remotas, ninguna aventura preparada con semejante dosis de emoción y de ilusión. El destino era un hijo. El destino era un cambio radical y permanente en sus vidas. A su regreso de China, serían otras personas.

Llegaron las asignaciones. Ada prefirió vivir en solitario el momento de ver el rostro de su hija. Se sentó delante de la pantalla del ordenador y, de pronto, vio los ojos de la niña y su triste amago de sonrisa, sus dos pequeñas coletas, la de la izquierda medio torcida, y sus ojos pequeños y oscuros, dulcísimos. Tenía tres años. Se llamaba Mei.

Por primera vez, le pareció que no estaba totalmente sola.

Cuando llegó el momento de comprar los billetes de avión, Santi le pidió a Ada si podía acompañarla y ella, sin dudar, aceptó. Mateu, Lúdia y Marc, una vez superada la estupefacción inicial, compartieron la alegría de la nueva Ada, que se reinventaba una vez más.

Viajaron con las otras tres parejas. Se enseñaban las fotos de los niños, especularon con los cambios de nombre, se rieron y lloraron, se abrazaron, durmieron un poco. Habrían volado cien horas más sin quejarse si hubiera sido necesario.

De los días que pasaron en Guiyang, el episodio que más veces contaron Ada y Santi al volver a casa fue el del segundo encuentro con Mei. Ada la había visto en solitario, solo un rato, el día antes, en presencia de su cuidadora. Aún no se había producido ningún contacto físico.

Al día siguiente, Santi y Ada compartían sala de espera con Marta y Xavi. Las otras dos parejas habían ido a la ciudad de Cantón para recoger allí a sus hijas.

Las cuidadoras aparecieron con las niñas auestas. Marta se levantó y abrió los brazos. La muchacha le pasó a Jun, que no lloró nada. La cuidadora le acariciaba el pelo al tiempo que le decía, señalando al hombre y a la mujer que sonreían embobados: «Mira, esta es mamá, y este es papá, ¿lo ves?».

Ada no le había soltado la mano a Santi. Se la cogía con tanta fuerza que le hacía daño. Así que él, con la otra mano, tuvo que separar los dedos de Ada, rígidos como zarpas, y le dio un pequeño golpe en el hombro para empujarla suavemente. Ada, aterrada, no apartaba los ojos de su amigo como si, al acercarse a Mei, fuera a precipitarse por un barranco. Todavía lo miraba cuando hizo el gesto de abrir los brazos, y lo hacía aún cuando tuvo a la niña en brazos. Entonces Mei dijo, en voz muy baja: «Mamá». Y, enseguida, mirando a Santi, dijo: «Papá».

Y fue una suerte para ellos. Todos, incluida la cuidadora, estallaron en grandes carcajadas que ayudaron a liberar la tensión emocional del momento.

—No, este no es papá. Es Santi. Santi.

Durante toda la semana que se quedaron en Guiyang, corrigieron a la niña decenas de veces cuando decía «papá». Pero no hubo nada que hacer. No hubo forma humana de hacerle entender por qué no tenía que llamar «papá» a aquel hombre que la cogía en brazos y le sonreía.

Ya en Barcelona, el día que los amigos fueron a conocer a Mei, no podían evitar reírse cuando la oían gritar con alegría «¡Papá!» cada vez que Santi pasaba por su lado. Solo Lúdia, dando muestras de una gran sensatez, insistió en que tenían que corregir urgentemente aquel error. Los implicados estuvieron de acuerdo con ella y esa noche, cuando Mei dormía, intentaron encontrar la mejor manera de hacerlo.

Sentados en el sofá, muy cerca física y sentimentalmente, decidieron, presas del dolor, que Santi tenía que alejarse momentáneamente de las dos.

—Cuando vuelvas a nuestras vidas, Mei ya habrá entendido que no eres su padre, que nosotros tres no formamos una familia.

En cuanto lo dijo, se le llenaron los ojos de lágrimas. Nunca, en toda su vida, se había sentido tan cerca de formar una familia con nadie como durante aquellas últimas semanas con Santi y con la niña. Lo expresó en voz alta. No tuvo miedo de que sus palabras pudieran llevar a la confusión, a una interpretación errónea. Quería decirlo.

Santi le tomó las manos, y la miró con más amor del que cualquier hombre le había mostrado nunca; Ada pensó, por una fracción de segundo, por un lapso de tiempo minúsculo como un relámpago: «¿Y por qué no? ¿Qué nos lo impide?».

Y después, enseguida, se abrazaron como lo hacen los amigos —largamente, balanceándose—, para terminar oyendo la risa del otro al oído.

Los dos pensaron, en ese momento —y algunas veces durante los que años que estaban por llegar—, que la vida habría sido más fácil, probablemente más agradable, si esa noche se hubieran rendido a la tentación de estar juntos, de ser pareja, de ser el padre y la madre de aquella niña que habían ido a buscar al otro confín del mundo.

De todos modos, Ada y Mei fueron desde el primer momento una familia completa. Y Santi estaba muy cerca de ellas, era un apoyo seguro, el puntal exterior que garantizaba la estabilidad de madre e hija.

Llegó el primer día de colegio de Mei. Ada fue a recogerla y alcanzó a ver, entre un batiburrillo de gritos y risas, sus dos pequeñas coletas oscuras. Vio que la niña la buscaba con la mirada entre los adultos que, pacientemente, esperaban delante de la puerta. Vio cómo se le iluminaban los ojos cuando la reconoció y cómo echaba a correr para abrazarla. La esperó agachada, con los brazos bien abiertos y una gran sonrisa en los labios. Se abrazaron como si hiciera muchos días que no se veían.

Y se cerró una herida.

## Marc y Mateu

Su amistad podría resumirse en dos puñetazos. El primero había sucedido hace muchos años. Mateu había convocado a Marc en su casa. Le habló de Lída. Le dijo que sabía que estaba enamorado de ella y le recomendó que no se entretuviera, que espabilara y se lo dijera a la chica, que estaba seguro de que la atracción era mutua. Él, que los quería a los dos, lo veía claro como el agua. Quería verlos juntos porque sabía que juntos serían más felices.

Marc admitió delante de su amigo que sí, que se había enamorado de Lída, y le aseguró que seguiría su consejo y que se lo diría enseguida. Y cuando ya lo había convencido, sin solución de continuidad, Mateu dio un brusco viraje y, sin rodeos, le confesó que la noche anterior Lída y él se habían acostado.

El otro tardó apenas unos segundos, quizá medio minuto, en reaccionar. Mateu lo miraba, plantado delante de él, cruzado de brazos. El impacto del puñetazo de Marc lo hizo tambalearse un poco. Abrió los brazos y, finalmente, cayó hacia atrás hasta quedar ridículamente sentado en el suelo de baldosas hidráulicas de la casa de su abuela. Luego se levantó frotándose el culo, que siguió dolorido durante unos cuantos días.

A Marc también se le quedó la mano dolorida durante un par de días, quizá algo más; pero le trajo sin cuidado porque, tal como había pronosticado el propio Mateu, Lída le había dicho que sí, que lo quería. Y él estaba tan contento que le dijo que no le importaba que Mateu y ella hubieran estado juntos. Lo dijo así, «estar juntos», porque cualquier otra forma de decirlo habría imposibilitado seguir adelante con la conversación. Lída confesó que ni ella misma entendía por qué había ocurrido. Que Mateu y ella eran amigos, solo eso, y que así tenía que seguir siendo. Y Marc asintió, y ella le agradeció su generosidad y alabó su mente abierta y moderna; así que Marc tampoco mencionó lo del puñetazo.

Pasaron los años, pero Lída nunca llegó a enterarse. Los dos hombres decidieron que no era necesario. También decidieron, por cierto, que el conflicto entre ellos había quedado resuelto con aquel buen rechazazo.

Y tuvieron que pasar muchos años para que el puñetazo, como un bumerán, volviera de un amigo al otro; y también en esa ocasión tuvo que ver con una mujer. Merece la pena detenerse en la historia de ese segundo puñetazo, la historia de Mateu y de la bella Simonetta. La historia del gran amor de Mateu.

Para empezar, no se llamaba Simonetta, sino Gisela. Pero Mateu encontraba en ella un parecido clarísimo con Simonetta Vespucci, la Venus de Botticelli. Lo pensó en cuanto la vio. La chica lo había buscado porque estaba interesada en comprarle un cuadro para su marido. Había visto algunas obras de Mateu en un hotel de Barcelona y había pedido el contacto de aquel artista que pintaba el desorden de las grandes avenidas urbanas, aquel caos enloquecido y ruidoso. Se le había ocurrido que tener un cuadro de esos en casa sería como encerrar un trozo de vida y colgarlo en la pared del comedor.

Mateu abrió la puerta de su casa y, allí mismo, en el recibidor, sin prácticamente invitarla a pasar, le dijo que se parecía a Simonetta Vespucci. Ella no sabía quién era Simonetta Vespucci, pero cuando supo que era la joven de cabello dorado y facciones dulces del cuadro de Botticelli, sonrió halagada.

La verdad era que no se parecían demasiado. Gisela tenía el pelo más rizado, los ojos más oscuros y la boca más carnosa que la virginal musa renacentista. Pero le daba igual. El amor deslumbra, distorsiona, crea espejismos. Mateu amó a Gisela desde aquel primer día. Quizá las almas sensibles, los talentos creadores, los artistas, solo puedan amar de ese modo. Como la obsesión por Rodin que destruyó a Camille Claudel. Como la tozuda predilección de Van Gogh por su prima Cornelia. Como el dolor inconsolable que empujó desde la ventana a la joven Jeanne, embarazada de nueve meses, dos días después de la muerte de Modigliani. Como el amor desesperado de Frida Kahlo por Diego Rivera. Como el enamoramiento platónico y eterno de Sandro Botticelli por la bella Simonetta, la musa que la tuberculosis se llevó en plena juventud, a la que Botticelli homenajeó durante años en sus obras.

—¿Y Simonetta lo amó? —Gisela escuchaba a Mateu concentrada como una niña a la que le cuentan su cuento preferido.

—No lo sabemos. No nos consta. Ella estaba casada con su amigo Marco Vespucci... Lo que sabemos es que Botticelli no se casó nunca y que cuando murió, treinta y cuatro años después de la desaparición de Simonetta, fue enterrado en la iglesia de Ognissanti, en Florencia, a los pies de su tumba, como había pedido.

—¿Me enseñas *El nacimiento de Venus*?

La hizo pasar al comedor de la casa de su abuela y ella observó con curiosidad los muebles arrinconados y cubiertos con sábanas y el espacio central convertido en taller de pintura. También había un caballete situado junto al balcón y una mesa vieja, carcomida y manchada de pintura de todos los colores. Aquella habitación parecía llena de espectros pero, en cambio, palpitaba.

Mateu se acercó a la estantería, levantó la sábana blanca y cogió un volumen de historia del arte. Revisó el índice y después, con un gesto triunfal, dejó el libro abierto encima de la mesa llena de pintura seca. Desplegó una lámina:

—¡Mira! ¡Eres la Venus! ¡Te pareces mucho a Simonetta!

Gisela sonrió.

—Es una belleza. El cuadro. Y ella.

Se quedaron quietos y en silencio durante un rato, el uno junto al otro, mirando la ilustración, repasando los detalles, apreciando los colores.

—Tiene el cuello muy largo —dijo Gisela, al cabo de unos minutos.

—Y la expresión más tierna que he visto nunca —precisó Mateu, tan cerca de la chica que la oía respirar.

Después, Mateu le enseñó sus cuadros, y ella los celebró con una admiración sincera. Y ya se sabe que, para un hombre, la admiración de una mujer es aire puro y, para un artista, alimento para el alma.

Mateu fue un enamorado totalmente insensato desde el primer día. Quizá —pensaba— no se hubiera enamorado hasta entonces y hubiera confundido la simple atracción con el amor. El caso es que Gisela, desde un buen principio, huyó como alma que lleva el diablo, abrumada por aquel amor arrebatado tan parecido a la furia.

De nada sirvieron, sin embargo, la distancia que ella impuso, los largos silencios, sus razonados argumentos sobre su matrimonio y sus dos hijos pequeños. La única verdad era que ella, cuando tenía a Mateu cerca, sentía con la misma fuerza que él un arrebatado impetuoso, nada parecido al suave aleteo de

mariposas en el estómago. Los dos sentían el exaltado latido de la sangre, como la maza que golpea el tambor, retumbándoles en las sienes.

Se amaron, presas de la desazón, durante casi medio año. Gisela vivía esa pasión como una vorágine que tan pronto la elevaba a los límites de la euforia como la arrastraba violentamente, igual que las olas estrellan las barcas contra las rocas en plena tempestad. Vivía los encuentros con Mateu con una excitación que la dejaba agotada, siempre al borde del pánico. Durante ese medio año no hubo paseos tranquilos por la ciudad, ni plácidas charlas en una cafetería, ni siquiera un rato de calma después del sexo. La cama era un campo de batalla. Mateu la amaba con un amor feroz que le cortaba el aliento.

Gisela boqueaba como un pez fuera del agua y echaba entonces de menos el confort de su cama de matrimonio, el abrazo protector de su marido, la placidez de su vida sin Mateu.

Él vivía ese amor con una exaltación que solo había sentido cuando estaba seguro de estar pintando un buen cuadro, cuando se levantaba de madrugada con el deseo de coger los pinceles y con una clarividencia eufórica. Su vida estaba llena de belleza: las palabras, los trazos, las miradas, la luz. Le parecía que finalmente había capturado el alma, eso que respira dentro de la belleza. Tenía la sensación de que sería capaz de pintar lo que no se ve a simple vista.

Cuando se acercaba la Navidad, ella le dijo que no volverían a verse, que lo sentía, que lo echaría terriblemente de menos, pero que se arrepentía de haber cometido aquel error, de haberlo querido, de haberse dejado querer, de ese amor que le dejaba el cuerpo lleno de moratones y de arañazos que después tenía que disimular con maquillaje. La determinación era clara: no quería vivir asustada.

Desolado aunque voluntarioso, Mateu intentó volver a la normalidad. Llamó a sus amigos, que hacía meses que no sabían de él —eso de desaparecer era algo a lo que el Artista ya los tenía acostumbrados—, borró del móvil el teléfono de Gisela, soportó el ahogo en el pecho, los constantes mareos y los síntomas evidentes del síndrome de abstinencia, que compensaba bebiendo y fumando más que nunca. Adelgazó y dejó de pintar.

Sin embargo, enseguida volvió a recluirse y dejó de responder a las llamadas y a los mensajes de sus amigos. Creyó que quizá aquello era el fin, que iría muriéndose poco a poco, como los poetas románticos, de tristeza y de añoranza.

Pero, por fin, un día cualquiera de febrero —en Barcelona diluviaba—, Gisela se presentó en su casa, empapada, pálida y descompuesta: «Lo he intentado con todas mis fuerzas, pero no puedo».

Mateu lloró con ella, la abrazó para consolarla y calmar el dolor que le había empequeñecido los ojos. La acunó mientras ella aseguraba que jamás se había odiado tanto, que jamás había tenido tanto miedo. Él también tuvo miedo a la vista de su desazón y se preguntó si esa mujer a la que abrazaba, ese cuerpo ahora descuidado que conservaba aún la ternura de la bella Simonetta Vespucci, podría ser algún día feliz con él.

Los temores se mezclaron con el amor, las tristezas con las caricias y las incertidumbres con la alegría. De noche, en la cama, Gisela se dejaba amar a mordiscos y cuando, finalmente, con el cuerpo dolorido, conciliaba el sueño, Mateu se levantaba y se paseaba por la casa como un animal desbocado presa del terror. El miedo a perderla no lo dejaba reposar. Por eso jamás les habló a sus amigos de Gisela, por eso nunca hacía planes de futuro delante de ella, por eso cuidaba cada palabra que decía: para no herirla, para no alterarla, para poder vivir un día más, y después otro, cerca de ella.

De madrugada, cuando el comedor de la casa de la abuela se llenaba con esa luz tamizada de un gris azulado y las sábanas que cubrían los muebles parecían cobrar vida como recuerdos fantasmagóricos, Mateu se acercaba con prudencia al caballete y contemplaba la tela durante unos minutos eternos, con la

esperanza de que en algún momento se le iluminara su cerebro, de que los colores lo absorbieran. Pero, en el fondo, sabía que no ocurriría nada. En su interior ardía un fuego que lo devoraba todo, incluso la creatividad y el deseo de pintar. En esos momentos, pensaba que la pasión amorosa se parece mucho al fervor ardiente del arte. Había desaparecido la clarividencia de los primeros días de exaltación y, ahora, dentro de él, todo era amor y no había lugar para ninguna otra devoción.

Los amantes se bebían los días como sorbos de agua fresca. Las semanas se les deshacían en las manos. De vez en cuando, Gisela se levantaba con la mirada helada y un pequeño temblor en el labio, y Mateu sabía que se iba a ver a sus hijos. El marido de Gisela no quería oír hablar de divorcio ni de custodias: estaba seguro de que, antes o después, Gisela volvería a casa.

Cuando ella se marchaba, Mateu pasaba las horas consumiéndose en un rincón de la casa, hecho un ovillo en el sofá y bebiendo. Estaba convencido de que ella no regresaría. Así que cuando Gisela por fin lo hacía, cuando oía la llave en la cerradura y sus pasos, ligeros, que se acercaban por el pasillo, tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para no echarse a llorar como un niño. Gisela lo abrazaba y él sentía, en el cuerpo de ella, los rescoldos del calor de los abrazos de los pequeños. Ella sí que lloraba, y él, con la boca cerrada para ocultar el apestoso aliento a alcohol, la consolaba.

A veces, Gisela le preguntaba por qué ya nunca trabajaba. Él se salía por la tangente, la besaba, la hacía bailar por ese taller de pintor en el que no pintaba, junto al caballete vacío, la mesa manchada de colores, la carpeta llena de esbozos y el frasco con los pinceles. Y un día, cuando él finalmente la soltó y ella dio unos pasos vacilantes y, a punto de tropezar, se desplomó en el sofá —justo en ese momento—, Mateu le pidió, con una exclamación que más que un imperativo parecía una súplica: «¡No te muevas! ¡Quédate así, como estás...! ¡No te muevas!».

Y Gisela se quedó inmóvil, medio tumbada en el sofá, encima de una sábana blanca que ya no era tan blanca y que se le había quedado un poco arrugada bajo los muslos. Solo llevaba unas braguitas blancas y una camiseta de él, ancha y vieja, que tenía descosida la costura del hombro y que, de tan fina, parecía transparente.

—¿Puedo apoyar un poco la cabeza? ¿Así? —preguntó Gisela, pidiendo permiso como una niña y dejando reposar la cabeza en el brazo del sofá.

El sol de aquella mañana de sábado era tibio y la chica parecía flotar en un aire que, de tan amarillo, casi parecía denso.

Empezó a pintarla en ese mismo instante, y pasaron los minutos y las horas. Gisela fue durante un rato la modelo disciplinada, la rendida admiradora del artista, la mujer enamorada que agradece la mirada del deseo. Y él fue feliz. Pintar a una mujer es poseerla, decía Modigliani.

Pero después, con el paso de las horas, Gisela empezó a quejarse. Tenía frío, se le estaban empezando a helar las piernas. Se le entumecía la musculatura de la nuca. Y le parecía —se atrevió a decir, por fin— que él ya no la miraba, o que la miraba pero no la veía, que no reconocía el cuerpo amado y que solo se esforzaba por captar las sombras y las zonas pálidas, los pliegues de la ropa, el pelo que le caía, ondulado, sobre el pecho.

Mateu le pidió un rato más. Pintaba presa de la desazón y de la impaciencia, convencido —una vez más— de que por fin estaba a punto de capturar la belleza. Trabajaba con un ímpetu que le impedía escuchar a su amada, que convertía al enamorado en un artista poseído.

Cuando, finalmente, Gisela rompió a llorar —levantarse del sofá no era una posibilidad, por nada del mundo se habría atrevido a interrumpir aquel arrebatado creativo—, Mateu entró en razón.

—Vale, paremos a comer algo. Después seguimos.

Gisela lo miraba mientras él hacía girar el tenedor entre los espaguetis sin la menor intención de probarlos. Lo miraba y lo admiraba. Mateu guardaba silencio. Tenía el ceño fruncido, concentrado en quién sabe qué. Gisela veía en él al artista que la había deslumbrado, su talento, su ambición.

Aunque respetaba a Mateu —ahora lo sabía—, no quería compartir su vida con él. Ella no era la bella Simonetta Vespucci. Era una mujer normal y corriente y una madre horrible. Una mujer partida por la mitad.

Por la tarde volvieron al cuadro. Él pintaba y ella le hacía de modelo. De vez en cuando se frotaba los brazos porque se le dormían. Mateu la dejaba descansar unos minutos pero no se acercaba a ella. No se movía de su sitio, frente al caballete, sin dejar en ningún momento de examinar con mirada crítica lo que acababa de pintar.

Por la noche, ella le dijo que salía a dar una vuelta. Necesitaba pasear un poco, respirar aire fresco. Él no se ofreció a acompañarla. Al contrario, más bien pareció que le apetecía disfrutar de un rato de soledad.

Y ella no volvió.

Lo llamó para decirle que no la esperara esa noche. Que no sufriera imaginándose la vagando por las calles. De momento, había vuelto a casa. Lo dijo así, de momento, aunque los dos sabían que era una decisión definitiva y que se quedaría con su marido y con sus hijos. Necesitaba un tiempo de calma.

Al día siguiente volvió a llamarlo. Quería ser honesta. No se trataba de un paréntesis, como la vez anterior. Era un adiós.

Él la dejó hablar. No la interrumpió ni intentó convencerla de nada. Le dijo que la quería, pero que respetaba su voluntad: «Quizá sea mejor así», dijo. Y colgó.

Luego empezó a beber. Bebió toda la noche. Y al día siguiente, aún más. Y al siguiente.

Los días que siguieron no cogió el teléfono, que sonaba con una insistencia casi desesperada. Después empezaron a llamar al timbre. Lo ignoró. Pero el ruido era irritante, porque alguien pulsaba el botón y no retiraba el dedo durante un buen rato. Unos segundos de descanso. Y otra vez.

Al final, una mañana a primera hora, Mateu abrió la puerta de golpe con su mirada más malhumorada y agresiva. Marc —serio, con un jersey de cuello cisne negro y el pelo todavía mojado— lo empujó al interior de la casa y entró tras él, cerrando tras de sí la puerta.

Su amigo se sentó en el sofá y paseó la mirada por el comedor de la casa de la abuela de Mateu, que primero había sido convertido en un taller de pintura y que, en ese momento, parecía más un cuchitril lleno de suciedad. Una expresión de desánimo asomó fugazmente a su rostro, pero se corrigió con una sonrisa afectuosa.

—¿Qué pasa?

Y Mateu empezó a hablar de la bella Simonetta, de ese amor que lo había hecho pintar como nunca, que había estado a punto de hacerle capturar la belleza, de aquel amor bestial que la dulce Venus no había podido soportar, de cómo se había ido una noche después de haber sido la modelo más dócil y la amante más olvidada.

Hablaba a ráfagas, demasiado deprisa, vocalizando poco, y su discurso circulaba enloquecido, adelante y atrás, errático, espeso y poco coherente. Marc lo escuchaba pacientemente, sin decir nada pero moviendo la cabeza para que pareciera que lo seguía.

No era así: había frases imposibles de descifrar en aquella oratoria enfermiza y febril. Pero, a pesar de todo, había entendido lo necesario. Lo que había sumido a Mateu en ese lamentable estado era un mal de amores.

En cuanto Mateu guardó silencio, Marc empezó a hablar. Quería que lo escuchara, quería conseguir que Mateu se concentrara y que, de ese modo, venciera el delirio. Intentó usar cebos que sabía que no fallarían.

Empezó recordándole las palabras de Balzac en *La obra maestra desconocida*, esa novela breve y deslumbrante que habían leído uno tras otro cuando todavía compartían aula en la facultad de Bellas Artes: «Los frutos del amor pasan deprisa, los del arte son inmortales».

—¡Que te den!

Sin tan siquiera inmutarse, Marc se acercó al caballete donde reposaba la última obra de Mateu, esa Gisela medio recostada en el sofá con la cabeza apoyada en un brazo y bañada en un aire amarillo que parecía vibrar.

—¡Mira! Esto es bueno de verdad, quizá lo mejor que hayas hecho nunca. Dentro de un tiempo, cuando ya no te afecte el dolor que sientes ahora y no puedas recordar por qué la quisiste tanto... esta obra todavía existirá. Y lo que has aprendido pintándola nunca desaparecerá.

Mateu se levantaba y recorría el comedor de un lado a otro. De vez en cuando le daba un trago a la botella que había encima de la mesa.

—No bebas más, venga. —Era imposible que Mateu, en el estado en el que estaba, captara el tono afectuoso de la voz de su amigo.

—¡Déjame en paz, joder! Beberé lo que me dé la gana. Beberé hasta no poder más.

—Estás a punto de conseguirlo...

—No es asunto tuyo.

La conversación habría podido durar eternamente. Primero uno, después el otro, como una partida de ping-pong. Pero entonces Marc tuvo una idea, que tradujo en palabras antes de haberse planteado si realmente era lo más conveniente.

—No me cabe en la cabeza que tú, precisamente tú, te dejes arrastrar por la bebida.

Mateu, lento de movimientos y tambaleándose, se incorporó y cruzó la habitación hasta quedarse de pie delante de Marc, que no se había sentado durante toda la conversación.

—¿Por qué dices «tú, precisamente»?

—Ya lo sabes.

—No, no lo sé. ¿Por qué?

—Pues porque no creo que tengas ningunas ganas de terminar pareciéndote a tu padre.

El puñetazo lo pilló totalmente desprevenido, y cayó de espaldas. Mateu, a su vez, tropezó a causa del impulso y terminó también cayendo de bruces. Cuando se levantó, le sangraba la nariz; entre la sangre y su mirada de loco, su aspecto era lamentable.

—Me gustaría hacerte una foto —dijo Marc mientras se levantaba y se frotaba la barbilla—. Si te vieras... Venga, date una ducha y vuelve cuando estés presentable. Saldremos a que nos dé el aire.

Caminaron hasta bien entrada la madrugada, como si el puñetazo no hubiera existido —era la segunda vez que lo hacían.

Los dos hombres maldijeron al destino. ¿Por qué el padre de Marc, aquel hombre bueno que tanta falta hacía, había muerto antes de tiempo, y el padre de Mateu, en cambio, había ido sumando años, en un estado de salud lamentable, ingresado en una residencia? No tenía ningunas ganas de vivir y, cuando ya no estuviera, nadie lo echaría en falta.

Mateu reconoció, por fin, el pánico que siempre le había dado terminar como él. Estaba convencido —confesó— de que era él quien acababa ahuyentando a las mujeres de su lado porque, en realidad, le daba miedo terminar maltratándolas.

—Lo peor de mi padre no fue que hiciera de mí un niño infeliz. Lo peor es que me ha convertido en un adulto aterrado. Me da miedo parecerme a él, me horroriza la idea de estar condenado a ser como él.

—En el fondo, todos estamos asustados: unos porque no queréis pareceros a vuestro padre; otros, porque lo desean pero no saben si lo conseguirán. Y luego están los que, como yo, aún no sabemos si nos queremos parecer a él o no. Tampoco es una situación cómoda.

—Pero ¿sabes una cosa? Me parece que he dado con la fórmula. La forma de asegurarme de que no terminaré pareciéndome a él.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es?

—Pintar. Y pintar. Y pintar todavía más. Estoy seguro de que mi padre era un hombre infeliz. Bebía porque se sentía enjaulado en una vida que detestaba. Solo tengo que procurar huir de las jaulas.

La determinación de Mateu —parecía un niño tozudo como una mula— era enternecedora. Marc se detuvo y dejó escapar un suspiro un poco teatral.

—¿Qué te pasa? —preguntó Mateu.

—Pensaba en Gil de Biedma: «¡Ay el tiempo! Ya todo se comprende».

Los dos eran ávidos lectores de poesía y ambos admiraban a Gil de Biedma. Habían comentado en más de una ocasión algunos poemas suyos, como aquel *Amistad a lo largo*, cuyo último verso, tan apropiado, citaba Marc en ese momento: el tiempo, que va dándonos pistas para comprenderlo casi todo, quizá también los motivos de un padre cruel. Aunque la noche del segundo puñetazo Marc y Mateu solo tuvieran treinta cuatro años, ambos sintieron, de pronto, que se habían hecho mayores.

## Lidia y Santi

De los cinco del grupo, Santi y Lidia eran quienes tenían el perfil más estable y conciliador. A menudo, en el curso de aquellos años, habían asumido el papel de mediadores ecuanimes entre la radicalidad de Mateu, la personalidad de Marc y el egocentrismo de Ada. La bondad de Santi y la proclividad al diálogo de Lidia habían sido lubricantes imprescindibles para que aquella amistad de largo recorrido rodara sin chirriar demasiado.

Sus amigos así lo reconocían, y la teoría de Ada era que los dos, tanto Lidia como Santi, habían crecido al amparo de una familia cohesionada y llena de afecto.

Entonces Marc se quejaba:

—¡Oye, que en mi casa también se estaba muy bien!

Y Ada, con ese tono tan suyo de experta en la materia, pontificaba:

—Sí, seguramente en tu familia también había afecto, pero no se expresaba tanto.

No le faltaba razón. Las familias de Santi y de Lidia, tan diferentes a simple vista, se parecían en algo básico: se querían y no les importaba demostrarlo a menudo. Los dos habían crecido abrigados, arropados por el calor y la alegría de un hogar. Y esos son unos cimientos que, en la mayoría de los casos, permiten edificar sobre ellos toda una vida, unos cimientos que soportan la carga de toda suerte de dificultades, fracasos y tristezas.

La tía Reme y la abuela Emília eran dos mujeres risueñas, que repartían besos y abrazos a destajo, malcriaban a los niños a escondidas, cocinaban potajes y platillos celestiales, contaban cuentos con paciencia y, cuando uno de los niños tenía fiebre, le ponían la mano en la frente y, después, le acercaban también los labios; y, solo con ese gesto, parecía que comenzara a bajarles la temperatura.

Así que, según la opinión de Ada, sus amigos Lidia y Santi eran adultos estables porque habían sido unos niños felices. Y, como no existía documentación alguna que avalara lo contrario, ellos mismos dieron por buena su teoría y mantuvieron y potenciaron la complicidad de sentirse, al menos en ese aspecto, unos privilegiados.

En algunas conversaciones privadas habían llegado a la conclusión de que existían también otras razones que les otorgaban un equilibrio emocional. Una era, sin lugar a dudas, que su vocación artística era moderada, no estaba por encima de todo, no asfixiaba otros intereses ni se había convertido —como en el caso de los otros tres— en una constante desazón. Lidia y Santi eran comedidamente ambiciosos en ese sentido, y habían aceptado con gran conformidad el hecho de que la historia del arte no les había reservado un lugar destacado en sus anales.

Santi canalizaba su vocación artística a través de la docencia, vivía con satisfacción esa labor oscura —a menudo incómoda, a veces apasionante— de despertar en los adolescentes el interés por el arte, y solo esporádicamente volvía a los pinceles para encontrar en ellos un momento de placidez en el ritmo acelerado de su día a día en el instituto.

Lidia, por su parte, consideraba plenamente desarrollada su faceta creativa en el diseño de estampados de ropa del hogar. No encontraba modo más práctico de llevar el arte al ámbito doméstico. Llenaba trapos de cocina de fresas y limones y salpicaba las sábanas de medias lunas y estrellas.

Últimamente, con el diseño de toallas de playa, se había permitido un plus de libertad y había empezado una colección más personal que estaba teniendo mucho éxito. Dibujaba hamacas de colores vivos colgadas entre dos palmeras en las que el dibujo permitía intuir, sin llegar a explicitarlo, quién estaba en la hamaca y lo que hacía: unos brazos que sostenían un libro, unos pies que hacían bailar unas chanclas de playa, una mano que saludaba.

Sus «chicas desocupadas», como las llamaba Marc, triunfaban de verdad, y, de las toallas de playa, habían dado el salto, primero a las camisetas y después al material escolar; libretas y carpetas llenas de hamacas.

Ese éxito masivo había provocado que Ada arrugara la nariz, pues consideraba que la proliferación vulgarizaba el diseño de Lída. La protagonista, en cambio, estaba feliz. Una vez más se confirmaba que su tendencia natural, como la de Santi, era adaptarse a las circunstancias y celebrar las cosas buenas cuando llegaban. Quizá le faltara sentido crítico, quizá no fuera demasiado exigente, pero esos defectos eran, en cierto modo, el secreto de una vida plácida y, en algunos instantes, casi feliz.

Cuando Santi se había casado con Carla, Lída había procurado desde el principio mostrarse especialmente acogedora con ella, porque intuía las dificultades a las que podía enfrentarse aquella profesora de instituto —una mujer de espíritu práctico y con un interés claramente limitado hacia todo lo que tuviera que ver con el mundo creativo— para encajar en aquel grupo de artistas neuróticos.

Efectivamente, desde la perspectiva de Carla, Lída y Santi eran el enlace con la gente normal, personas que agradecían la belleza y eran lo bastante sensibles como para interpretarla, que eran capaces de emocionarse delante de una obra de arte, pero que no se consideraban tocados por la mano divina del talento artístico y, por ende, diferentes de los demás.

Ada y Mateu a menudo les reprochaban precisamente esa falta de ambición artística.

—Es un pecado mortal tener un talento y no aprovecharlo —decía Ada con contundencia.

Lída se explicaba, exponía su forma de ver las cosas, se esforzaba por hacerse entender. Santi, en cambio, se limitaba a comentar, con esa sonrisa irónica que se instalaba en sus ojos, que habiendo tantos artistas geniales que habían creado, estaban creando y crearían obras de arte maravillosas, nadie echaría en falta su minúscula aportación.

—De hecho —decía—, ser artista debe de ser eso: creer firmemente en tu arte, pensar que tu contribución es única y que, por tanto, merece la pena. Me sabe fatal, creedme, pero reconozco que no soy uno de ellos.

Su mujer asentía dándole la razón, al mismo ritmo que Ada decía que no con la cabeza lamentándose por el artista malogrado.

Cuando finalmente Santi y Carla se separaron, ella no se despidió del grupo. Simplemente desapareció. La habían visto por última vez un sábado cualquiera, en una de las incontables cenas que organizaban en casa de uno u otro. Y, por mucho que eso sea lo más habitual cuando se produce una separación —los amigos quedan automáticamente colocados en uno de los dos bandos—, la verdad es que resultaba muy extraño que una persona que había formado parte de su círculo más íntimo de repente ya no estuviera, como si ya no existiera. Lída, en particular, no se resignaba:

—¿Y no volveré a verla? ¿Habrá desaparecido de mi vida una persona a la que consideraba mi amiga sin que entre nosotras haya ocurrido nada?

Marc compartía su punto de vista y la animó a ponerse en contacto con ella sin pedirle permiso a Santi. Eso sí, él no la acompañaría: «Carla no me despierta tanto interés como para dar un paso que, quizá, y solo quizá, podría provocar un conflicto».

Marc hablaba en términos tácticos, como si en vez de tratarse de una amistad estuviera hablando de un partido de fútbol o de una reunión de empresa. Siempre con las ideas claras y los argumentos estudiados.

Así pues, Lída y Carla se vieron en diversas ocasiones, las justas y necesarias para comprobar que realmente tampoco eran tan amigas. Los encuentros fueron espaciándose hasta desaparecer del todo, pero sirvieron para que las dos borrarán definitivamente la desagradable sensación de no haber podido despedirse.

A partir de aquel momento, cuando Santi se refería a su exmujer y a la separación, Lída no podía evitar tener en cuenta a la otra parte, la versión de Carla, que le permitía matizarlo todo y ser más ecuánime.

—Carla me hundi6 y decidi6 dinamitar mi proyecto de vida —decía, por ejemplo, Santi—, y no tengo ning6n inter6s en mantener el contacto con ella.

—Hombre —intervenía Lída—, yo no lo diría así... No decidi6 destrozarte la vida. Decidi6 reconducir la suya.

—Sin motivo —se quejaba Santi molesto.

—¿Qué quieres decir? —preguntaba Lída—. El 6nico motivo que hace falta para separarse es sentir la necesidad de hacerlo, ¿no?

Y Santi asentía pero, enseguida, negaba con la cabeza y, finalmente, preguntaba con una sonrisa tímida:

—Pero, a ver, Lída, ¿tú de qué lado estás?

—Yo soy amiga tuya, esté en el lado que esté.

Lo cierto es que, hablando con Carla, Lída había conocido a Santi desde otro punto de vista. El fiel vínculo de su amigo con su familia, por ejemplo, que ella había valorado siempre en positivo porque se identificaba con él, era, desde el punto de vista de Carla, una inclinación a perpetuar en exceso el entorno íntimo sin admitir en él las modificaciones lógicas que impone el paso del tiempo. Si has crecido con tres adultos —padre, madre y abuela— pendientes solo de ti, es difícil renunciar a esa situación de privilegio y admitir que no eres más que una persona como cualquier otra, que los demás tienen derecho a quererte o a rechazarte, que verán tus defectos, que te llevarán la contraria, que tendrán otras prioridades que nada tendrán que ver contigo, según decía Carla.

—¿Tan exagerado era? —preguntaba Lída, sinceramente sorprendida.

Y con la llegada de la respuesta, Lída descubría que sí, que en la familia Rivero se vivía una situación anómala, quizá hasta enfermiza, provocada por la muerte de un niño que había tenido lugar unos años antes del nacimiento de Santi.

Lída escuchaba, estupefacta, que el propio Santi había contado esa tragedia para justificar ciertos excesos que, aunque al principio a Carla le hacían hasta gracia, a la larga terminaron por sacarla de sus casillas.

—La historia del niño que murió ahogado es muy triste, una tragedia, y justifica a la madre sufridora, al padre servil, a la abuela hiperprotectora... Pero Santi podría haberse rebelado contra esa situación e intentar rectificarla. ¡Lo que pasa es que se sentía absolutamente cómodo con ella!

En un principio, Carla había visto con buenos ojos aquel entorno familiar que la acogía. Ella, que siempre había sufrido esa carencia, había aceptado con alegría incorporarse a la realidad cómoda y sencilla de los Rivero, con sus comidas abundantes, su exagerada intromisión, las bromas recurrentes, su

suegra cogiéndola del brazo cuando paseaban, la yaya Reme haciendo preguntas que no procedían y con Santi y su padre orgullosamente instalados en el rincón del macho inútil.

Sin embargo, poco a poco, el piso de Sant Adrià se le había ido quedando pequeño. Y no por una cuestión de metros cuadrados. Lo que ocurría era que le faltaba el aire. Salía de casa por la mañana y, mientras esperaba el ascensor en el rellano, imaginaba las miradas indiscretas desde el otro lado de la mirilla del piso de sus suegros. De repente, un viernes cualquiera, se daba un capricho y compraba media docena de ostras y una botella de cava. Pero, cuando llegaba a casa, Santi ya había calentado el bacalao con tomate de la yaya Reme. Qué tontería, como si aquello tuviera alguna importancia. Pero sí la tenía. El bacalao con tomate desprendía un aroma intenso a albahaca.

Lidia escuchaba a Carla y su sorpresa era enorme. A decir verdad, no ponía en duda ni una sola palabra de aquel relato. El retrato que hacía de aquella familia le encajaba a la perfección: imaginaba la asfixia de aquella vida tutelada, comprar siempre en las mismas tiendas —«¿Eres el nieto de Reme, verdad?»—. O la cantinela de «Tenéis que venir a comer el domingo» o la de «He preparado una tartera con lo que ha sobrado». Imaginaba todo eso pero, en cambio, le costaba encajar la descripción que hacía Carla de un Santi apático y hasta agradecido ante esa circunstancia.

¿Cómo podemos haber conocido y querido a alguien durante tantos años, considerarlo un amigo de los de verdad, pensar que lo conocemos hasta la médula y, un día, después de tanto tiempo, verlo enfocado bajo una luz distinta, más fría e implacable?

Ese descubrimiento la sorprendía, pero más curioso si cabe le resultaba que esa visión de su amigo, sin duda más completa pero también menos agradable, no hiciera menguar ni un ápice el afecto consolidado que Lidia sentía por él. Quizá, concluyó, la amistad fuera eso.

La amistad era, probablemente, el puñetazo que Marc le había soltado a Mateu, y también el que Mateu le había devuelto años después. Y la fiel y generosa compañía de Santi en el decisivo viaje de Ada. Y aquella noche en París, bajo la lluvia. Los desacuerdos que tantas veces se habían instalado entre ellos durante semanas para acabar desvaneciéndose. Los celos soterrados, compatibles, sin embargo, con la alegría sincera por los éxitos de los demás. Los dolores personales e intransferibles que perdían peso hasta volverse muy livianos si se compartían.

La única certeza, transcurridas más de dos décadas desde los años de facultad, era que aquella amistad había cogido cuerpo año tras año, quizá día tras día, y que, en la vida de esos cinco adultos, representaba ahora un lugar donde encontrar cobijo, una tabla de salvación en momentos de oleaje, un cómodo y protegido lecho donde acurrucarse. Les parecía, a cada uno de ellos y también a quienes los contemplaban desde fuera, que podía resistirlo todo.

De hecho, según había detectado la propia Lidia, siempre atenta a la evolución psicológica del colectivo, ese riesgo existía. El riesgo era el exceso de confianza en la solidez de la amistad que los unía. Ella misma había cometido ese error cuando Santi le había preguntado de qué lado estaba en lo que concernía a su separación. «Soy tu amiga, esté del lado que esté», le había respondido ella. Y, de inmediato, se había preguntado si, en un caso más dramático, aunque la razón hubiera estado realmente del otro lado, seguiría apoyando ciegamente a su amigo.

Tenía la sensación de que la amistad del grupo, y así se lo había comentado a Marc, se sustentaba sobre un frágil juego de equilibrios y que, a pesar de su aparente consistencia, podía hundirse en cualquier momento como un castillo de arena que, una vez deshecho por las olas, ya no puede reconstruirse.

Quizá, decía Marc, todo se basaba en su propia necesidad, en la de todos y cada uno de ellos.

—Esta amistad nos hace más fuertes —decía—, es más fácil y seguro ir por la vida si tienes dónde agarrarte. Quizá solo sea necesaria nuestra voluntad, nuestro deseo, para que el castillo se mantenga en pie.

A Lúdia, esa le parecía una visión optimista, aunque muy propia de su marido, que siempre había confiado más en las voluntades que en la suerte.

La voluntad de Santi de mantenerse cómodamente cobijado en su entorno, de comprar tranquilidad de espíritu aunque fuera a costa de renunciar a su necesidad creativa y de perder la posibilidad de construir un proyecto nuevo del todo antes que ver tambalearse el hábitat en el que había crecido.

La voluntad de Mateu de no renunciar por nada del mundo a la llamada del arte, de pagar el altísimo precio de una vida sometida a la brutal dictadura de la vocación, de resignarse, en definitiva, al refugio del artista para evitar así tener que enfrentarse a sus carencias para construir una vida más convencional.

La voluntad de Ada de no doblegarse, de estar convencida de su capacidad ganadora a pesar del nefasto punto de partida que la vida le había concedido. La misma voluntad que la había llevado a vencer el miedo a amar y la había conducido por el camino de la maternidad.

La voluntad de Marc de asumir sin pesar la responsabilidad que le había tocado en suerte, la elegancia con la que había reconducido su futuro, la tenacidad con la que había defendido su éxito en un campo muy distinto del que deseaba.

Y también la suya, la de Lúdia, la voluntad de crecer a su propio ritmo, de sujetarse a los puntales que sabía seguros: su familia —la que le había sido dada y la que había creado—, sus amigos y sus chicas repantigadas en las hamacas de colores.

Habían pasado más de veinte años. Ellos eran otros, pero seguían siendo los mismos.

Segunda parte

## Marc y Lidia

Sería muy difícil saber en qué momento se me ocurrió que la montaña podría llenar el vacío —el agujero, un agujero que iba haciéndose cada vez más hondo y en el que mis pensamientos reverberaban como si estuviera en una cripta y el eco me devolviera algunas de mis palabras— que tenía dentro desde muy joven.

Quizá no llegué a decidirlo nunca de forma consciente. Simplemente la montaña me atraía, me daba oxígeno —en sentido literal y también figurado—, y terminó compensando esa pesadumbre, esa tristeza infinita, esa nada que se me había incrustado en el alma como la piedra que se te cuela en el zapato y se te queda entre los dedos incomodándote al caminar.

No podía hablar de ello con nadie abiertamente, ni siquiera con Lidia. No, con ella menos que nadie.

Ada lo sabía. Mateu lo sabía. Y, probablemente, Santi también. Pero nunca lo mencionábamos. Nadie se atrevía a decirlo en voz alta, porque, sin decirlo, entre todos habíamos convenido que nuestra felicidad, la felicidad de Marc y Lidia, no se cuestionaba. Nosotros éramos los que lo habíamos logrado. Por el camino habíamos dejado los cadáveres de los amores fallidos: Sergi, Carla, Gisela. Nosotros nos habíamos enamorado delante de sus ojos y el grupo había decidido que nuestra felicidad como pareja sería el éxito de todos.

Así que aprendí a fingir que no sentía aquel chirrido; y, de tanto fingir, a veces me distraía y realmente no lo oía. El ruido del día a día, las urgencias del trabajo, la estimulante aventura de ver crecer a mis hijos, las noches de conversación y de risas con los amigos no me dejaban escucharlo. Aprendí a seguir adelante sin pensar en ello. Mi vida no era como la había imaginado: el arte no jugaría en ella un papel relevante. No importaba. Era feliz, o, a fuerza de fingirlo, así me lo parecía.

Si tengo que ser sincero, cuando empecé a hacer escalada, Lidia fue la primera que me animó. «Te conviene hacer ejercicio, necesitas espacios para relajarte, el contacto con la naturaleza te hará bien.» Todo eso era cierto. Pero había algo más: allí arriba, con todo el peso de mi cuerpo —todo mi yo— colgando de una cuerda, con los ojos llenos de azul y los pulmones rebosantes de aire puro, me daba permiso para oír el chirrido, para oírlo de verdad. Admitía hasta qué punto echaba en falta la pintura, me planteaba que quizá debería retomarla, imaginaba cuadros inmensos y mezclaba azules y malvas, amarillos y morados. Cuando volvía a poner los pies en el suelo, lo aparcaba todo en el olvido una vez más.

Mientras los niños fueron pequeños, procuraba salir un domingo sí y un domingo no. Lo hacía básicamente por Lidia, por ellos y también por mí. Entre semana prácticamente no veía a mis hijos —la mitad de los días llegaba a casa cuando ya dormían—, así que era consciente de estar perdiéndome cosas, de vivir de pasada ese milagro diario que Lidia disfrutaba en profundidad y del que ella me guardaba una ración que, de noche, cansado y vencido por el sueño, yo me tragaba sin saborearla demasiado.

Aun así, esperaba ansioso el fin de semana que me tocaba escalada. Todavía recuerdo esos domingos de madrugada. Antes de salir de casa, entraba en la habitación de los niños. Aún dormían juntos. Los miraba. Les daba un beso minúsculo en la frente para no despertarlos. Dormían profundamente, y desprendían un calor que bien habría hecho en llevarme a la montaña.

Llegaba a casa a media tarde, a veces cuando ya había oscurecido. Los niños chillaban excitados, y yo me los llevaba, uno en cada brazo, para entretenerlos un rato y liberar así a mi mujer, que se había pasado el día pendiente de ellos.

Cuando los niños dormían, Lidia y yo nos sentábamos a cenar. A menudo abríamos un buen vino y ella me pedía que le contara cómo me había ido el día: «¿Hacía mucho frío? ¿Has pasado miedo? ¿Habéis tenido algún problema? Cuéntame lo que se veía desde allí arriba».

Y yo me entretenía hablándole de la plenitud incomparable que se percibe cuando has llegado a la cumbre y estás cansado pero eufórico y sientes que todo aquello que te llena la vista —esa panorámica que no tiene fin— es como si fuera tuyo, que solo tú puedes contemplarlo, que eres único en el mundo.

Se lo contaba y ella me miraba. Y yo volvía a sentirme único en el mundo.

Por ahora solo eres para mí un niño parecido a otros cien mil niños. Y no tengo necesidad de ti. Y tú tampoco la tienes de mí. Soy para ti simplemente un zorro parecido a otros mil zorros. Pero si me domesticas, tendremos necesidad el uno del otro. Tú serás para mí único en el mundo. Y yo seré para ti único en el mundo.

Las palabras de Saint-Exupéry se ajustaban a lo que sentíamos nosotros. Era como si las hubiera escrito para nosotros, decíamos medio en broma. Qué bonito era el verbo domesticar. Y qué feo podía llegar a sonar con el paso de los años. «Me quieres domesticar.» Qué reproche más terrible. Jamás imaginé que llegaría a oírlo.

Al principio, todo estaba claro sin tener que decírselo en voz alta. Yo quería ser pintor, me sentía pintor incluso antes de serlo. Quería levantar el brazo vigorosamente, con decisión, como lo hacía mi abuelo, y transmitir mi fuerza, lo que llevaba dentro, con pinceladas enérgicas que llenarían el blanco con el fuego del bermellón y la elegancia del azul.

Lidia miraba el mundo buscando en él rincones acogedores, jardines frondosos, tardes plácidas junto a un mirador. Y tenía facilidad para encontrar esos lugares, crear ambientes y hacer que la vida pareciera sencilla.

Yo era el sol, el océano y la tramontana. Ella construiría los remansos para protegernos del exceso de energía. Pero el futuro se torció y me encontré con que no sabía qué hacer con toda esa luz, con esas olas tan altas, con el viento que silbaba sin tregua. Ella tenía bastante con la placidez. Y que conste que no es poco.

Lo dijo cuando empecé a protestar por sus escapadas. Yo consideraba que tenía un montón de motivos para quejarme y, sin embargo, no me quejaba demasiado. Los reproches iban acumulándose dentro de mí, crecían y, cuando estaban a punto de tomar forma verbal, yo misma les ponía freno porque me asaltaban las dudas. ¿Acaso era demasiado exigente? ¿Tenía derecho a quejarme, teniendo, como tenía, una vida tan cómoda?

«Me quieres domesticar», dijo.

Los años me han enseñado que el victimismo, lejos de despertar compasión, genera rechazo, así que terminaba callándome; pero, íntimamente, me sentía perjudicada: la locura de Marc por la montaña me dejaba sola con los niños demasiado a menudo, impidiendo que compartiéramos ratos de ocio. Marc gastaba mucho dinero, se ponía en peligro innecesariamente. Pero, en el fondo, aunque me doliera reconocerlo, él tenía parte de razón. No me cuesta admitir la legitimidad de su desconcierto. Yo lo había conocido como un ser rebelde y lleno de talento que aspiraba a una vida brillante y creativa, llena de viajes, de relaciones, de experiencias radicales. Sin echar raíces en ninguna parte, sin responsabilidades que condicionaran su amor indómito por el arte. Pero, en vez de eso, había asumido una vida convencional que incluía en el lote empresa y familia y, sin quejarse en ningún momento, había cambiado los pinceles por el piolet, la libertad de la tela en blanco por la de la montaña. Había tomado su decisión sin demasiados aspavientos; y, durante mucho tiempo, todo parecía estar en su sitio. Pero hay viejas renunciadas que crecen con el paso de los años y, de pronto, se vuelven intolerables.

Yo no quería a un Marc domesticado, pero sí quería que fuera tan doméstico como yo, que se sintiera totalmente cómodo —como era mi caso— en esa vida estable y confortable que habíamos conseguido crear juntos. Si era buena para mí, ¿por qué no iba a serlo también para él?

A mí me bastaba con dibujar hamacas de colores e imaginar la vida de las chicas que se ocultaban en ellas. Me bastaba con la casa de Matadepera, la sala llena de luz y la madera desplegando reflejos de cobre, con la mimosa del jardín, estratégicamente situada para dejarme ver sus ramas amarillas desde la cocina. Elegir el vino de la cena cuando venían los amigos a casa, alargar las conversaciones con una sonrisa y después, en la cama, confesarle a Marc que, esa noche, la prepotencia de Ada me había resultado insoportable, sabiendo como sabía que él saldría en defensa de nuestra amiga; es más, esperándolo, deseándolo.

Los amigos eran intocables, y eso me gustaba. Me gustaba aquel círculo mágico que hacía más completa si cabe aquella vida plácida, centrada en nuestros hijos: las noches con fiebre y los vómitos en el coche, la curiosidad por saber si se decantarían por las ciencias o las letras, el orgullo por el primer dibujo como Dios manda. En realidad, que de vez en cuando Marc necesitara huir de todo eso era como una de esas pequeñas astillas que se te clavan junto a la uña: aunque no fuera un dolor intenso, terminaba siendo insoportable.

Podría decir que me enamoré de Lidia en aquel viaje de primero de carrera. París, dieciocho años, Gauguin, la libertad... Podría haberme enamorado de cualquiera.

Pero no. Me gustaba Lidia y me gustaban también Mateu, Ada y Santi. Me enamoraba el conjunto, esa amistad que justo entonces empezaba a cuajar, la intuición de que aquello duraría.

Todavía hoy soy capaz de rememorar la euforia del momento inicial: los cinco en el Peugeot 205 azul del tío de Santi, Suzanne Vega cantando *Luka* con esa voz de adolescente, Mateu al volante y aquellos mil kilómetros que parecían un sendero de baldosas amarillas.

Y, mientras conducía, Mateu hablaba de Gauguin, de su intento de llevar una vida convencional, de su mujer danesa y sus cinco hijos, de las largas tertulias con el grupo impresionista en Pigalle. Imposible combinar la responsabilidad del padre de familia y su pasión por la pintura. Doble fracaso. Copenhague y su familia política lo deprimían y, en su fuero interno, ya había decidido que solo había para él una vida

posible, dedicada únicamente a la pintura. Después llegó el paraíso de Pont-Aven, en la Bretaña: fuera la indumentaria burguesa, volver a la naturaleza, ser libre. Después, la Martinica, alimentarse de fruta y pintar y encontrar por fin sus colores.

—La felicidad duró solo seis meses.

Ada cogía el relevo y reconstruía el relato de la amistad con Van Gogh: la casa amarilla, la Provenza, las agrias discusiones con un Vincent ostensiblemente desequilibrado, la oreja cortada, el trágico final del pintor pelirrojo. Y la muerte de Aline, la hija adolescente de Gauguin, su vida de pareja en Tahití con la jovencísima Teha'amana —de la misma edad que Aline—, el deterioro de la salud del pintor. Gauguin, vestido solo con un pareo, con las piernas llenas de úlceras más o menos envueltas con vendas sucias, caminando con mucha dificultad. Ya no pintaba. Y, finalmente, el ciclón que destruye las islas Marquesas y ese hombre viejo, enfermo y deprimido, que se dedica a ayudar a los nativos. Murió solo.

Estábamos impacientes por llegar a París y ver la gran exposición. Y, a la vez, yo no quería llegar nunca, quería seguir viajando eternamente en aquel Peugeot 205, descubriendo cosas nuevas de los compañeros de viaje, escuchando a The Pretenders con su *Don't Get Me Wrong*.

Ada y Mateu adoraban a Gauguin y a Van Gogh; Santi admiraba a Modigliani por encima de todo, y nos recordaba la tristísima historia de amor que había vivido con Jeanne Hébuterne. Jeanne, la joven de buena familia que se enamoró del hombre prohibido, del pintor que devoraba la vida y pisoteaba a las mujeres que lo amaban, del genio sin escrúpulos conocido por sus amigos franceses como Modí, pronunciado como *maudit*, maldito.

Los enamorados superaron todos los obstáculos, contaba Santi conmovido, pero él tenía una salud muy delicada y bebía mucho. Tuvieron una niña y, cuando esperaban otro hijo, Amedeo enfermó sin remedio. Murió cuando a Jeanne le faltaban muy pocas semanas para dar a luz. Pero la criatura no llegó a nacer: Jeanne se tiró desde el balcón de la casa de sus padres dos días después de la muerte de su amor. Y Santi se indignaba: ¡Su familia no había permitido que la enterraran junto al pintor!

Lidia había descubierto a Pierre Bonnard y aseguraba que jamás un pintor la había emocionado tanto. Quería conseguir pintar interiores como los suyos: flores en las paredes, naranjas encima de la mesa, la intimidad de las estancias femeninas, el azul del mar —siempre al otro lado de los ventanales—, los jardines. Calidez, luz, espacios confortables.

Y yo. Yo me exaltaba hablando de Twombly y de sus garabatos sublimes. Los demás no lo conocían y yo me sentía afortunado de tener a un abuelo artista y sabio que me abría las puertas de todo antes de que yo sintiera el deseo de llamar para ver lo que había al otro lado.

Lo que me duele es no haber sido capaz de llenar ese vacío durante todos estos años. Saber que con el amor no basta.

Les hablé de mi abuelo cuando ya habíamos dejado atrás Clermont-Ferrand. Recordé para ellos mis visitas, de muy pequeño, a su estudio, que estaba en la buhardilla de una casa vieja del centro de Terrassa. Siempre me sorprendían el desorden y la mugre. Me desconcertaba que mi abuelo, aquel señor de Terrassa que iba siempre tan elegante, siempre pendiente de los más pequeños detalles de su

indumentaria, se sintiera cómodo en aquel caos. Y me costaba creer que su mujer, mi abuela Pietat, tan peripuesta, exigente y, sobre todo, tan mandona, no hiciera nada para poner un poco de orden en aquel desbarajuste.

Cuando por fin me atreví a preguntarlo, el abuelo me aseguró que se trataba de un pacto entre marido y mujer: «Le pedí que nos casáramos y, cuando me dijo que sí, la invité un día al estudio y le hice prometer, con toda solemnidad, que era la primera y la última vez que ponía los pies allí».

Así que durante cincuenta años ese matrimonio bien avenido, conocido en la ciudad porque ambos iban juntos a todas partes del brazo y en plena sintonía, mantuvo aquel pacto secreto. Había un espacio que, como una burbuja, le pertenecía solo a él.

El abuelo Daura —lo llamaba así para diferenciarlo de mi otro abuelo, el materno, que también se llamaba Antoni— había aceptado un papel secundario en la fábrica familiar de lanas, mientras que su hermano Josep, menor pero más ambicioso, se ponía al frente. Trabajaba siete horas al día, cumplía con sus responsabilidades y era un padre de familia ejemplar, pero todas las semanas se reservaba un par de tardes para encerrarse en el viejo estudio heredado de una tía soltera. Y allí no entraba nadie, salvo yo a partir del momento en que el abuelo detectó en mí una sensibilidad artística especial.

Y yo, que era un chaval inquieto —no paraba ni un segundo—, en el estudio del abuelo parecía una estatua de cera. En cuanto entraba, me sentaba donde él me decía —en un taburete de madera que estaba en un rincón— y no movía un solo músculo. Solo miraba. Me gustaba ver su ritual, cómo iba despojándose del señor Daura, el empresario, el ciudadano especial, para vestirse poco a poco de Antoni Daura, el pintor. Fuera el abrigo y los guantes, fuera la americana. Se quedaba en mangas de camisa, con el chaleco puesto, y se ponía una bata oscura —tenía una verde y otra azul marino—. En un primer momento, desde atrás parecía el dependiente de una ferretería, pero entonces se daba la vuelta, yo le veía las manchas de pintura de la bata y él se remangaba un poco los puños. Luego estiraba los brazos, desentumecía la musculatura de la nuca y dedicaba un buen rato a preparar las pinturas encima de un tablón donde había también un bote enorme con pinceles de todos los tamaños. Después, muy delicadamente, iba formando pequeñas montañas de pintura de diversos colores en la paleta; normalmente, me la mostraba: «¿Lo ves? ¡Mira qué bermellón más bonito!».

Mientras el abuelo se movía por el estudio, siguiendo una coreografía estudiada, yo me limitaba a mirar y a olisquear el aire de la habitación. Sentado en el taburete, con las piernas cruzadas y las manos en el regazo, inspiraba hondo y me llenaba de aquella mezcla de olores, dominada por el hedor de la trementina, que no he vuelto a percibir en ninguna otra parte.

A mi alrededor, un desorden perfecto. Abundancia de cajas y cajitas, montones de revistas, libros de esos que pesan tanto llenos de ilustraciones, litografías enrolladas como espadas a punto para utilizarse, botes y frascos de todos los tamaños.

Entonces él se acercaba a una repisa donde había un transistor y hacía girar el dial hasta que encontraba una música que lo seducía —normalmente clásica—, alguna pieza llena de energía. Si no encontraba la música que le apetecía escuchar mientras trabajaba refunfuñaba un poco y terminaba por apagar el aparato.

Finalmente, iba situándose delante del caballete. Se acercaba a la tela que tenía todavía a medias y se alejaba de ella. Retrocedía hasta quedarse prácticamente a mi lado y volvía a acercarse. Yo lo miraba, embobado, deseando que llegara el momento de que hundiera el pincel en la pintura y empezara.

Pero, sin duda, el mejor momento era cuando daba por acabado un cuadro. Solía avisarme: «Esto ya está a punto, chaval». Y humedecía por última vez el pincel en la pintura. El momento exacto en que el pincel tocaba la tela con trazo enérgico era glorioso, épico. Y el abuelo Daura decía «¡Alehop!», como si fuera un truco de magia.

En el coche azul que engullía los kilómetros de las autopistas francesas el silencio era casi absoluto mientras yo hablaba. Se oía el runrún del motor y, de vez en cuando, alguna pequeña exclamación. Todos me envidiaban. Yo lo sabía y no cabía en mí de la satisfacción.

Desordenadamente, les fui repitiendo consejos del abuelo, frases que se me habían quedado grabadas, conceptos que me acompañaban desde aquellos tiempos. Las figuras, en una pintura, tienen que estar vivas, como si las pudiéramos abrazar. Pintar es lo más parecido a escribir versos. Es primordial, básico, saber dibujar, pero el color es la vida. Tan importante es el último trazo como el primero. Antes de pintar, hay que saber mirar. La observación lo es todo.

—O sea, ¿que ya de pequeño querías ser pintor?

La pregunta, formulada en voz alta por Lúdia, me sorprendió. Para mí la respuesta afirmativa era tan obvia que creo que no me lo había preguntado nunca. Sí, claro, rotundamente sí: no recordaba mi existencia sin el deseo de ser pintor, de tener un estudio inundado de luz, de ponerme una bata oscura encima de la ropa, de coger el pincel con el gesto enérgico del abuelo Daura.

Hablamos durante un rato del despertar de nuestras vocaciones. Mateu aseguró que él también se recordaba, hasta donde lo permitía la memoria, con una vocación clarísima. Lúdia reconocía haber adquirido el amor por la pintura de forma gradual y natural en la tienda de sus padres, observando a los artistas, esos seres superiores a los que todo el mundo trataba con respeto. Para Santi, la vocación había llegado una mañana de Reyes en forma de caja de colores. Una caja de Caran d’Ache enorme, con aquella gradación de colores perfecta. Durante días y días, cuando llegaba a casa de la escuela, corría a su habitación, cogía la caja y se sentaba en la cama. Luego la abría y se quedaba embobado mirando el interior antes de cerrarla y volver a dejarla en su sitio.

—Al final, mi madre perdió la paciencia: «¿Es que no piensas usar nunca los colores?». La caja les había costado un ojo de la cara, pero yo no me atrevía a estrenarlos. No quería de ninguna de las maneras empezar a gastar uno de los lápices y que se quedara más corto que los demás, rompiendo con un desnivel aquella armonía. Tampoco podía soportar la idea de redondear la punta perfecta de los lápices de colores.

Ada admitió que, aunque siempre le había gustado dibujar, la idea de dedicarse profesionalmente a la pintura no había llegado hasta el momento de elegir carrera. Había pensado ser actriz o bailarina, quizá cirujana. Cualquier cosa que le permitiera transformar a Imma García en Ada García-Torralba, se me ocurrió mientras la escuchaba. Y un día entrevistaron en televisión a una pintora americana que presentaba exposición en Barcelona. Era una mujer muy elegante, todavía se acordaba de ella: los ojos maquillados para dar profundidad a la mirada, una melena gris cortada muy recta a la altura de la barbilla y vestida con un estilo impecable —piel, cachemir, seda—. Tenía una voz grave y una forma de hablar reposada. Lo tuvo claro: quería ser como ella. Y se matriculó en Bellas Artes.

Cuando llegamos a París —unas trece horas después de haber salido de Barcelona—, estábamos doloridos, agarrotados, exhaustos. Nos costó lo suyo dar con la pensión en la que habíamos reservado habitación, que estaba incluso más destartada de lo que su precio podía sugerir.

Los tres chicos dormíamos en una habitación de dimensiones muy reducidas donde habían instalado una cama supletoria. No había modo alguno de llegar a la ventana si no era pasando por encima de las camas. Y, de hecho, tampoco es que fuera necesario, porque al otro lado de los postigos no estaba la Torre Eiffel, ni siquiera una callejuela de esas típicas de París con un café en la esquina. La habitación daba a un triste patio de luz.

Estábamos rendidos, y lo único que queríamos era dormir. Aun así, recuerdo que antes de que nos venciera el sueño —quizá pasaron dos minutos, a todo dar— tuve la intuición de que aquel viaje a París me cambiaría la vida.

Yo había crecido idealizando la figura del artista. En la tienda, cuando entraba un artista, el mundo se detenía. Mi padre dejaba lo que estuviera haciendo y mi madre se apresuraba a despedir a un cliente: todos mostraban una disposición total ante la persona que acababa de llegar. Yo observaba al pintor de barba gris y ojos pequeños pero vivísimos, que siempre llevaba sombrero y un pañuelo estampado al cuello en una época en que los hombres no los usaban. El artista dejaba encima del mostrador una carpeta que me parecía enorme y deshacía los lazos que tenía a ambos lados. Mi padre y mi madre esperaban sumidos en un silencio reverencial, y el pintor mostraba su obra. Eran dibujos a carbón, generalmente retratos de personajes que parecían haber sido atrapados en las calles de Girona: una gitana que vendía claveles, un chaval con su pelota bajo el brazo, un jorobado que empujaba una carretilla. Los personajes destacaban sobre un fondo que quedaba desdibujado, como si en Girona todo quedara permanentemente oculto bajo un manto de niebla. Mirabas los dibujos y notabas la humedad del río que se te metía bajo la piel y te entumecía los huesos.

Yo quería parecerme a los artistas. No porque me gustara dibujar, que también, sino porque quería ser especial, ser uno de los elegidos, que tenían talento y una necesidad de dejar huella.

Ahora me doy cuenta de que, muy probablemente, esa necesidad mía tenía un origen muy vulgar: los celos de una niña provocados por el nacimiento de su hermano menor, en este caso una hermana.

No recordaba su nacimiento, porque en aquel entonces yo tenía tres años. Me parecía guardar un recuerdo, muy nebuloso, de papá acercándose una mañana a mi cuna de barrotes para anunciarme, con una gran sonrisa: «¡Ha nacido tu hermana! ¡Se llama Magalí!», y recuerdo que pensé: qué nombre más bonito y qué contento está papá.

Magalí era una niña preciosa, con la cabeza cubierta de rizos rubios, los ojos muy azules y un ceceo que la hacía muy graciosa. También tenía hoyuelos en las mejillas: los hoyuelos de la hermosura, decía la abuela. Cuando salíamos a pasear —de eso sí me acuerdo—, continuamente teníamos que pararnos porque la gente, sobre todo las mujeres, querían hacerle carantoñas: «Qué bonita, parece un angelito».

No había forma de competir con ella. Y no es que yo fuera una niña fea, pero no tenía nada espectacular, nada realmente destacable: pelo oscuro, ojos marrones, sin hoyuelos. Enseguida intuí que la batalla por mi parcela de atención tenía que librarla en un terreno que no fuera el de la belleza.

En esa época me pasaba las horas dibujando y, claro, a fuerza de practicar, terminé haciéndolo bastante bien. Magalí jugaba con muñecas, coleccionaba cromos, leía cuentos. Yo dibujaba concentrada, en silencio, y, de vez en cuando, iba a la tienda por si había suerte y entraba algún artista.

Un día entró Angelat. No sé cuál era su nombre de pila, pero en casa todos lo llamaban así: Angelat. Era un hombre alto y fornido, con una abundante mata de pelo gris y rizado y unos ojos risueños. Llevaba una barba poblada y tenía una voz grave y un acento típico y muy marcado del Empordà.

—¡Buenos días, Palau! —Recuerdo ese buenos días que sonaba como un trueno cuando entraba a la tienda.

Papá dejaba todo lo que tuviera entre manos y saludaba a Angelat, que era un pintor de mucho renombre y un cliente fiel. El hombre dejaba encima del mostrador una carpeta de dimensiones gigantescas y deshacía los lazos para abrirla.

—¡Mira lo que te traigo! —Enseñaba orgulloso sus obras, siempre con expresión de estar absolutamente satisfecho del resultado.

Papá —y mamá, si estaba— se deshacía en elogios y en grandes exclamaciones. Yo me acercaba y me ponía de puntillas para ver las acuarelas o los óleos.

—¿Qué, pequeña? ¿Te gustan?

Yo asentía, sin atreverme a pronunciar palabra delante de esa presencia imponente.

Un día, mientras miraba las pinturas y notaba la mirada del gran Angelat sobre mí, salió mi hermana de la trastienda. Inmediatamente, la atención del pintor se desplazó hacia ella:

—¡Pero a quién tenemos aquí! ¡Qué preciosidad de niña!

Magalí, imitándome, se puso de puntillas a mi lado. Detrás del mostrador solo se le veían sus ojos azules y los rizos dorados.

—¿Cuál os gusta más? —preguntó el pintor.

Encima del mostrador había cuatro óleos sobre papel. Tres de ellos eran marinas: unas barcas rosas y azules sobre un mar cubierto de espuma, la bahía de Cadaqués con las casitas blancas y una barcaza pescando *a l'encesa*. Sin dudarle un instante, Magalí puso el dedo sobre el paisaje de Cadaqués.

—¿Y a ti, Lidia?

Mis padres y Angelat esperaban que me pronunciara. Me entretuve un poco, saboreando el momento, y luego, cediendo a una intuición, dije: «Este», y señalé el cuarto óleo. Eran dos gallinas de plumaje liláceo, con dos manchas rojas que representaban las crestas y un fondo verde y rojo, oscuro y muy extraño.

Se produjo un instante de silencio y luego la voz de trueno de Angelat dijo:

—¡Esta niña tiene buen gusto! ¡Esta niña tiene criterio! ¡Aunque todavía es muy pequeña, ya se ha dado cuenta de que el bueno es este!

Y me puso la mano en la cabeza, en una brevísima carantoña que me hizo sentir todo el peso de aquella mano de artista sobre mí.

El episodio se convirtió en un clásico en mi familia. Mis padres se lo contaban, orgullosos, a todo aquel que deseara escucharlos: la niña había elegido el cuadro de las gallinas, y el propio pintor Angelat había dicho que tenía muy buen gusto, que la niña entendía a pesar de lo pequeña que era. Y la anécdota fue creciendo: se le añadió que seguramente sería artista, porque tenía muy buen ojo. Y después: «Nosotros ya lo sabíamos, porque siempre le ha gustado mucho dibujar».

La verdad, la única verdad, era que a mí me gustaban mucho más las barcas rosas y azules que aquellas gallinas tan raras, que hasta daban un poco de miedo. Pero en ese momento, siendo todavía muy pequeña, ya había entendido que ser distinta estaba bien y que yo, que no era ni guapa ni rubia como Magalí, tenía que tener personalidad y ser especial.

Desde entonces me ha acompañado una vaga e incómoda sensación, como si en cierto modo fuera una impostora.

Amar a Marc, vivir la vida al lado de un artista de verdad, silenciaba esa fastidiosa vocecilla.

En resumen, mi abuelo era mi ídolo. Cuando mis amigos hablaban de sus abuelos, decían que el suyo siempre bromeaba, o que el suyo les enseñaba a jugar a la petanca. Como las abuelas: una cocinaba muy bien, la otra contaba los mejores cuentos. Pero ninguna de esas virtudes era comparable al talento de mi abuelo. El abuelo, encerrado en una habitación de veinte metros cuadrados, creaba un mundo de la nada. Mi abuelo tenía el poder de decidir si en aquel trozo de tela blanca nacería una naturaleza muerta —una botella de vino, una porción de queso, un par de nueces— o un valle en el momento más generoso de la primavera, con sus árboles floridos, blancos y rosas, y unas amapolas en primer plano. Él creaba. En su cabeza, y en su mano derecha, tenía el poder de crear.

Su hijo —mi padre—, en cambio, era un hombre como los demás. Es decir: un hombre bueno e inteligente, con una ambición sana y un gran sentido del deber. Pero no era un creador. Jamás se le había ocurrido coger un lápiz ni un pincel. Tampoco había explorado nunca sus habilidades en otros campos. Ni en la música, ni en la literatura, ni en el teatro. Había estudiado ingeniería industrial en la ciudad donde vivía, se había hecho cargo de la fábrica de lanas que había fundado su abuelo y se había casado con una vecina que vivía en su misma calle de la que había estado enamorado en secreto desde pequeño.

Era un buen padre, en el sentido de que, con su comportamiento, nos ofrecía un ejemplo claro y recto, una guía marcada por los valores que él mismo nos transmitía, sin grandes discursos, solo con su forma de actuar responsable y bondadosa.

Y, sin embargo, recuerdo que mis amigos a menudo presuponían que papá era un hombre con mucho carácter. Un padre a temer. Yo intentaba convencerlos de que no era así en absoluto. Ahora, cuando miro las fotos en las que él aparece, me doy cuenta de que en su rostro, en su expresión, hay algo que resulta demasiado serio, un punto trágico, que debía de ser lo que llevaba a pensar a mis compañeros que era un padre temible.

Quizá —quién sabe— ese reflejo trágico que siempre encerraban sus ojos era solo una premonición. Quizá, de algún modo, mi padre sabía que esa vida plácida y venturosa que había diseñado se vería injustamente interrumpida antes de tiempo. Estoy seguro de que, en caso de que así hubiera sido, en caso de que él hubiera podido intuir su muerte prematura, le habría dolido no tanto por él sino por el hecho de dejarnos desprotegidos a nosotros. ¿Cómo podía él, siempre tan responsable, dejar desamparada a su mujer —aquel primer y único amor— y a sus hijos?

Solo tenía cuarenta y seis años. Murió de un derrame cerebral que lo dejó fulminado justo cuando entraba en casa. Debían de ser las ocho de la noche. Estábamos todos. Mamá en la cocina, empezando a preparar la cena. Mis hermanas en su habitación, estudiando, y yo, que iba andando por el pasillo hacia la entrada con la bolsa a la espalda porque iba a entrenar a *hockey*. Había empezado cuarto de carrera.

Oí la llave en la cerradura. Jamás —hasta esa noche nefasta— se me había ocurrido pensar hasta qué punto aquel ruido era una pequeña representación del confort, de la seguridad y de la tranquilidad. Cada noche, papá entraba en casa, mamá salía a recibirlo y se daban un abrazo como si hubieran estado separados una larga temporada. Poco después empezaba a llegar el olor del caldo y luego la voz de mamá: «¡La cena está servida!». La normalidad, las cosas en orden, todo en su sitio.

Pero, ese día, papá metió la llave en la cerradura y entró como siempre, con un «Ya estoy en casa», aunque no tan alegre como el de los demás días. Su voz era más débil, y pensé que estaría cansado. Nos encontramos en mitad del pasillo y me pareció que caminaba con paso tal vez demasiado vacilante. Se apuntaló contra la pared esbozando una sonrisa desdibujada y cayó al suelo con una gran sacudida, un ruido contundente que nunca habría de borrarse de mi memoria.

Mamá soltó un grito desde la cocina. Puede que yo también. Se oyeron puertas que se abrían y, de pronto, toda la familia estaba en el pasillo. Mamá, pidiéndome entre sollozos que llamara a una ambulancia; mis hermanas, pálidas, mirando la escena sin terminar de creérsela.

Papá ya no respiraba. Lo noté en cuanto volví a su lado después de llamar. La muerte lo había abatido con un golpe seco, sin darle ninguna oportunidad. Después, todo sucedió muy deprisa. Al cabo de una hora, quizá menos, la casa había perdido cualquier rastro de dulce cotidianidad y estaba llena de gente que no dejaba de lamentarse. Eso sí, todavía olía a caldo.

Llegué a la facultad de Bellas Artes repleta de esperanzas. Sentía un gran deseo de aprender, de conocer, de vivir. Ese era mi anhelo, y podía satisfacerlo de muchas formas; no se trataba de la voluntad única e irrenunciable de convertirme en artista.

En casa me habían animado a que eligiera esa carrera. Mis padres estaban encantados con la perspectiva de que su hija terminara formando parte de aquel colectivo con el que ellos habían tratado y que admiraban desde siempre. La bohemia del mundo del arte no les daba miedo: yo siempre había sido una chica dócil y responsable. Magalí era una ferviente admiradora de mis dibujos. Ella, la verdad sea dicha, no tenía mano para el dibujo, y no se cansaba de decirle a quien quisiera oírlo que yo poseía una capacidad casi mágica para crear de la nada figuras y paisajes llenos de vida. Podría decirse que estaba mucho más convencida que yo de mi talento. Yo, por mi parte, estaba segura de que ella tendría una carrera cargada de éxitos en el mundo de la investigación científica, como efectivamente así ha sido.

Me gustaban los pintores impresionistas. Mis padres me habían regalado por mi decimoquinto cumpleaños la *Enciclopedia del impresionismo*, un grueso volumen lleno de ilustraciones con las mejores pinturas de los nombres que ya conocía: Renoir, Degas, Monet.

Y, viendo la devoción con la que me zambullía en ella durante horas, la Navidad siguiente papá fue un día expresamente a Barcelona, a las librerías de viejo, y encontró una perla. Era un libro del año 1967 publicado por la editorial francesa Gallimard. En la cubierta había una pintura: una mujer desnuda en una habitación llena de luz que a papá le pareció que me gustaría. Y, debajo, las letras con el nombre del pintor: Pierre Bonnard.

Me enamoré de la pintura de Bonnard instantáneamente. Me dejé seducir por sus colores vivos y cálidos; pero, sobre todo, por el espíritu que impregnaba todas sus pinturas, con el que me identificaba plenamente: el universo era un jardín, unas chicas tomando el té, un escritorio junto a la ventana, un jarrón con flores encima de un piano, una prenda de ropa descuidada encima de un balancín, una mesa servida a la sombra de una higuera, un mantel de cuadros blancos y rojos. Interiores relajados, retratos de la intimidad. Admirando la pintura de Bonnard, parecía que la vida fuera de verdad un lugar agradable.

Después supe que Pierre Bonnard había formado parte del grupo postimpresionista de los nabís, una generación de pintores que, a la sombra de Gauguin y de Cézanne, abrieron el camino hacia el fovismo y el cubismo. Se inspiraban en la filosofía de Gauguin sobre los colores, según la cual, si un árbol era amarillo, había que pintarlo amarillo, y si su sombra era más bien azul, pues azul, huyendo de las restricciones de la pintura más académica. Los colores debían ser puros y valientes.

Recuerdo que, durante el viaje a París, les hablé a los demás de Bonnard. No lo conocían, y me sentí orgullosísima de haberlo descubierto antes que ellos. «Si algún día llegaba a ser pintora —pensaba—, me gustaría que en mis cuadros hubiera tanta calidez como en las pinturas de Bonnard.»

Con los años llegué a pensar que lo había conseguido. No, no pintaba como Pierre Bonnard, por descontado, ni siquiera podía considerarme pintora. Era una simple diseñadora que trabajaba para una firma de ropa del hogar, pero, en cambio, había conseguido —o eso creía— que mi vida fuera como los cuadros de Bonnard. La había llenado de escenas gratas, de estancias acogedoras, momentos placenteros y colores alegres. En suma, de bienestar.

Sin Marc, nada de todo lo que hacía de mi vida una pintura de Bonnard —mis hijos, una casa cómoda, un trabajo creativo, unos amigos de verdad— habría sido posible, y yo siempre había sido consciente de ello. Amar a Marc, estar enamorada de él, lo sostenía todo. Ada podía mofarse de mí tanto como quisiera, pero yo lo resumía así: si un día, cuando Marc llegue a casa, no dejo lo que esté haciendo y corro a abrazarlo, todo este paraíso se hundirá como un decorado de cartón.

—¡Qué imagen más rematadamente convencional! —Ada ridiculizaba mi modo de decirlo, apremiada por esa necesidad tan propia de ella de mantenerse en el escepticismo, lejos de nosotros, los seres vulgares que nos dejamos llevar por las emociones.

Y, sin embargo, no soy capaz de recordar el primer día que no salí corriendo a recibirlo. Pero ese día llegó por fuerza. Quizá fue uno de esos viernes que estaba tan cansada y que acababa de llegar del trabajo, de ir a comprar al súper y de llevar a los niños de acá para allá... Quizá había calculado que tenía diez minutos, veinte, para descansar un rato antes de ponerme a hacer la cena.

O quizá fue un día que nos habíamos enfadado por la mañana por cualquier tontería. Por una injerencia de su madre —una más— que se añadía a un montón que no dejaba de crecer, como una montaña de desperdicios en un vertedero ilegal.

O —también cabe esa posibilidad— no había ocurrido nada extraordinario. Quizá había tenido un buen día y me había instalado cómodamente en el sofá a leer una novela de las buenas. Debía de haberme tapado las piernas con la manta y, seguramente, me había servido una copa de vino. Y me había dado pereza levantarme. Así de simple.

Crees que nunca podrás borrar de tu memoria la imagen de tu padre en el suelo del pasillo, con la cabeza extrañamente echada hacia atrás, repentinamente pálido. Que no podrás dejar de oír el grito de horror de tu madre al verlo ni el llanto de tus hermanas. Que no podrás recuperar la vida que tenías antes de que aquello ocurriera, cuando creías que vivir era arrancar un día tras otro del calendario sin sobresaltos.

Pero pasan las semanas, los meses y los años. Y muy despacio, quizá con apenas una pincelada al día, el tiempo barniza ese recuerdo. Sin que nos demos cuenta, la capa de barniz va espesándose hasta el momento en que, por el motivo que sea, queremos recordar ese día y, estupefactos, nos percatamos de que ya no somos capaces de reconstruir los hechos con precisión. ¿Cuál fue la última palabra que le oímos decir antes de caerse? Cuando llegó la ambulancia, ¿estaba ya el tío Miguel? ¿Quién lo había llamado?

Y, de pronto —a pesar de cuánto habías deseado borrar esos minutos—, te asalta una especie de pánico a no acordarte del todo. Y también cierta indignación contigo mismo: ¿Cómo puedo haberlo olvidado? Porque junto al cuerpo desmadejado de papá, al grito horrorizado de mamá, al corazón alborotado y la dificultad de respirar, también se ha borrado la última imagen de papá vivo, su sonrisa desdibujada al verte en el pasillo, su gesto atribulado, quizá su última palabra. Y eso no puedes perdonártelo.

¡Son tantas las cosas que no puedo perdonarme! La precipitación, la necesidad de dar la imagen del que puede con todo, el exceso de sentimentalismo. Salvar la fábrica, salvar la empresa familiar, tengo que hacerlo por papá. ¿Seguro que para papá era tan importante? ¿Habría querido él que me sacrificara para salvar la empresa?

Y después, todos estos años oyendo ese chirrido: una pequeña punzada cuando visitaba una exposición o cuando Mateu me enseñaba su último cuadro... Y sobre todo que nadie lo sepa, no vaya a ser que descubran mi debilidad. No he querido que nadie llegara a hacerse cargo de lo que supuso para mí dejar la carrera y renunciar al anhelo de ser pintor; y, en cambio —ahora lo veo y es imposible evitarlo—, he estado esperando, día tras día durante más de veinte años, que me lo agradecieran. Que me lo agradecieran mamá, Anna y Mònica. Que me lo agradecieran los trabajadores de la empresa. Tener la admiración de mis amigos, de Lídia. Que me lo reconocieran mis hijos —¡los pobres!—, que heredarán una empresa que nunca han pedido. Creo incluso que, en mi patetismo, esperaba cierto reconocimiento de la sociedad en general.

Los primeros años fueron duros y hermosos a la vez, difíciles y felices. Yo me sentía todavía como el héroe de la película, y el reto de salvar la empresa, sinceramente, me motivó durante un tiempo. Aprendía cosas, salía adelante, celebraba los éxitos con mamá. Lídia encontró un trabajo que le gustaba, nació Jan, nuestra economía mejoró significativamente, nos compramos la casa, nació Milena. De nuevo, me dejé engatusar y creí que la vida sería siempre así.

Habían pasado muchos años y el gran barnizador había hecho bien su trabajo. El dolor y el miedo habían quedado cubiertos bajo muchas capas delgadísimas y prácticamente ya no existían.

Pero entonces, un día cualquiera, mi hijo, que solo tenía cuatro años, me preguntó por qué solo tenía un abuelo, el de Girona. Una vez superadas las preguntas que no tienen respuesta —«¿De qué murió? ¿Dónde está ahora? ¿De verdad no lo veremos nunca?»—, me pidió que le hablara de papá. Pero Jan no decía «tu padre», decía «mi abuelo», y por primera vez tuve que imaginarme qué clase de abuelo habría sido aquel hombre que había muerto a los cuarenta y seis años. Y lo que imaginé me gustó mucho. Ese día descubrí que, aunque el dolor y el miedo estuvieran soterrados, la rabia seguía más viva que nunca.

La rabia por todo lo que mi padre se había perdido. La rabia por el abuelo que se perderían mis hijos. Por todas las veces que los habría ido a recoger al colegio, por los ratos que habría pasado enseñándoles a jugar al ajedrez, por sus abrazos. Yo había tenido un abuelo fantástico, había crecido queriendo parecerme a él.

Y sin embargo ahora, al pensar en el abuelo Daura de aquellos días, se me encoge el corazón. Y todo por culpa de un recuerdo prestado. No lo viví personalmente, pero mi tío cometió el error de contármelo.

Horas después de la muerte de papá, mi tío, su hermano menor, tuvo que armarse de valor para ir a comunicar la terrible noticia a sus padres. Cuando volvió a casa, ya entrada la noche, le pregunté cómo le había ido y cómo lo habían encajado mis abuelos. Y mi tío me contó que la abuela se había echado a llorar y que el abuelo se había quedado quieto y callado, y que solo la palidez de su rostro daba a entender que había captado la dimensión de la tragedia. Y que entonces, al cabo de unos minutos, después de intentar consolar a su mujer con todo el peso de su ternura y afecto, el abuelo se levantó y salió de la habitación. Y que poco después oyeron un golpe y un pequeño gemido y él corrió para ver lo que había pasado y se encontró a su padre con la mano ensangrentada y vio que había una señal en la pared. El yeso había saltado y se veía una sombra en su lugar.

El abuelo llevó la mano enyesada y el brazo en cabestrillo durante una buena temporada. Me daba pena que no pudiera pintar. Cuando le quitaron el yeso y el cabestrillo, hizo rehabilitación y pasaron las semanas y los meses. Pero el abuelo Daura no volvió a pintar, e imaginarlo dándole un puñetazo a la pared es una imagen que no puedo borrar de mi memoria.

La primera vez que Marc y yo hicimos el amor tuve la certeza de que había descubierto un lugar seguro.

¿Cuántas veces hemos hecho el amor? Hace diecinueve años que nos casamos y hacía cuatro que estábamos juntos. Veintitrés años. ¿Doscientas veces al año de media? Casi cinco mil veces.

Cinco mil cópulas, cincuenta mil besos, doscientas cincuenta mil caricias.

Casi siempre me he sentido en lugar seguro. En una isla, pequeña, desierta, luminosa, en mitad del océano. Una isla a la que nadie tiene acceso, donde quisiera dejar pasar las horas y los días sin tener que hacer otra cosa que no fuera estar pendiente de nuestros cuerpos.

A veces, quizá muchas, llegábamos a la isla empujados solo por el deseo. O incluso sin deseo. Pero casi siempre volvía a producirse el milagro. Después del sexo llegaba un momento, un fragmento de tiempo encapsulado, fuera de todo, de paz absoluta.

En ocasiones, durante esos minutos siguientes, hemos ensuciado la isla con palabras agrias o con gestos de náufrago.

Pero todavía podría hacerme un pequeño collar con las cápsulas del bienestar.

Tras la muerte de papá, la abuela —que tenía un principio de demencia senil— empeoró muy rápidamente. El abuelo, que ya se había jubilado y había dejado de pintar, se dedicó en cuerpo y alma a su mujer. Se quedaron los dos encerrados en casa, cada vez más viejos, cada vez más tristes.

Yo iba a verlos siempre que podía, pero podía poco. La fábrica reclamaba todas mis energías, todo mi tiempo, toda mi concentración. Me absorbía, literalmente. Recuerdo que de vez en cuando les preguntaba a mis hermanas si habían ido a ver a los abuelos. Ellas lo hacían a regañadientes y solo porque yo insistía.

Al cabo de un par de años, un día la abuela se cayó en casa y se rompió el fémur. Los médicos creyeron que la caída había sido consecuencia de un desvanecimiento, y lo cierto es que durante las semanas que tuvo que guardar cama terminó por perder del todo la razón. Ya no conocía a nadie excepto a mi abuelo. Mis hermanas se resistían más que nunca a ir, porque era completamente imposible mantener una mínima conversación con ella.

Yo solía ir los domingos por la tarde, a veces con Lída. Cuando pienso en esa casa en silencio, con las persianas bajadas y aquel leve olor a cerrado, todavía me duele. El último domingo antes de su muerte me pareció —curiosamente— que la abuela se encontraba mejor. Estaba en la cama, pero un poco más incorporada, y me recibió con una sonrisa. Me preguntó cómo me iba en el trabajo y parecía que me escuchaba cuando se lo conté. Después me preguntó por Marc y por las niñas, o sea, por mí y por mis hermanas, y me di cuenta de que durante todo el rato había pensado que hablaba con mi padre. El abuelo, sentado en una butaca a los pies de la cama, se pasaba la mano por la frente y me decía que fuéramos al comedor, que la abuela necesitaba descansar.

Con el abuelo —aquel viejo huraño que nada tenía que ver con el abuelo Daura de mi infancia— no sabíamos de qué hablar. Acabó poniendo la radio para no tener que oír aquel silencio que estaba empezando a espesarse. Una hora más tarde volví a la habitación para despedirme de la abuela y la

encontré muy nerviosa. No paraba de mover las manos, cogía la colcha y la estiraba, y después la alisaba. Todavía me parece ver esas manos llenas de manchas y aquel desasosiego.

Murió al día siguiente, y el abuelo tres meses después, de un ataque al corazón que, a Dios gracias, no le hizo sufrir ni un ápice. Tampoco nos dejó despedirnos de él, pero fue mejor así.

Cuando pienso en esos meses, me doy cuenta de que, en realidad, por encima del dolor provocado por las pérdidas, de cómo echaba en falta a papá y a mis abuelos, lo peor fue despedirme de aquel Marc que ya no habría de volver. El Marc de antes de los veinte años, inmaduro, protegido y libre.

Solo tenía veintitrés años y ya era, definitivamente, el cabeza de familia y el responsable de la empresa. Ya puestos, pensé, prefería tener mi propia familia, así que le propuse a Lúdia que nos casáramos.

Lúdia se había convertido en mi punto de apoyo. Yo tenía la sensación de que los demás —mi madre y mis hermanas, la fábrica y los trabajadores— dependían de mí. Para ayudarme a cargar con la mochila —un lastre lo suficientemente pesado para frenarme—, estaba Lúdia. Lúdia, con su carácter tranquilo y estable, con su fe en mí, con su gusto por las cosas bonitas y la vida plácida, llenándolo todo de colores vivos y facilitándolo todo.

En aquel entonces, yo todavía no sabía que, al cabo de poco, subiría montañas nevadas con una mochila de verdad, un peso físico a la espalda. Y tampoco habría adivinado que, sin embargo, en esos momentos me sentiría más ligero que nunca.

Mateu, y a veces también Santi o Ada, me reprochaban que no pintara. Decían que el tiempo que encontraba para el alpinismo podía dedicarlo a la pintura. Yo intentaba explicarme: necesitaba la montaña para respirar, para verlo todo con perspectiva, para sentirme infinitamente libre, suspendido en mitad de la nada.

—Todo eso también podría dártelo la pintura —decía uno u otro.

A veces me revolvía:

—Pero ¿por qué no dejáis de pincharme? ¡Ni que vosotros os dedicarais mucho a ella! —Me dirigía a Ada, que con su puesto en el periódico se había olvidado de pintar, y a Santi, que se consideraba un pintor mediocre y decía que prefería hablarles a los alumnos de los grandes genios que ensuciar telas sin motivo.

Entonces, casi siempre, uno de mis amigos aseguraba, con una vehemencia que al principio me conmovía, que yo era diferente. Que tenía talento de verdad, que los profesores habían detectado que poseía una calidad técnica excepcional, que yo sí estaba destinado a labrarme un nombre en el mundo del arte.

Digo que al principio eso me conmovía y es cierto. Veía en ello afecto, amistad y admiración y lo agradecía. Pero, poco a poco, esa fe granítica en mi capacidad empezó a pesarme. Pronto, cualquier referencia a mi talento acababa petrificándose e incorporando peso a mi mochila.

De noche, soñaba que un viejo de barba blanca me mostraba un libro de gran tamaño. En la cubierta aparecía *La creación de Adán* de Miguel Ángel, y encima, en letras enormes y doradas, decía: *Grandes Obras de Arte*, y el hombre empezaba a hojearlo. Yo veía en el libro relojes blandos, girasoles, un niño que comía fruta, unos hombres alrededor de un cadáver, unas bailarinas, árboles azules, rojos, amarillos.

Y luego el viejo pasaba una página y, con expresión de gran enojo, me enseñaba la siguiente, que estaba en blanco. Con un dedo grueso, que parecía de mármol, señalaba el espacio vacío.

Me despertaba angustiado y me costaba volver a conciliar el sueño. Pronto les dejé claro a todos que no quería volver a oír hablar de pintura ni de mi gran talento. Ya no pintaba. Era un hombre con una familia y una empresa, me gustaba hacer escalada y era razonablemente feliz. Y punto.

En el curso de esos años el mundo se fue haciendo pequeño, concretándose en las esencias. El mundo era Matadepera: nuestra casa con jardín, mi estudio y el ordenador donde diseñaba, la cocina desde donde se veía la mimosa, la sonrisa de Jan cuando lo despertaba —que me iluminaba durante todo el día—, Marc sentado en el sofá por la noche con una copa de vino en la mano y yo tumbándome y apoyando la cabeza en su regazo, el dulce embarazo de Milena, los ojos azulísimos de aquel bebé que solo dormía y sonreía.

Todo lo que me hacía feliz también me había absorbido con una fuerza poderosa para alejarme del mundo que, años atrás, había deseado que fuera el mío. La universidad, el arte, el debate intelectual, el espacio creativo, la libertad de pensamiento y de acción, París...

Mi conexión con aquel mundo, que yo seguía viendo todavía rutilante pero frío como un paisaje helado, eran mis amigos: Mateu y Ada, y, en menor medida, Santi. También él estaba más centrado en el mundo terrenal del instituto y en el paisaje gris y aburrido de Sant Adrià del Besòs. Muy lejos de la espectacularidad de los fiordos.

No echaba de menos nada, o casi nada. Por la mañana, después de dejar a los niños en el colegio, volvía a casa y, con un café muy cargado en la mesa, me ponía a trabajar. En primavera me costaba concentrarme. El sol inundaba el estudio y sentía el calor en los brazos y en las manos. Si miraba un momento por la ventana, me daba cuenta de que el ciruelo de hoja roja empezaba a echar sus primeros brotes y de que no tardaría en llenarse de flores blancas. En los parterres, los pensamientos mezclaban el amarillo y el morado. Tomaba un sorbo de café y empezaba a dibujar. A veces me invadía una sensación extraña, como un sentimiento de culpa que me incomodaba. La vida me trataba muy bien, quizá demasiado. ¿Pagaría algún día por ello? No lo comentaba con nadie, ni con Marc ni con mi hermana. Con nadie. Era absurdo, casi una superstición, y me avergonzaba de ello. Intentaba sentirme un poco mal. Recordaba los tiempos de la carrera, mi aspiración a una vida bohemia, inesperada y libre, el sueño dorado de triunfar con un talento que, en el fondo, sabía que no tenía.

Pero no lograba convocar la tristeza ni añorar, más allá de lo humanamente razonable, los tiempos de estudiante. Eso sí, agradecía los encuentros con el grupo de París, que me devolvían un poco a esa época. Muy a menudo era yo la que los proponía y los organizaba, a veces refunfuñando un poco. Ellos siempre aceptaban de buen grado y llegaban cargados de botellas de vino, de flores frescas y, en ocasiones, de parejas que duraban lo que duraban.

Durante todos esos años, las dos únicas personas que se integraron, aunque fuera momentáneamente, en el grupo, fueron Sergi y Carla. Sergi, que casi no tenía nada en común con nosotros, que nunca mostró un interés excesivo por acercarse al grupo, terminó formando parte de él de modo natural. Ayudó mucho que fuera amigo de Marc, cosa que nos predisponía a ser más acogedores con él. Y Sergi, además, nos hacía reír. Tenía un sentido del humor basado en la agilidad mental. Hacía juegos de palabras ingeniosos y rapidísimos y no le preocupaba en absoluto parecer demasiado vulgar ni poner en evidencia su escaso nivel cultural. Adoptaba de forma natural esa actitud tan típica de los hijos de buena familia: una permanente tranquilidad de espíritu, como si la vida fuera un lugar cómodo y casi nada mereciera su preocupación.

La mujer de Santi, en cambio, se esforzó desde el primer momento por integrarse en el grupo. Quería ser una más, y su deseo de gustar era demasiado obvio. De hecho, no tuvimos con ella ningún conflicto ni recuerdo prácticamente ninguna tensión, pero ella siempre pedía más. Exigía formar parte del círculo, y esas cosas no se pueden exigir. Llegan solas o no llegan.

Un día miras álbumes de fotos. París. Cinco sonrisas amplias y abiertas, sin costuras que las tensen. Los ojos iluminados, con un resplandor casi de niño. La piel lisa y apetitosa como la del melocotón, el pelo brillante, los cuerpos elásticos.

Pasas la página y vienen a tu encuentro rostros que ya habías olvidado. En esta fotografía está Sergi, en esa, Carla. Mira, aquí coincidieron los dos. Y, de repente, él desaparece; y más adelante, ella. Éramos cinco. Después fuimos seis, siete. Volvemos a ser cinco. Las sonrisas menos rutilantes, los ojos más apagados, la piel un poco marchita, cuerpos de persona mayor.

Y después, Jan, Milena y Mei. Chisporroteo de alegría y de risas. La vida que echa a correr.

Y, con el acelerón, los años empiezan a pasar por delante de ti como si estuvieras inmersa en una película que pasa a cámara rápida. El catalizador son los hijos, que hoy son bebés de pecho, mañana párvulos que van al colegio con su bata de cuadros, pasado mañana niños y niñas que estudian ballet y juegan al *hockey*, y tienen exámenes, acuden a fiestas de cumpleaños y campamentos de verano y, al cabo de cuatro días, se convierten en adolescentes ariscos y lunáticos. Y tú, que todavía tienes veinte años y la cabeza llena de pájaros, te das cuenta de que tu hijo también tiene veinte años y de que eso no puede ser, de que quizá es cierto eso que dicen, que eres una mujer de cuarenta y cinco.

Vuelves a mirar las fotografías de los que un día desaparecieron y también de los que todavía están. Y caes en la cuenta de que tampoco están tanto, o de que ya no están tan cerca como antes, cuando erais un grupo de cinco que se enamoraba de la imagen que, juntos, os devolvía el espejo.

Os habéis alejado y vuelto a acercar cien veces, según las etapas por las que pasaba cada uno: ahora necesito aislarme, ahora querría que estuvierais y quizá sois vosotros los que necesitáis espacio, ahora que te necesito me cuesta encontrarte, después ya me he acostumbrado a estar sin ti.

A Ada, por ejemplo, la descalabró la muerte de su padre. Ni ella misma entendía por qué, pero el caso es que esa muerte lo removió todo: la relación con sus hermanas, su planteamiento de vida. Finalmente, tomó una decisión que pondría su mundo patas arriba. Ser madre era una aventura arriesgada y difícil, y pidió ayuda a Santi, que asumió el grato papel de amigo fiel y generoso. Los demás, quieras o no, nos quedamos un poco al margen y nos limitamos a observar con curiosidad si esa aproximación entre ellos dos acababa traduciéndose en otra cosa.

Mientras tanto, Mateu se volvió opaco. No sabíamos de su vida, ni de su pintura, ni de sus habituales y angustiosos problemas económicos. Yo lo llamaba y le dejaba mensajes, pero no obtenía respuesta o, como mucho, un lacónico «estoy bien». Empezaba a sentirme maltratada y Marc, que lo notó, me recomendó que no insistiera.

—¿Acaso sabes algo que yo no sé?

—Solo que ahora es mejor dejarlo tranquilo.

Unos días más tarde, como Marc no soporta la guerra fría y yo me mantenía atrincherada en mi silencio enfurruñado, me dijo que Mateu había vivido un amor devastador.

—Se ha enamorado hasta las trancas, ha vivido una pasión casi enfermiza y, ahora que se ha acabado, está hundido. Estoy atento, no sufras.

Pasaron un par de meses sin que supiéramos nada de Mateu. Cuando volvió, era como si le hubieran caído diez años encima. Estaba muy delgado, tenía bolsas en los ojos e iba mal afeitado, con el pelo demasiado largo y no muy limpio. La verdad es que tenía un aspecto lamentable. Reconoció que no dormía bien y que se alimentaba peor aún. Estaba sobreexcitado, hablaba y hablaba con un discurso reiterativo, atropelladamente, sin vocalizar demasiado. La verdad es que costaba lo suyo seguirlo.

Rápidamente me di cuenta de que ni yo ni ninguno de los demás teníamos la misma paciencia que antes ni nos dedicábamos con la generosidad que habría sido deseable a ese amigo en horas bajas. Todos teníamos trabajo y excusas: los niños, los horarios imposibles, los padres enfermos..., problemas de toda clase.

Cuando pasaba demasiado tiempo sin que tuviéramos noticias de Mateu, yo temía, con un gran sentimiento de culpa, que algún día nos llamaran para decirnos que lo habían encontrado tirado en el rellano de la escalera o que estaba ingresado en un hospital. Lo temía y me sentía culpable pero, cuando me proponía ir a verlo, me entraba una pereza infinita, porque sabía que la conversación se convertiría en un monólogo confuso y abrumador. El discurso giraría obsesivamente en torno a la soledad del artista, al desgaste emocional que comportaba aquel trabajo absorbente, al delirio provocado por la búsqueda infinita de originalidad y de ideas brillantes.

Ada me preguntaba: «¿Sabes algo del Artista?».

Y eso quería decir que ella tampoco hablaba con él. Tenía a la pequeña, no paraba, siempre hasta arriba de trabajo. Seguramente, Mateu ni siquiera se había acercado para conocer a Mei. No sé si Ada estaba dolida, pero seguro que creía que tenía cosas más importantes que hacer que estar pendiente de aquel amigo que, lo sabíamos todos, nunca terminaba de salir del pozo.

Con Santi mantenía una relación más fluida. Nos llamábamos a menudo, algún domingo iba a buscar a Ada y a la niña y venían todos a comer a Matadepera. Su vida también se había ido complicando. Poco después de su separación, su padre había caído enfermo. La madre de Santi se pasó un año y medio cuidando de su marido. Ya estaba bastante debilitada por la separación de su hijo y por la muerte de la tía Reme, así que, cuando su marido murió, parecía —a pesar de no haber cumplido aún los setenta— una viejecita encogida y arrugada como una pasa y con pocas ganas de seguir viviendo. Santi había pasado de disfrutar de un entorno confortable y lleno de afecto —padres, abuela, mujer— a celebrar las fiestas navideñas solo con su madre, que no dejaba de lloriquear y que no estaba de humor para cocinar ni para nada.

En definitiva, a cada uno la vida había ido cargándonos la mochila. Aunque todavía sentíamos que formábamos parte de un todo, nos ardían los arañazos que habíamos ido recibiendo a medida que avanzábamos por un camino cada vez más lleno de zarzas.

A veces pensaba que quizá, en realidad, ya no éramos amigos, pero que estábamos sentimentalmente atados a aquella amistad que durante años nos había sostenido. Quizá ya no estuviéramos pendientes los unos de los otros, pero nos negábamos a dejar de vernos como un conjunto. Era como si, durante nuestra juventud, un artista fabuloso nos hubiera inmortalizado en un retrato de grupo y todos estuviéramos enamorados de esa pintura.

Después de pasar unos años escalando las paredes más altas de Catalunya, y animado por Néstor —un loco de la montaña al que no se le conocía familia ni profesión y que nunca tenía suficiente—, decidí dar un paso más y apuntarme a la expedición que unos compañeros y él estaban organizando a los Alpes

suizos.

Para conseguirlo fueron necesarios meses de preparación física, un esfuerzo superlativo para robarle horas al trabajo, una considerable inversión de dinero y, sobre todo, de tiempo y de conversaciones para vencer los recelos de Lída. Yo disponía de un amplio abanico de argumentos que los compañeros del centro excursionista más experimentados me cedían gratuitamente. El día que le comuniqué que lo tenía decidido iba preparado con un arsenal de razones que avalaban mi decisión. Sin embargo, mi mujer se convirtió en una pared de hielo que no hubo forma humana de escalar. No había razones ni piolets que valieran.

Desde su punto de vista, no había nada que valorar ni que discutir porque partía de una certeza: practicar el alpinismo con mayúsculas era una actividad peligrosa y no había ninguna necesidad de asumir ese riesgo.

No se quejó —como yo había anticipado— de tener que quedarse sola con los niños durante tanto tiempo, ni del hecho de que tendríamos que restar esos días a nuestras vacaciones familiares de verano. Tampoco mencionó la cuestión del dinero ni ninguna otra cosa. Simplemente, estaba horrorizada por mi supuesta inconsciencia. Mientras la oía hablar, hubo momentos en que parecía que un accidente en la montaña fuera del todo inevitable y que yo estuviera yendo directamente a buscarlo.

Y, a pesar de todo, lo conseguí. Subí al Jungfrau, de 4.158 metros, la tercera cumbre más alta de los Alpes.

Tuvimos suerte y la montaña nos regaló un día sin viento ni demasiado frío. Aun así, reconozco que, si oía hablar a alguien del riesgo de aludes, me asaltaban las trágicas premoniciones de Lída, que ahuyentaba con una broma o con un simple movimiento de cabeza. La experiencia, dejando a un lado esos momentos de breve angustia, fue realmente gloriosa; y ese era el verdadero problema: Quería más.

Así que incrementé las horas de entrenamiento, y la preparación me ocupó todos los huecos que me permitía mi exigente vida profesional. Era inevitable que nuestra relación pagara las consecuencias. Lo veo ahora y lo veía entonces, mientras estaba sucediendo. No sé cómo explicarme. Era como cuando quieres llegar a la cima y sabes que el dolor que has empezado a sentir en la rodilla tendría que hacerte parar. Sabes que si pararas, si renunciaras a seguir, probablemente evitarías la lesión, pero hay un impulso que te empuja a seguir e ignorar la señal de alarma. Poner el cuerpo a prueba también forma parte de la emoción. Y justamente era eso lo que Lída no podía entender. A veces me lo preguntaba: ¿Qué placer puede provocar someter al cuerpo a tantas adversidades? El frío, el cansancio, las lesiones, las incomodidades, las heridas, el miedo, el peligro.

Dicho así parecía una auténtica lista de los horrores. Realmente, tendrían que haber pesado más todas esas penurias constatables que lo que había en el otro plato de la balanza, más intangible: la satisfacción de haber superado el reto, el orgullo de haberlo logrado, la euforia indescriptible de haber llegado a la cima.

Después del Jungfrau llegaron el Mont Blanc y las montañas del desierto de Atacama. Este último fue un viaje transformador. Lída lo detectó enseguida, y yo no lo negué. Había visto dunas de arena, salinas inmensas, oasis y géiseres. Cuando volví a casa todavía tenía los ojos tan llenos de belleza que no podía ver nada. Un velo cegador difuminaba todo lo que hasta entonces había sido importante. Y dentro de mí, en lo más hondo, la necesidad de pintar se convertía en una urgencia.

Unos meses después me propusieron subir un 8.000. Era la progresión lógica y quería hacerlo. El día que acepté formar parte de una expedición para subir al Everest sentí, literalmente, una llamada interior. Notaba el calor de las brasas, era como si todo lo que tenía dentro, hasta entonces frío y

endurecido, hubiera empezado a descongelarse.

A Lídia le pareció que aquello ya pasaba de castaño oscuro.

Decir que tenía un presentimiento sería exagerar y, sobre todo, ridículo. Presagio, augurio, mal fario... son palabras demasiado fuertes. Lo llamaría más bien una intuición. Desde pequeña siempre había sido intuitiva, como había demostrado el día que había elegido las gallinas violáceas para conseguir que Angelat se fijara en mí.

Esos días les pedí a los amigos que intercedieran. Mateu se negó: «¡Yo estoy de su parte! Tiene que hacer uso de su libertad. ¡Jamás lo frenaría!». Ada no se limitó a rechazar mi solicitud, sino que además consideró necesario censurarme severamente. En un santiamén diseccionó nuestra relación de pareja, que aseguraba conocer a la perfección. Me recordó que Marc había renunciado a su vocación para sacar adelante a una familia. Reivindicó su derecho a fabricarse una pasión que llenara ese vacío. Me recriminó que yo lo quisiera dócil a mi lado cuando estaba tan claro que, años atrás, lo que me había enamorado de él había sido precisamente su alma rebelde y creativa.

No me defendí. No me enfrenté a esa monstruosa mentira. Marc había abandonado la pintura para salvar la empresa familiar, a su madre, a sus hermanas. ¡No lo había hecho por mí! Yo era, en todo caso, la persona que lo había apoyado y que se había quedado a su lado a pesar de que él hubiera cambiado los planes que habíamos hecho en común.

No me defendí porque en aquel entonces ya me sentía vencida, maltratada por todos, menospreciada.

Santi fue el único que, desde su bondad, intentó hablar con Marc, no tanto para convencerlo de nada como para que reflexionara antes de tomar una decisión. Como yo, también él valoraba la calma y creía que había que preservarla. ¿Qué sentido tenía ponerla en riesgo innecesariamente?

Pero, como era de esperar, no hubo nada que hacer. Hasta mi suegra consideró oportuno animar a su hijo a escalar el Everest: «¡Pues claro! ¡Te lo mereces, Marc! ¡Después de lo que has hecho por nosotros durante todos estos años!». Total, solo existe el riesgo de sufrir un edema pulmonar o cerebral, de que se te congelen las extremidades o de que un alud te deje sepultado para siempre.

De modo que Marc, animado y admirado por todos, empezó a prepararse en serio para la expedición. A mí me tocó, ya entonces, el papel de la mujer victimista y refunfuñona. No era mi papel natural, hacía que me sintiera absolutamente incómoda y me avergonzaba. Pero fui incapaz de deshacerme de él.

Y así fue cómo el fabuloso viaje al Nepal para subir al Everest se convirtió a la vez en el reto más apasionante de la vida de Marc y en un escollo para nuestro matrimonio. Y yo sabía que existía un riesgo real de que la cordada acabara cediendo.

Se marcharon a finales de marzo e iban a estar fuera casi dos meses. Según él mismo había dicho, a Marc solo había una cosa que lo traía a maltraer: no le gustaba pasar tanto tiempo sin ver a los niños. Por lo demás, se iba contento, entusiasmado, convencido de lo que hacía.

La noche antes de viajar me prometió, eso sí, que esa sería la última aventura: «Ya empiezo a estar mayor. Cuando vuelva me dedicaré de lleno a vosotros, no sufras».

Hablamos por teléfono regularmente durante los días que pasaron en Katmandú acabando de gestionar los permisos, preparando el avituallamiento, embalando la carga. Después volaron a Lukla, puerta de entrada al país de los *sherpas*, y las llamadas empezaron a espaciarse. Tardaron ocho días en

cruzar el valle, tiempo suficiente para que el cuerpo vaya aclimatándose a la altitud. Ya no hablábamos mucho rato por teléfono. Nos comunicábamos con mensajes lacónicos y escasos.

En realidad, recuerdo que pensé, habría preferido interrumpir del todo la comunicación desde el día que llegaron a Lukla. Nunca había sentido a Marc tan lejos, y no hablo de la distancia física. Estaba en otro mundo, guiado por otras coordenadas. Si yo era terrícola, él era alienígena. O al revés.

La última vez que hablamos por teléfono me contó que habían hecho una ceremonia con los *sherpas* para pedir el favor de los dioses para la escalada. Su voz me llegaba opaca, metálica, extrañísima. Y me dio vergüenza decirle a esa voz que lo echaba de menos, que tuviera cuidado, que cuando todo eso pasara volveríamos a querernos. Así que no le dije nada. Solo «que tengáis suerte».

Él iniciaba su ascenso hacia el cielo, yo mi particular descenso al infierno.

Tercera parte

Sábado,  
25 de abril de 2015

Cuando, de buena mañana, salía a caminar, siempre se enfrentaba al mismo dilema: escuchar las noticias de la radio y empezar el día informada o regalarse una hora de la mejor música, la que más le gustaba, que llevaba grabada en el iPod.

Ese día, ese sábado, escogió la segunda opción: «¡Es fin de semana, qué demonios!». Quería empezar el día de buen humor y fue saltando de Amy Winehouse a Vinicio Capossela, que aseguraba que empezaba *Una giornata perfetta*.

Y ocurrió de nuevo: la música la puso de buen humor, y le pareció que ese sábado de primavera era un regalo a punto de ser desenvuelto. Se hizo buenos propósitos: llamaría a sus amigos y los invitaría a cenar, haría el cambio de armario, por la tarde llevaría a Milena al cine y, por la noche, cuando hablara con Marc, no terminaría la conversación con el «¡Ten cuidado!» de costumbre, que era estúpido, innecesario y que hacía que se sintiera mal.

Empujada por ese espíritu positivo, a pesar de estar ya cerca de casa, dio media vuelta y dirigió sus pasos hacia la panadería. Compraría una coca de piñones y de azúcar recién hecha; los niños lo celebrarían encantados cuando se despertaran. Todavía no había nadie en la calle. Solo saludó al vecino, que había salido a correr y que le respondió levantando un segundo la mano derecha, y a la señora Fité, que paseaba a su perrita y no la vio porque sus párpados seguían todavía bajo el efecto del sueño.

La panadera, en cambio, estaba muy despierta. El pelo recogido y la cara limpia, sin rastro de maquillaje, le daban un aspecto más joven. «Buenos días, Lidia, ¿qué haces levantada tan temprano?» Envolvió la coca con un golpe de muñeca.

Volvió a casa disfrutando del trayecto y sin ninguna prisa. Cuando ya estaba cerca, incluso se sentó un momento en un banco porque Jovanotti le decía *a te che sei l'unica amica che io posso avere, l'unico amore che vorrei* y no quería dejarlo con la palabra en la boca.

Y fue allí, sentada en el banco, cuando sacó el móvil del bolsillo de la sudadera y lo miró, más que nada para entretenerse mientras tarareaba la canción: *a te che sei, semplicemente sei, compagna dei giorni miei...*

Doce llamadas perdidas.

Se le aceleró el corazón, contradiciendo el ritmo decreciente de los últimos acordes de la canción. Se arrancó los auriculares de los oídos y le pareció que el silencio de esa mañana de sábado le estallaba en la cabeza.

Agradeció los ruidos que poco a poco fueron llenando el vacío: el zumbido de un abejorro junto a la oreja, el rugido de una moto a lo lejos y, finalmente, las campanas. El silencio iba cortándose y perdiendo densidad mientras ella intentaba desesperadamente poner la mente en funcionamiento.

Fue al registro de llamadas: su suegra, Santi, su hermana, otra vez su suegra, Ada, su madre, Ada, Santi, su suegra, un número desconocido, su hermana, Mateu.

Y lo primero que le vino a la mente fueron los niños, a los que había dejado dormidos en casa solos. ¡Los niños! Una costumbre profundamente enraizada desde que habían nacido. Pero después llegó el segundo pensamiento, rápido y cegador como un rayo en mitad del cielo negro: Marc.

La casa estaba en silencio. Los niños dormían. Se sentó en el sofá del comedor y llamó al primer número de la lista de llamadas mientras, con la otra mano, cogía el mando de la tele y la encendía.

Y entonces todo comenzó a ocurrir por duplicado. Mientras su suegra soltaba palabras entre sollozos —terremoto, Marc, alud, Nepal—, las imágenes de la televisión le llenaban los ojos de horror. El infierno le entraba por el oído y por la vista pero, a pesar de ello, no llegaba a instalársele del todo en el cerebro. Impermeable a la lluvia de informaciones aterradoras, su pensamiento racional rechazaba la realidad.

Cuando su suegra por fin colgó —ahora mismo vamos para allá, no te muevas—, ella obedeció y se quedó quieta, sentada en el sofá, con el móvil en una mano y el mando de la tele en la otra.

Pasó un rato, elástico como un chicle —pudo ser un minuto o treinta—, y, finalmente, reaccionó. Lo llamaría. Lo primero que tenía que hacer era llamarlo. Cogió el teléfono y buscó la lista de contactos, pero era imposible encontrarla. ¿Cómo se hacía para llegar a ella? De repente, el móvil era un aparato diabólicamente complicado y la pantalla, un enigma indescifrable. Con un gran esfuerzo de concentración, logró encontrar los favoritos y vio su nombre en la lista: Marc. Pulsó la pantalla como si quisiera partirla y se pegó el aparato a la oreja. No se oyó nada. Un silencio total, como el silencio de la montaña helada.

Minutos más tarde, la casa se llenó de gente. La madre de Marc, sus hermanas —una, con su marido—, Santi y Ada. Su hermana Magalí estaba de camino, a punto de llegar. Lúdia seguía sentada en el sofá, acariciando la cabeza de Milena, que se había acomodado en su regazo. Alguien le había llevado una taza de tila que se tomaba a pequeños sorbos. Todos estaban conectados: el teléfono, el ordenador, la televisión. Querían saberlo todo. Ella, en cambio, habría preferido no saber nada, poder salir de allí corriendo, alejarse de los teléfonos y de la radio. Huir.

El terremoto había alcanzado los 7,8 grados en la escala de Richter. Los medios destacaban que se había producido justo cuando acababa de empezar la temporada de escalada en el Everest.

Santi había conseguido contactar con el centro excursionista, que le había facilitado algunos teléfonos. La embajada de España en Nueva Delhi era el centro de coordinación para intentar localizar a los desaparecidos.

—Voy a llamar —dijo Santi con la voz trémula, los ojos turbios y la sonrisa solamente a disposición de Lúdia, como una caricia.

Al cabo de unas horas, sus cuñadas decidieron llevarse a los niños y a su suegra y pasar así su angustia en otro sitio. Todos estaban nerviosos y el ambiente era irrespirable.

Ada y Magalí estaban sentadas junto a Lúdia en el sofá y procuraban encadenar, uno tras otro, pensamientos positivos. No es extraño que no coja el teléfono, seguro que las comunicaciones son difíciles. Ya verás como pronto tendremos noticias del centro excursionista. Tienen a un montón de gente trabajando para saber algo. Ánimo, Lúdia. Ánimo.

Santi se acercó a las mujeres mientras se despedía de alguien al teléfono: «Vale, muchas gracias, seguimos en contacto».

Lúdia levantó la mirada e inmediatamente volvió a bajarla. Con la expresión de Santi bastó para saber que no tenía ninguna buena noticia. No la noticia que quería oír.

—A ver, escuchad: un alud ha afectado —le habían dicho «sepultado», pero no había podido evitar suavizarlo— a algunos campamentos base en la parte nepalí del Everest. De hecho, ha habido aludes en todo el Himalaya. Las comunicaciones en toda la zona son muy complicadas, pero han llegado algunos mensajes de texto. Hay, por tanto, supervivientes en los campos base. Les preocupan los que ya habían iniciado la escalada.

—¿Marc estaba escalando?

—No, tenían intención de empezar a subir mañana.

La respuesta de Lúdia provocó un estallido de alegría en el comedor. La tensión tenía que liberarse de alguna manera y, de pronto, todos lloraban y reían a la vez. Lúdia los miraba estupefacta. ¿Qué celebraban? ¿Acaso no entendían que Marc debía de estar bajo la nieve, que por eso no cogía el teléfono, ni llamaba, ni siquiera mandaba un mensaje que dijera un simple «Estoy vivo»? Qué patéticos le parecían todos en ese momento, aferrándose a un clavo ardiendo y queriendo creer que si no había empezado a escalar lo más probable era que estuviera vivo. Como si no hubieran oído la radio y la televisión repitiendo una y otra vez que los aludes habían sepultado —ella lo había oído, había oído la palabra «sepultado»— los campos base.

Lo único cierto es que iban pasando las horas y Marc no daba señales de vida. Señales de vida. Hasta ese momento nunca había captado el sentido de esa expresión, a pesar de todas las veces que la había usado o la había oído. «¡Oye, cuando llegues, da señales de vida!» Ahora iba en serio. Necesitaba, más que nada en el mundo, que Marc diera señales de vida, que le dijera que estaba vivo.

A primera hora de la tarde vieron en la televisión a un alpinista italiano que estaba en el campo base sobre el que había caído un alud que se había precipitado desde el pico Pumori. Contaba que había heridos y desaparecidos, que habían levantado un hospital de montaña, que la situación era caótica porque los helicópteros no podían acceder al lugar para recoger a los heridos debido a que nevaba y hacía mal tiempo.

—Hemos oído crujir la montaña —decía el italiano con los ojos enrojecidos y la voz rota—. Después... madre mía, no se veía nada, oíamos gritar a los compañeros. Ha cundido el pánico.

Fue entonces, después de oír aquello, cuando Ada se levantó y apagó el televisor. Lúdia protestó débilmente, pero su hermana la hizo callar con un gesto que era una especie de abrazo. Se quedaron las tres allí sentadas, cogidas de las manos, viendo cómo Santi se paseaba de un lado al otro del salón con el teléfono en la mano. Se ponía en contacto con las familias de los compañeros de Marc, pero nadie sabía darle nuevas informaciones. Por fin, después de haber hablado con alguien del Ministerio de Asuntos Exteriores, miró a las tres mujeres y les contó que el terremoto había complicado extraordinariamente las comunicaciones y que Exteriores quería dejar claro que las ciento cincuenta personas no localizadas no se podían dar aún por desaparecidas.

Mateu llegó por la noche. Lúdia dejó que la besara y la abrazara y accedió a salir con él a caminar un poco por el jardín. «A que te dé el aire», dijo el Artista con un tono de voz que Lúdia no le había oído usar nunca, el tono del desasosiego, él, que era tan valiente que se habría metido en un túnel para estar dentro cuando pasara el tren.

Ahora era ella la que estaba dentro del túnel, pegada a la pared y esperando oír a lo lejos el silbido del tren. Y cuando eso ocurriera, lo único que podría hacer sería cerrar los ojos y esperar a que pasara.

—No tengo valor, Mateu. No tengo valor.

—Yo me quedaré contigo —respondió él, afectuoso.

Y en ese momento Lúdia sintió un pequeño consuelo a pesar de saber que, si el tren pasaba a toda velocidad llevándose todo por delante, si aquello que tanto temía terminaba confirmándose, si Marc no volvía, nadie, ni Mateu ni nadie podría acompañarla de verdad en aquel mal trago. Nos acercamos a la gente que sufre, buscamos palabras de consuelo o admitimos que no las tenemos, los abrazamos, pero todos sabemos que el dolor, esa mezcla de tristeza y de miedo, se espesa a medida que van pasando las horas y, cuando te das cuenta, se ha vuelto duro como una piedra y ya no hay modo alguno de partirlo y, por tanto, tampoco de compartirlo.

Cuando empezaba a caer la oscuridad, Santi consiguió contactar con un representante de la embajada española. Salió a hablar al jardín y se sentó en el porche. Tenía la cabeza gacha, como si quisiera encajarla entre los hombros. Lúdia lo veía de perfil desde dentro y, al ritmo que iba menguando la luz, sentía que iba perdiéndose el último hilo de esperanza.

Al ver que su amigo hacía el gesto de levantarse, ella lo imitó. Ada, a su lado, hizo lo mismo. Lo esperaron de pie y Santi, en cuanto entró a la casa, contrajo la cara y dejó escapar un sollozo. Enseguida contuvo el llanto y se recompuso, sacudiendo levemente el cuerpo y acompañando el gesto con una tos pequeña y forzada.

Mateu había cruzado deprisa la habitación, con unas zancadas amplias y decididas, hasta plantarse delante de él. Le puso las manos sobre los hombros y dijo su nombre muy bajito para obligar a Santi a que lo mirara.

Debió de durar apenas un minuto escaso. Durante las horas que siguieron, Lúdia rebobinó la escena cientos de veces. Era un ejercicio masoquista que no podía evitar. Le parecía —sabía que no podía ser y aun así se lo parecía— que durante ese minuto el corazón había dejado de latirle en el pecho.

Sus latidos se habían acelerado muchísimo al ver que fuera, en la galería, Santi acababa su conversación telefónica y se levantaba. Pero cuando lo vio entrar, con esa mirada que parecía cubierta de escarcha, el corazón se le quedó encallado y se le paró. Y así había quedado, en suspenso, paralizado, muerto, mientras su cuerpo seguía actuando. Mientras ella se levantaba y Ada lo hacía a su lado, mientras Santi dejaba escapar un sollozo que era como un ronquido e inmediatamente agitaba el cuerpo como para sacudirse el llanto de encima. Y su corazón seguía inmóvil cuando Mateu cruzó la sala hasta plantarse delante de su amigo y clavarle las uñas en los hombros, obligándolo a hablar.

Un minuto escaso durante el que Lúdia anticipó las palabras. Marc ha muerto. Marc ha muerto. Marc muerto.

—Habla, Santi. —El tono imperativo de Mateu, que lo sacudía.

—Marc ha muerto.

Lúdia lo oyó, y en su interior las palabras se repitieron en un eco infinito. Pero Santi no había dicho eso. Santi había dicho:

—La embajada tiene una primera lista con los nombres de los españoles heridos ingresados en los hospitales. Marc no aparece en ella.

Después de eso, Lúdia sintió que el corazón volvía a ponerse en marcha y, por fin, al mismo tiempo, empezó a llorar.

Le sobraban los motivos para ello. Lloraba porque aquella iba a ser la última aventura de Marc en la montaña, tal como él le había prometido. Lloraba porque había tenido un oscuro presentimiento, negro como el hollín, y no le había hecho caso. Lloraba porque la idea de decirles a sus hijos que su padre no volvería la aterraba. Lloraba por el hecho de que el largo viaje que Marc y ella habían iniciado hacía

veinticinco años pudiera acabarse bruscamente y antes de tiempo, sin la oportunidad de despedirse ni de darle las gracias por ese amor de larga duración, ese amor que ella había seguido dando por bueno hasta en esos últimos tiempos de desgaste y de incompreensión.

La noche se les hizo muy larga, larguísima. Durmieron apenas un par de horas, arrellanados unos encima de los otros en el sofá, y Santi los despertó con las primeras noticias del día.

—El día ha amanecido despejado en el Himalaya, con tiempo estable —decía, emocionado—: ¡Los helicópteros pueden despegar!

Eran, esta vez sí, buenas noticias. Ahora sí que podrían llegar al campo base. Pronto tendrían noticias sobre los supervivientes y los muertos. Los heridos serían por fin trasladados a los hospitales de Katmandú. Como es habitual, la primera luz del día, la luz de ese domingo de primavera, fue disipando poco a poco la negra angustia.

En la televisión, las autoridades del ministerio centraban sus informaciones en la repatriación de los españoles localizados en Nepal después del terremoto, más de trescientos. Querían asegurarse de que todos los que quisieran salir del país pudieran hacerlo, y no era empresa fácil, dada la precaria situación de los aeropuertos de Delhi y de Katmandú.

Mientras tanto, decía el ministro, continuaba la búsqueda de los más de cien desaparecidos.

Más de cien. Más de cien Marcs. Más de cien focos de dolor. Más de cien noches en vela. Más de cien corazones parados.

Durante todo el día, Ada, Mateu y Santi se turnaron para hablar con la embajada. La búsqueda consistía, básicamente, en cruzar los datos que ellos tenían con los que ofrecían los familiares de las personas desaparecidas. No había todavía confirmación de que hubiera muerto ningún ciudadano español, repetían.

Los contactos con los españoles que se encontraban en Katmandú en el momento del terremoto se aceleraban, y la lista de desaparecidos iba menguando. El problema persistía, en cambio, a la hora de localizar a las personas que se encontraban en la zona del Himalaya. Las comunicaciones estaban cortadas. En esa zona el terremoto había hecho mucho daño y la situación era de caos absoluto.

La madre de Marc llamaba a Lúdia y le preguntaba si quería ver a Jan y a Milena. Era una pregunta que se le clavaba en el centro del pecho como un cuchillo afilado. Sí, claro que quería verlos. Quería abrazarlos, comérselos a besos. Pero quería hacerlo para decirles que su padre estaba bien y que volvería. Mientras tanto, no se veía con fuerzas.

Pasaba las horas dándole vueltas a ristas de promesas absurdas. Si vuelve, no me pelearé más con él. Si vuelve, seremos felices siempre, del todo, todos los días. Si vuelve, nos querremos más que nunca, como nadie se ha querido nunca.

A última hora del domingo la cifra de muertos del terremoto superaba los cuatro mil. La televisión ofrecía las imágenes registradas por un dron que sobrevolaba Katmandú. La destrucción era estremecedora. Miles de personas, decían los informativos, pasaban la noche al raso por temor a las réplicas.

Lúdia veía pasar las imágenes ante sus ojos y el corazón no se le conmovía ni un ápice. No podía entender ningún dolor que no fuera el suyo, no quería admitir que pudiera existir una destrucción mayor que la que sentía en su interior. Estaba en el epicentro del sufrimiento, ese sufrimiento que nos vuelve absurdamente egoístas, ajenos a la compasión y a la solidaridad. Justo en el momento en que el dolor nos

hace iguales a cualquier otro ser humano, justo entonces nos encerramos en nuestra tristeza como en un búnker. Y los generosos se vuelven miserables, y los amigos pierden la capacidad de consuelo y las madres llegan a ignorar el dolor de sus hijos.

Ada, dando muestras de una actitud solícita que parecía haberla convertido en otra persona, le ofreció algo de comer. Cuando Lída se negó a aceptar nada, Mateu intentó convencerla de que era mucho mejor que aceptara un gin-tonic.

—Dejadla en paz. —La voz sensata de Santi acudió a rescatarla de unas muestras de cariño que la abrumaban un poco. Lída estaba más acostumbrada a cuidar a los demás que a dejarse cuidar.

A pesar de todo, se preguntó cuánto más duraría esa dedicación, cuántos días seguirían haciéndole compañía sus amigos, cuántas llamadas recibiría las primeras semanas y cómo irían espaciándose cuando todos retomaran sus vidas (todos, menos Marc). Cuánto tiempo pasaría hasta que se encontrara en esa casa, sentada en aquel mismo sofá, una noche sola, sola, sola.

Miraba a sus amigos, que en ese momento estaban sinceramente angustiados por la espera. Los imaginaba trastornados si se confirmaba el peor de los pronósticos. Los tres habían querido mucho a Marc. Quizá Ada había estado un poco enamorada de él (pero no había sabido entenderlo), Mateu lo admiraba profundamente como artista (y, por lo tanto, no le perdonaba que hubiera abandonado la pintura) y Santi tenía una confianza absoluta con él (a pesar de que Marc no había llegado a conocer su otra cara, la que Lída sí había atisbado gracias a su exmujer).

Cuando oscureció y dio comienzo la segunda noche de espera, alguien deshizo un válium en el vaso de leche que Lída se tomó sin ganas. La pastilla —sumada al agotamiento— hizo su efecto, y durmió seis horas seguidas. Cuando se despertó tenía ojos de loca y, al principio, no recordaba nada de lo que había ocurrido. En cuanto, con la ayuda de los demás, volvió a la realidad, se levantó de pronto y dijo:

—Ah, sí, ya me acuerdo. Marc está muerto.

Tuvieron que convencerla de que no era cierto. No sabían nada de Marc, no tenían ninguna noticia de él, pero la embajada insistía en que eso no llevaba a pensar en un desenlace fatal. Las voces sonaban convencidas, pronunciaban las palabras con rotundidad —fatal, embajada, desenlace—, pero Lída veía en sus ojos el escepticismo que ella misma sentía.

Llegó la madre de Marc, pálida y ojerosa, y Lída la abrazó maquinalmente mientras pensaba en lo injusto que era que esa mujer, que había perdido a su marido antes de tiempo, perdiera también a su hijo. Qué desgracia. Lo pensaba porque tenía que pensarlo, pero con una frialdad implacable, pues no compartía con su suegra ni una pizca de su granítico dolor. Y, de no haber sido porque no estaba demasiado lúcida, Lída habría pensado que, puesto que su suegra no había establecido con ella ningún vínculo que no fuera el de querer a Marc, si Marc estaba muerto, ya nada la ataría a aquella mujer que en ese momento lloraba junto a ella.

Sin embargo, fue la suegra quien convenció a Lída de que convenía abrazar a los niños. Los vio entrar con aquellos ojos asustados y los abrazó, besándolos entre lágrimas, y, por primera vez, pensó en su marido con rabia. Fue un pensamiento fugaz, visto y no visto, pero la semilla había quedado viva dentro de ella y se reavivó de vez en cuando durante las horas siguientes. Rencor, porque Marc, finalmente, había resultado ser un imprudente y había puesto en riesgo su vida. Y aquellos niños se quedarían, tan pequeños, sin padre. Y ella se quedaría sola.

Sus padres, que habían viajado desde Girona, acababan de entrar al comedor de su casa, tenuemente iluminado por un sol de media mañana que calentaba levemente los corazones. Su madre la abrazó. Fue uno de esos abrazos de madre sólidos y consistentes —protectores—. Su padre, que se había quedado un

poco retrasado, le ofrecía una sonrisa forzada que nada tenía que ver con su mirada seria.

Cuando volvieron a sentarse, Lída paseó la mirada por la habitación. Estaban sus padres, su hermana, sus mejores amigos. En la galería, Jan y Milena. Allí, en esos treinta metros cuadrados, estaban quienes más la querían. Aun así, se repitió que si Marc estaba muerto, ella se quedaría sola.

Y así fue como, viajando del miedo a la rabia y de la soledad a la tristeza, pasaron unas horas que transcurrieron lentísimas, como serpientes que avanzaban sinuosas hacia el atardecer.

Empezaba a oscurecer cuando Santi, que se había erigido en el jefe de operaciones y había convertido su móvil en una centralita, atendió una llamada y comenzó a gesticular con los brazos, mandando callar a todo el mundo. Ada, que ya se iba para pasar la noche con su hija, se detuvo en el umbral. Mateu corrió a sentarse al lado de Lída, y esa urgencia la alarmó un poco. Estaba claro que había alguna novedad, alguna noticia. La expresión de Santi no dejaba lugar a la duda.

Cuando Santi terminó la conversación, se produjo un silencio sepulcral y él tragó saliva antes de decir:

—Al parecer lo han encontrado en un hospital de Katmandú. Estaba inconsciente pero ya se ha despertado.

Lída jamás habría imaginado que el agradecimiento pudiera calibrarse. Y, sin embargo, en ese momento sentía un agradecimiento denso y pesado que le llenaba todo el pecho. Era un peso agradable, como cuando te abrigan con una manta de lana de las de antes. Un peso cálido y bueno, como el peso de Marc sobre ella.

Cuesta reconstruir el relato de lo que ocurrió tras las palabras de Santi. Abrazos, llamadas, llanto, más abrazos. Una llamada del embajador les confirmó oficialmente que Marc Daura Torrents estaba ingresado en aquel hospital; pronto le facilitarían un teléfono para que la familia pudiera hablar con él.

Mientras tanto, las noticias informaban de la muerte de más escaladores —ya eran diecisiete— y de los sucesivos temblores que iban afectando a Nepal y que mantenían a la gente, asustada, en las calles.

En circunstancias normales, por ejemplo si hubieran localizado a Marc al enterarse del terremoto, imaginarlo herido y solo en el hospital de un país destruido, a merced de cualquier clase de desastre, habría hundido a Lída en la desesperación. Pero en ese momento, después de haberlo dado por muerto, saber que estaba en esa cama de hospital era todo lo que necesitaba para sonreír.

Cogió a Jan y a Milena y los abrazó hasta que los niños empezaron a quejarse, y después salieron los tres a pasear un poco. De pronto, la necesidad de aire fresco la empujó al exterior y los demás la vieron salir. Jan, que ya era más alto que ella, le había rodeado los hombros con el brazo y Milena caminaba a su lado, cogida de su mano y andando a un ritmo alegre —dos pasos, un pequeño salto—, que parecía una danza.

En cuanto Lída salió por la puerta, Santi y Ada rompieron a llorar, como si se hubieran puesto de acuerdo. Mateu se acercaba alarmado a uno y luego al otro, hasta que su absoluta incapacidad para consolarlos —no encontraba ni las palabras ni los gestos— provocó la risa de los tres.

Y entonces, entre risas, sonó el móvil de Santi, que contestó con un:

—¿Sí, hola?

Y se le iluminaron los ojos mientras pronunciaba su nombre:

—¡Marc!

Y mientras le preguntaba cómo estaba y le decía «Qué alegría me da oírte», gesticulaba para pedirle a Ada, a Mateu y a los demás que fueran a buscar a Lída, que era a Marc en persona a quien tenía al teléfono, a Marc vivo.

Pero no dieron con ella, y Marc tuvo que colgar porque estaba usando el móvil de alguien a quien prácticamente no conocía; y, cuando ella volvió a la casa, no sabían cómo decírselo, y Lída juró que no se alejaría ni un centímetro del teléfono de Santi hasta que Marc volviera a llamar.

—Me ha dicho que se encuentra bien, que no se acuerda de nada y que cree que pronto le darán el alta.

Mateu y Ada se fueron a Barcelona y Magalí, la hermana de Lída, también se marchó porque tenía que irse a trabajar. La familia de Marc se fue a casa.

Los padres de Lída, que se quedaron a dormir en Matadepera, dieron las buenas noches y se llevaron a los niños a la cama; Lída y Santi se tomaron por fin una copa de vino para celebrar la calma y el silencio y pasaron, por tercera vez, la noche en el sofá, pendientes del teléfono.

La llamada llegó con la primera luz de la mañana —¿Qué día era?—, y Lída pudo finalmente oír la voz de Marc, que sonaba animado y muy despierto y que le decía que ya había salido del hospital, que la conmoción cerebral no había dejado secuelas y que parecía que podría volver pronto a casa, quizá en un par o tres de días.

En Matadepera, el aire de esos últimos días de abril era un aire limpio —el lunes había llovido un poco—, y a mediodía las temperaturas llegaban a los veinticinco grados. Las encinas estaban tapizadas de flores.

Marc no volvió a casa hasta el viernes, 1 de mayo. Su amigo Néstor y él habían querido pasar al menos un par de días en Katmandú intentando ayudar a las personas que habían conocido durante su estancia previa al terremoto.

Cuando Lída y Marc se abrazaron en el aeropuerto, él le dijo que se había ido de Nepal con sentimiento de culpa, y ella tuvo que apartarse un poco para mirarlo a los ojos y comprobar que realmente hablaba en serio. Y en los ojos de su marido vio el miedo, el frío, la miseria, el dolor y una compasión infinita. Demasiadas cosas. Un mundo.

Para Marc, los primeros días fueron un trasiego constante: revisiones médicas, visitas de amigos, reuniones de trabajo y largos ratos con sus hijos. Quería recuperar el tiempo perdido durante y, sobre todo, antes del viaje a Nepal. Y ese era solo uno de los propósitos que se había hecho durante el vuelo de regreso. A partir de ahora —estaba seguro de que Lída así lo intuía— su vida no sería como antes. Había ocurrido un terremoto.

Para Lída, haber recuperado a Marc, tenerlo a su lado, oír su voz, abrazarlo... era un milagro diario. Había pasado setenta y dos horas creyendo que había muerto, había imaginado que no volvería a verlo, que tendría que decirle adiós sin abrazarlo y resignarse a pensar, por siempre jamás, en su cuerpo amado dormido en los glaciares del Everest, estúpidamente conservado, joven por los siglos de los siglos.

Hasta antes de lo ocurrido en Nepal, Marc era el hombre con el que convivía desde hacía más de veinte años, el padre de sus hijos, alguien que apenas le recordaba vagamente a aquel chico ávido de experiencias, lleno de talento, con una mirada encendida y un pelo oscuro que se le rizaba un poco en la nuca y con esa piel que olía a almendras tostadas. Ese hombre que había ido perdiendo el brillo de la juventud y se había convertido, muy poco a poco, en el padre de familia responsable, en el hijo solícito, en el compañero comfortable.

Y de pronto, el temor a perderlo le había sacado lustre al amor de antaño, como un trapo para el polvo arranca brillos a la madera de nogal de la antigua cómoda. Qué lamentable y patética se sentía cumpliendo con ese tópico según el cual solo volvemos a considerar valioso aquello que corremos el peligro de perder. Como el niño que de pronto quiere el juguete que ha elegido su amigo.

Cuando Marc volvió a casa, vivieron los primeros días sumidos en una especie de euforia sentimental, y cualquier cosa les resultaba relevante, divertida, emocionante hasta las lágrimas. De noche, el lecho matrimonial volvía a ser esa isla pequeña y luminosa en la que Lidia se sentía en lugar seguro.

Al día siguiente, hablaba con Ada o con Mateu, con Santi o con su hermana, y buscaba las palabras más hermosas para expresar su amor renovado. De todos los interlocutores, Santi era el que se mostraba más receptivo. Compartía un poco el estado de ánimo de Lidia porque también él se había vuelto a enamorar. Los otros dos, en cambio, la escuchaban preocupados, y se confesaban mutuamente su aprensión, porque ambos hablaban a menudo con Marc y sabían que el repentino reverdecimiento del amor de su mujer no parecía habersele contagiado, más bien todo lo contrario.

Marc había vuelto de su experiencia en Nepal, de su proximidad con la muerte, convencido de que hasta entonces, de alguna manera, había desperdiciado su vida. No se arrepentía de nada en concreto, pero quería, a partir de ese momento, pensar y actuar de una forma distinta. Entre sus propósitos había dos que eran prioritarios: hacer algo por los que sufren —ayudar de alguna manera a las familias que había dejado en Nepal sin casa y que sabía abandonadas a su infortunio— y volver a pintar.

Sus amigos estaban de acuerdo en que eran objetivos nobles, pero observaban con recelo cómo el nuevo Marc, más intrépido y resuelto, no tenía intención de permitir que ni nada ni nadie lo alejara de ese nuevo camino.

Y, como Mateu y Ada conocían bien a Lidia, ambos temían que ella y su repentino reenamoramiento terminaran siendo, más pronto que tarde, un obstáculo.

Sus temores tardaron apenas tres meses en confirmarse. Alguien que Marc había conocido en Nepal lo llamó y le dijo que una ONG había organizado un viaje de ayuda a los afectados por el terremoto. El país no lograba recuperarse y vivía una situación desesperada.

Marc reaccionó con celeridad y gran clarividencia: aprovecharía el mes de agosto, sus vacaciones, para volver a Nepal. Dijo que sabía que tenía que hacerlo, porque haberse ido del país inmediatamente después de aquel desastre, sin poder ayudar en nada, había dejado en él un gran sentimiento de culpa que por fin podría paliar.

Así se lo comunicó a sus amigos en el curso de una cena durante una cálida noche de julio en el jardín de su casa. La alegría que transmitían sus palabras y, sobre todo, sus ojos, encendidos como antorchas, provocó una oleada general de simpatía.

Al cabo de unos días, Santi llamó para decirle que Llum, su nueva pareja, y él se sumaban a la aventura. No tenían planes para el verano y el entusiasmo de Marc los había seducido.

Llum hacía honor a la luz de su nombre: era una mujer franca, positiva, de sonrisa y caderas anchas, buen color de piel y, en palabras de Ada, un poco simple. Cuando hablaba, daba golpecitos, ligeros pero terriblemente molestos, en el brazo o el hombro de su interlocutor. Tenía otras manías que también fastidiaban a Ada, como repetir frases supuestamente graciosas un par o tres de veces. Le traía sin cuidado si era ella u otro quien había hecho la broma en cuestión. Si la recibían con sonrisas, ella la repetía, por si no había quedado clara o, quién sabe, quizá para alargar el momento distendido.

Esas pequeñas cosas ponían nerviosa a Ada, pero cuando las había comentado con Lúdia, esta la había hecho callar y le había recordado que Santi estaba enamorado de Llum y que se lo veía feliz, y que ya le tocaba. «No lo estropees», le dijo claramente, consciente de la complicidad que existía entre Ada y Santi desde que habían vuelto de China con Mei.

Por una vez, Ada se comportó y soportó con paciencia aquellos fastidiosos golpecitos y la repetición de los chistes.

Así pues, Llum y Santi se fueron finalmente con Marc y con dos miembros de la ONG a principios de agosto. Cuando el avión despegaba, Mateu y Ada miraron de reojo a una Lúdia de gesto impertérrito y ambos intuyeron al unísono que las nubes de tormenta se acercaban hasta situarse justo sobre sus cabezas.

Al día siguiente, Lúdia, Ada y sus hijos respectivos se instalaron en un apartamento de la Costa Brava que habían alquilado para pasar allí tres semanas. Fueron días de playa que se alargaban hasta la puesta de sol. Jugaban a las palas, construían castillos de arena y leían en voz alta las cartas que llegaban de Nepal.

Queridos:

Los días pasan muy deprisa. Aquí la vida ha retomado su ritmo, lentamente y a pesar de las dificultades. Es increíble las ganas que tiene esta gente de superar el desastre, cómo han recuperado el ímpetu por luchar, quizá con más energía que antes del terremoto. Nadie quiere acordarse de esos días dramáticos y todos miran adelante.

El país ha reverdecido con la llegada del monzón. De noche vemos una luna blanca y brillante y parece mentira que hace apenas tres meses todo temblara y el país se hundiera. Obviamente, todavía vemos los efectos del desastre. Hay casas y edificios enteros en ruinas y la gente tiene que buscarse refugios temporales. Todo está lleno de tiendas de campaña. Hay familias que todavía ignoran cómo o cuándo podrán reconstruir las casas y que saben que sus negocios, hundidos en cuestión de minutos, ya no podrán rehacerse.

Hay mucha miseria, y necesitarán de nuestra ayuda durante mucho tiempo. Pero tienen un carácter envidiable, que los hace mirar siempre adelante, levantarse después de caerse y volver a empezar. Muchos monumentos históricos han quedado dañados, pero ya han empezado a reconstruirlos. En la plaza Durbar de Katmandú, las adolescentes vuelven a pasearse con sus uniformes blancos y los chicos las miran y se ríen.

Hay mucho por hacer. Estar aquí es un privilegio.

Espero que estéis pasando unas buenas vacaciones, ¡seguro que sí! Recuerdos a Ada y besos a Mei y a mi Milena. ¡Choca esos cinco, Jan! Y un fuerte abrazo para ti.

Después de leer cartas como aquella, a Lúdia se le nublaba la expresión, y Ada trataba delicadamente de que compartiera con ella toda su inquietud. La confianza que existía entre las dos mujeres, después de tantos años de amistad, creció inesperadamente durante ese mes de agosto. Es algo que ocurre habitualmente entre las amistades. Son un poco como los adolescentes, que crecen repentinamente después de haber pasado durante unos días por una fiebre muy alta.

Gracias a la experiencia que le conferían varios amores frustrados y una maternidad en solitario, Ada veía con cierta perspectiva las virtudes y los problemas de una relación de pareja estable como la de sus amigos. Había sido testimonio privilegiado de ella y había visto madurar su amor desde los tiempos luminosos de París hasta llegar a ese presente plagado de grietas.

Había juzgado con severidad la precipitada renuncia de Marc a su proyecto artístico; había envidiado después en secreto el confort de su vida familiar, aquella complicidad que habían creado con el tiempo; había detectado, quizá antes que nadie, los primeros síntomas de desgaste y se había preocupado por lo que leía en ellos. Y, en su fuero interno, tenía el absurdo convencimiento de que si ese amor se desvanecía se llevaría también con él una parte de ella misma. Sospechaba que ese temor la convertía en una amiga poco generosa.

Marc y Lúdia, Marc y Lúdia juntos, eran parte de ella, de esa nueva Ada prefabricada en el primer curso de Bellas Artes. Eran el viaje a París y todo lo que se había derivado de él; eran parte de aquel «nosotros» nacido en la conversación con Mateu junto al Sena o del viaje al centro de las emociones que

Santi le había ayudado a hacer cuando habían ido a buscar a Mei.

Los amigos habían construido, sin que ella lo buscara, una tercera Ada, simbiosis de la repudiada Imma y de la mujer sofisticada que quería ser. Ellos —sus amigos— habían salvado todo lo bueno que pudo haber habitado en aquella niña traumatizada, y despreciaban cuando era necesario el esnobismo que la arrastraba.

Se había acostumbrado a tenerlos cerca y, ahora, cuando el matrimonio de Marc y Lúdia se tambaleaba Ada también notaba el temblor bajo sus pies.

Y el peligro existía, sin duda. Ada —y también Lúdia— observaba aquella deriva con impotencia. Marc había cambiado. O, quizá, por fin se había encontrado a sí mismo. Su cabeza era un hervidero de proyectos y su corazón se había despojado de todas las capas de impostura que los años le habían depositado encima. «Quiere ser mejor, él quiere ser mejor —decía Ada—, y eso es algo que no se le puede reprochar a nadie.»

Lúdia, mientras tanto, no solo veía con impotencia cómo Marc se alejaba, sino que intuía que no le quedaría más remedio que resignarse. ¿Quién puede querer poner trabas a una persona a la que quiere en su camino hacia la excelencia y la felicidad? ¿Quién la perdonaría si se atrevía a hacerlo?

Uno de los últimos días de agosto, Mateu se presentó de improviso en el apartamento de Tamariu. Llegó sin avisar y con las manos en los bolsillos. Como finalmente decidió quedarse a dormir, tuvo que conformarse con el sofá, estrecho e incomodísimo; al día siguiente, Jan tuvo que dejarle un bañador y una camiseta limpia.

—Qué típico de Mateu Alert —dijo Ada en tono de reproche.

—Ya sabes cómo es —lo disculpó Lúdia.

Esos días que los tres pasaron en Tamariu mantenían su propia rutina. Al atardecer bajaban todos a la playa, y Mateu entretenía a los niños mientras las dos mujeres aprovechaban los últimos suspiros de sol. Jugaba a las palas con Milena, escuchaba música con Jan —un auricular para cada uno— y ayudaba a Mei a construir castillos en la arena. Cuando el sol se ponía, la temperatura empezaba a bajar de prisa y todos se apresuraban a volver a casa; a veces, si caía uno de esos fugaces aguaceros de verano, a la carrera.

Después de cenar, mientras los niños jugaban, los tres adultos salían a la terraza y compartían cielos estrellados, conversación y el lejano rumor de las olas bebiendo un buen vino. Al cabo de un rato, Lúdia y Ada se ponían una sudadera y Mateu, que no tenía ninguna, se envolvía en una toalla de playa. La conversación empezaba con cualquier tontería pero, después de alguna que otra dilación, terminaba inevitablemente remontándose a los viejos tiempos. Era como si durante esos días de finales de verano los hubiera atacado el virus de la nostalgia. «Volvemos a estar aquí las dos —pensaba Ada—, disputándonos la atención del Artista.»

Pero el Artista —y en eso, sin necesidad de decírselo, estaban las dos de acuerdo— ya no era aquel joven lúcido, ingenioso y lleno de talento de la facultad de Bellas Artes. O quizá sí que se le pareciera... durante la primera parte de la velada. Después, el vino hacía su trabajo. Su inteligencia se oscurecía, sus ideas geniales se volvían estrambóticas y se le enredaba la conversación, que hasta entonces había sido seductora, hasta resultar incomprensible.

Y entonces, cuando la madeja de sus pensamientos se iba enmarañando, sus amigas, que lo escuchaban con esfuerzo y paciencia, llegaban fácilmente a un diagnóstico: el caos que dominaba los cuadros de Mateu desde la juventud y que les otorgaba esa personalidad inconfundible presidía ahora también su mente. Cada vez había en ella menos horas de luz y más de sombra.

Ada y Lída compartieron esas noches de finales de verano con el monólogo abrumador de Mateu, que las dejaba conmocionadas y aturcidas. Una avalancha de traumas y rencores, una fiesta salvaje en la que la hermosa Simonetta bailaba con su padre alcohólico... Y, sobrevolándolo todo, su eterna insatisfacción, la quemazón que lo mantenía vivo pero que no lo dejaba vivir. El tren que silbaba y se iba acercando al túnel mientras Mateu seguía pegado a la pared esperándolo.

Sin embargo, mientras Mateu estuvo con ellas, la inquietud de Lída menguó. Las largas conversaciones, las noches junto al mar... todo aquello había ido calmando su desasosiego. Un desasosiego que, por descontado, el Artista ni siquiera había detectado, inmerso como estaba en aquella verborrea infernal. A ratos, no obstante, Mateu y sus espectros no conseguían arrastrarla hacia la superficie, y se quedaba reclusa en un silencio que la aislaba de todo.

Cuando decidían dar por acabada la noche, Ada remoloneaba y se quedaba sola en la terraza. Y entonces, apoyada en la barandilla, dejaba vagar la mirada por el pedazo de mar que la luna, con sus refulgentes reflejos, encendía mientras ella apuraba la copa de vino. Y se daba cuenta de que, para estar receptivos a los sentimientos de los demás, es necesario un poco de paz interior. Ahora ella estaba tranquila. Tenía a Mei, había conseguido cierto reconocimiento profesional y avanzaba poco a poco en el proceso que debía conducirla al reencuentro con sus hermanas. Por eso podía percibir el desasosiego de Lída y el inevitable derrumbe de Mateu. Pero ¿qué otra cosa podía hacer, además de escucharlos?

Mateu y su delirante discurso perdieron todo su protagonismo cuando Marc, Santi y Llum regresaron de Nepal. Los tres compartían un estado de ánimo contradictorio —entusiasmo y tristeza, indignación y alegría— que los mantenía encendidos y vibrantes.

Santi y Llum habían profundizado en su amor, que resultaba ser una fuente inagotable de energía. Iniciarían una vida en común, pondrían en marcha un proyecto solidario, tendrían un hijo. Sus amigos observaban, encantados, cómo la mirada de Santi había recuperado la antigua vivacidad de la juventud. De repente, había vuelto esa visión artística privilegiada que descubría obras de arte en cualquier rincón. Y entonces Ada supo que vivir en el éxtasis era un impedimento tan determinante o más que sufrir el infierno por ser sensible a las vicisitudes de los demás. Santi —como el propio Mateu— tampoco estaba atento a las señales que ella detectaba.

Ada pensaba —y se sentía sola en su desazón— que ellos, los de París, probablemente ya no habrían podido verse reflejados en un espejo como un todo. Los años habían ido cincelandos sus perfiles y cada uno tenía sus miedos y había experimentado sus fracasos. Y echó desesperadamente de menos los viejos tiempos, aquel viejo «nosotros», a sus viejos amigos.

Y, mientras Santi y Llum despeaban, Mateu se perdía en su propia confusión y Ada se serenaba, Marc y Lída —entendidos como un todo— perdían pie y se veían obligados a moverse, sin rumbo, simplemente para no hundirse.

Como el jersey que va envejeciendo y se deforma hasta adoptar la forma de nuestro cuerpo —y, por ello, por méritos propios, lo elegimos para estar en casa—, su matrimonio se había reblandecido en los últimos años. En otras palabras: había perdido tensión. Para bien, porque se había desprendido de toda su rigidez, y para mal, porque ya no tenía ni aquel tacto ni aquella caída propia de las prendas que están aún por estrenar. El episodio de la falsa muerte de Marc en Nepal había sido el toque de alarma: la lana de los codos se había ido gastando tanto que estaba a punto de rasgarse.

Cualquier nimiedad dejaba en evidencia su fragilidad como pareja. Lída se dio cuenta de que ya no podían pasear juntos. Si ella quería aprovechar el semáforo en verde para cruzar, Marc la retenía, tomándola suavemente del brazo. Ella lo interrogaba con la mirada —¿no cruzamos?—, pero él se había entretenido con cualquier cosa y prefería detenerse. Subían por la calle Mayor e, instintivamente, él se disponía a hacerlo por la acera de la derecha; y, si ella le sugería que lo hicieran por la acera contraria —quería ver el escaparate de una tienda—, él resoplaba, irritado, como si aquella tontería le hubiera estropeado el paseo. Una costumbre hasta entonces agradable se había convertido en un pequeño calvario.

En la cama, Lída no podía evitar intuir en el silencio de Marc —que era el mismo silencio de siempre, pues nunca había sido un amante hablador— un signo de frialdad o de abstracción. Las caricias de ella se habían vuelto exigentes, cargadas de intención, poco espontáneas. Se besaban o bien maquinalmente, como un trámite, o con exacerbación, intentando decirse con la boca lo que ya no sabían decirse con palabras.

Después, compartían ese rato bajo las sábanas con la respiración todavía agitada y el contacto de las pieles ya involuntario. Ni rastro de la isla.

Su deseo resonaba como un eco y, en un intento desesperado por encontrar calor, Lída volvía la vista atrás y pretendía desandar el camino, recuperar la memoria, volver a los días del enamoramiento. Hablaba a menudo de la facultad, del viaje a París, del descubrimiento de aquella amistad que —quién iba a imaginarlo— todavía los acompañaba. Mientras tanto, Marc solo quería mirar adelante, hacía planes, abría carpetas, tomaba decisiones.

Hacía tiempo que él había empezado su proceso de desconexión en la empresa. No sufría apenas, porque su hermana Mònica y su marido estaban preparados para asumir más responsabilidades y no veían el momento de ponerse manos a la obra. Empezó a ceder terreno y lo hacía, como era propio de él, de forma ordenada y concienzuda. Hasta que llegó el día en que consideró oportuno traspasar formalmente la gerencia a su hermana.

Y entonces fue el momento de informar a Lída de todo. Y, lo que son las cosas, aunque hasta ese instante a ella la empresa familiar de los Daura siempre le había importado muy poco, aunque no la sentía suya en absoluto y aunque, en cierto modo, la había considerado un lastre, esa fue precisamente la gota que colmó el vaso. Marc ni siquiera había considerado necesario consultarle la decisión de dejar la empresa.

Lída se sentía apartada y Marc, presionado. Si ella se quejaba abiertamente, la sensación de ahogo de Marc aumentaba. Si él confesaba su agobio, era como si quisiera apartarla todavía más. Un círculo vicioso que los envenenaba.

—O sea, que lo que creíamos que no nos pasaría nunca es precisamente lo que nos está pasando —decía Lída.

Y era eso exactamente. El suyo había sido un buen matrimonio. Nunca se habían faltado al respeto, jamás se habían hecho daño el uno al otro deliberadamente. Y, de pronto, se veían abocados al precipicio, a punto de precipitarse al vacío. Y sus hijos, ya adolescentes, eran el público que lo veía todo desde la primera fila.

Así de racional fue su proceso común para llegar a la conclusión de que lo mejor era separarse.

—Entonces... ¿qué hacemos? —preguntó Lída, con el rastro de las lágrimas surcándole las mejillas, después de la enésima discusión durante una cena.

Habían mandado a los niños a la cama para apartarlos de aquella acritud.

—Quizá deberíamos intentar separarnos durante un tiempo.

Quizá. Deberíamos. Un tiempo.

Se lo dijeron a los niños, se lo dijeron a las familias de ambos y, por último, a sus amigos. De entrada, parecía que todos lo habían encajado bien, con disgusto pero con naturalidad. Nadie quiso hacer un drama de aquella situación: «Ya se sabe, esas cosas pasan. Y si vais a ser más felices así, adelante».

Después, a medida que pasaban las semanas, los reproches y las incomodidades comenzaron a crecer como las malas hierbas y, como es bien sabido, las malas hierbas son refugio de plagas y enfermedades: la desconfianza, los celos, el rencor.

—Me ha dicho Ada que el sábado almorzasteis juntos.

El tono de reproche no era consciente, pero Marc lo detectaba claramente y lo recibía con estupefacción.

—Sí. ¿De qué se me acusa?

Que Marc pudiera insinuar, o tan siquiera pensar, que ella pudiera estar celosa, ponía inmediatamente a Lidia en una tesitura agresiva.

—Solo era un comentario, pero ya veo que hemos llegado al punto de no poder mantener una conversación normal sin que haya sospechas extrañas.

Pero la verdad era que imaginar a Marc y a sus hijos pasando un rato agradable y familiar con Ada y Mei provocaba en ella un malestar que llegaba a revolverle el estómago.

Marc había alquilado un estudio en Barcelona y había empezado a pintar. Sus amigos lo sabían y lo celebraban, pero él les había pedido que no le dijeran nada a Lidia. De modo que iban con pies de plomo cuando sacaban el tema y, sin querer, cada vez lo comentaban menos.

Habían acordado que los niños pasarían la semana en Matadepera y que los fines de semana se quedarían con su padre en Barcelona, una solución que no acababa de gustar a nadie.

Los sábados, Lidia se levantaba llorando en el silencio de la casa vacía. Los niños no querían ir a Barcelona porque allí no tenían a sus amigos. Marc se negaba en redondo a pensar que iban obligados.

—Si tú no me ayudas, Milena no quiere venir a Barcelona.

—Yo no le he dicho nada.

—De eso me quejo. No me ayudas.

—Tenía entendido que ya no somos un equipo. Aquí cada uno va por libre, ¿no es eso?

Con los amigos, los recelos y los secretos se acumulaban en los rincones e iban entretejiendo sus telarañas en el techo. El grupo habitaba ahora un cuarto desordenado y poco acogedor.

Aun así:

—Mateu, ¿qué te parece si nos vemos este sábado? Llum me ha dicho que podríamos organizar una cena en casa. ¿Cómo lo ves?

—Por mí bien, pero no sé cómo andan los ánimos de la parejita...

—Un día u otro tendremos que probarlo. ¿Por quién empezamos? ¿Por Marc o por Lidia?

—¿Y si llamas a Ada y se lo consultas? Las mujeres saben más de esas cosas.

Todo había perdido su naturalidad, y eso los tenía desmoralizados. A menudo, las cenas se anulaban antes de convocarse. Cualquier tontería podía terminar provocando un error diplomático de enormes dimensiones. Los encuentros, que se habían vuelto cada vez más infrecuentes, solían ser tan tensos que les dejaban un regusto desagradable.

Hasta entonces, el grupo había asumido sin traumas los altibajos sentimentales de uno u otro. Los amigos hacían las veces de amortiguador para el afectado, y el colectivo se recuperaba rápidamente de la pérdida. Los amores —esporádicos o con vocación de estabilidad— se incorporaban al grupo con más o menos facilidad y, si la relación fracasaba, el grupo simplemente prescindía de ellos, como una prótesis que ha cumplido con su función durante un tiempo y después se vuelve simplemente innecesaria.

Sin embargo, por primera vez se enfrentaban a una situación muy distinta. Terriblemente delicada. La pareja que se descomponía era la de Marc y Lúdia. No se trataba de un proceso tan simple como las otras veces: el amigo se queda, su pareja desaparece.

En este caso, ambos pertenecían al grupo de amigos, y la solución les pedía una gran habilidad para no colocarse en ninguno de los dos bandos. Ada, Santi y Mateu querían seguir siendo amigos tanto de Marc como de Lúdia. Y deseaban, con más devoción que esperanza, que el grupo de París se mantuviera cohesionado.

Se esforzaban —la propia Lúdia ponía sin duda de su parte— en no repartir culpas ni daños. No había víctima ni verdugo. Era la forma de no tener que escoger entre uno de los dos. Para conseguirlo, intentaban evitar en lo posible que la conversación se centrara en la cuestión de la separación. Así, si Lúdia o Marc mantenían por separado encuentros con el resto, no se tocaba la cuestión de la pareja. Y eso resultaba a todas luces artificial. Tanto o más que esos encuentros colectivos que a menudo fracasaban antes de hacerse realidad.

Al cabo de unos meses, con motivo del cumpleaños de Mateu, lo intentaron una vez más.

—Marc, el Artista cumple años. ¿Qué te parece si nos encontramos y le hacemos apagar las velas?

—Lúdia, el sábado celebraremos el cumpleaños de Mateu. ¿Vendrás, verdad?

Invocar el nombre de un amigo al que ambos querían funcionó, y el día del cumpleaños se reunieron todos en casa de Ada. Mateu estaba de buen humor y bromeaba sobre su venerable edad de cuarenta y seis años: «¡Voy directo al medio siglo!». Y todos se reían. Por un momento parecía que todo volvía a ser como antes.

A veces ocurre. Todos los implicados —un grupo de amigos, una pareja, una familia— saben que algo se ha roto, que donde había elasticidad ahora hay tensión, que han aparecido grietas difíciles de reparar, pero, por un instante —quizá durante un largo rato o incluso durante toda una velada—, se produce el espejismo y parece que todo vuelve a ser como antes. Todos hacen un esfuerzo por creer que es cierto, como cuando descubrimos un producto que repara los arañosos en la madera y, al usarlo, parece que se produzca un milagro: las señales que afeaban el mueble, que deterioraban la mesa, han desaparecido.

Así, aquella noche, los amigos quisieron creer que todo volvía a ser como antes: que Marc y Lúdia todavía eran pareja y que se querían, que Mateu no bebería más de la cuenta y no tendrían que cruzar miradas inquietas, que la perspectiva de pasar unas horas todos juntos les apetecía mucho, que volverían a hablar de pintura, que Llum se añadiría a la velada sin problema y que Ada no tendría que disimular su desdén por sus aportaciones extemporáneas.

Respetaron y animaron el espejismo durante buena parte de la noche. Pero al final la realidad fue imponiéndose tozudamente. Mateu empezó a farfullar al hablar, Lúdia se marchitaba en un rincón, Santi celebraba un chiste de Llum, Ada arrugaba la nariz y Santi le lanzaba una mirada de reproche. Y, en medio de todo ese proceso, mientras el espejismo se esfumaba y volvía el desierto árido y sofocante, Marc les anunció que había vuelto a pintar.

La noticia fue recibida con alegría y con grandes muestras de afecto.

—¡Ya era hora!

—¿Cómo podías vivir sin pintar?

—¡Aleluya! ¡Felicidades por el regreso!

Con el griterío, costó un poco que Lúdia hiciera oír su voz, que finalmente terminó por imponerse, quizá por el desasosiego que destilaba.

—Cualquiera diría que estáis todos de acuerdo en que ha estado perdiendo el tiempo durante todos estos años.

Se hizo un pequeño silencio, fruto de la extrañeza, seguido inmediatamente por un amasijo de ruidos haciendo lo imposible por romperlo: el crujido de las sillas por el movimiento de los cuerpos, alguien que tragaba saliva, otro que tosía, el tintineo de pulseras, el chasquido del encendedor y el minúsculo crepitar del tabaco encendido. Incluso cayó un libro al suelo: pam.

Después, Santi se acercó unos centímetros a Lúdia, que estaba sentada a su lado en el sofá, y, con suavidad, le puso la mano en el brazo. Y al mismo tiempo, estropeando la suavidad de aquel gesto, Ada dijo:

—Mujer, un poco sí. Tanto tiempo sin pintar... Todos sabemos que Marc tenía mucho que decir.

—Quizá lo haya dicho de otra manera.

La voz de Lúdia llegó impregnada de una dureza insólita, todos tendrían que haberlo notado. O quizá sí lo habían notado, pero habían decidido ignorar los riesgos que auguraba. O se vieron impelidos a asumirlos. El caso es que a partir de ese momento se inició una discusión que iba a abocarlos, inevitablemente, al desastre. Los caminos por los que circulaban los argumentos eran terriblemente peligrosos, con precipicios a ambos lados. La vocación artística es egoísta por naturaleza. El amor puede ser un freno o una espuela. Hay que escuchar siempre al instinto. El arte puede encontrarse en cualquier sitio. La vida familiar termina por aprisionar la creatividad. La soledad también puede aniquilarla.

Durante una hora, quizá más, hablaron entre sí y de los demás con absoluta libertad. Fue un ejercicio estimulante y arriesgadísimo en el que todos participaron sin calibrar las consecuencias.

A ratos, la conversación los remontaba al pasado, así que, mientras Llum los escuchaba fascinada, revivieron a esos cinco jóvenes estudiantes de Bellas Artes, que en aquella época eran cinco artistas en potencia. Evocaron la fe en el futuro, la certeza compartida de que, después del período de aprendizaje que iniciaban, llegaría la etapa de la realización, de la expresión del talento.

Contraponer los anhelos de aquella época con la realidad que vivían veinticinco años más tarde fue la prueba de fuego. Cada uno intentó defender su trayectoria, aunque sin demasiado convencimiento. Algunos reconocieron el desengaño, la frustración, el lastre que suponía no haber vivido —no estar viviendo— como lo habían soñado, entregados a su arte. Otros manifestaron que no lo echaban en falta. Admitir esa felicidad moderada fue, en ese momento y en esas circunstancias, una humillación.

La única que detectó la aspereza de las palabras, los gestos envenenados y la gravedad de esa noche funesta fue Llum, que lo observaba todo no desde la distancia, pero sí desde fuera de aquel círculo que había sido mágico y que se había vuelto perverso.

La noche fue desinflándose poco a poco y, de madrugada, se despidieron con los gestos rituales de siempre, entre abrazos y palmadas en la espalda, como si nada hubiera ocurrido.

Unos días más tarde, sin relacionar su decisión con esa última conversación, supieron que Marc se marchaba. «Aún no sé dónde me instalaré, quizá en la Provenza o en la Bretaña. Os escribiré desde allí.»

En esos días, Marc releía un fragmento del diario de Gauguin, o quizá era una carta, que había guardado durante años:

Cuanto más avanzo, más me hundo; muchas personas encuentran protección porque se manifiestan débiles y saben pedir ayuda. A mí nadie me ha protegido, porque me consideraban fuerte y porque he sido demasiado orgulloso.

Y, en una carta a Santi, escribí:

¡Santi, amigo! No te imaginas cuánto deseo compartir contigo el trabajo que estoy haciendo, las dudas y la exaltación.

Estoy excitado, como si durante todo el día tuviera un poco de fiebre, como si me venciera la euforia. Tengo la cabeza a rebosar y el corazón me estalla en el pecho. La Bretaña es, en estos meses de invierno, un paraíso. Todo me inspira. Tendrías que ver el puente medieval de Saint-Goustan y el contraste del verde intenso y el gris apagado de las piedras de Fourgères.

Pont-Aven es un pueblecito turístico, dedicado en cuerpo y alma a explotar el recuerdo de Gauguin. Pero si lo miras con ojos inocentes, como lo son ahora los míos, encuentras aún aquí los colores puros, los árboles azules, la hierba roja.

He visitado Normandía y he visto las huellas de Monet. Las barcas de Barfleur, lastimeramente decantadas sobre la marea baja, casi en suspenso, esparcidas en aquel estanque de agua que hace un rato era mar. Escuchaba a Satie, bebía calvados, leía a Proust. La belleza me entraba por los ojos, por las orejas y por la boca.

Finalmente, me he instalado en un lugar muy parecido al paraíso, un antiguo molino apartado del mundo, aunque relativamente cerca de la playa de Lanneguy. Encarno un poco a Gauguin —mi día consiste en pintar y en tener contacto con la naturaleza, o a la inversa— pero con una diferencia sustancial: tengo asegurado un plato en la mesa y a menudo lo acompaño con un buen borgoña.

Las ideas para la pintura surgen de todas partes. Me llegan tantas que las paso putas para poder escoger solo una y dejar las demás en *stand by*. Cuando la tengo, me lanzo al cuadro, sin esbozos ni nada. A menudo me equivoco. Yo lo llamo el método error/corrección/error. Un poco como los murciélagos, ¿sabes? En vez de emitir señales acústicas, pinto cuadros que, a menudo, me son devueltos como un error, como si se produjera una colisión con un obstáculo. Sin embargo, a veces, mientras lleno la tela de colores, me doy cuenta de que esa pintura no me es devuelta, y sé que allí hay una salida y que quizá, con suerte, conseguiré mi objetivo.

El placer, eso tú lo sabes bien, pocas veces aparece mientras dura el proceso. Si lo consigo, si el cuadro es lo que buscaba, entonces sí. Entonces experimento una euforia brutal, que dura un par de días. Es cuando me doy vacaciones. Cojo una buena novela y me voy a pasar el día a la playa. Y allí, con el vaivén de las olas, como una ola llega otra idea que quiere abrirse paso.

Trabajo a muy buen ritmo.

Así que sí, os echo de menos, pero solo un poco.

M.

En casa, la repentina partida de Marc había provocado toda suerte de reacciones. La más radical, como era de esperar, fue la de Lidia. Según su opinión, la desaparición de Marc sobrepasaba todos los límites. A pesar de que Marc cumplía puntualmente y con creces con sus obligaciones económicas, Lidia no podía imaginar ningún motivo que justificara el alejamiento físico de sus hijos en aquel momento, siempre delicado, de la adolescencia.

La comunicación entre los dos era continua aunque lacónica. Llamadas y mensajes destinados, sobre todo —por no decir exclusivamente—, a resolver cuestiones de orden práctico. Marc había previsto llevarse a los niños a Francia un mes en verano. Mientras tanto, hablaba con ellos a menudo por Skype y parecía que, aparentemente, a los tres les bastaba con eso.

Durante esos meses, sus amigos recibían unas cartas afectuosas a través de las cuales intuían la nueva vida de un Marc aislado y feliz, inspirado. No solían comentarlo con Lidia. Eran indulgentes con su indignación y lamentaban su tristeza, pero la verdad era que Santi, Mateu y Ada se sentían naturalmente inclinados a comprender e incluso a codiciar el momento de creatividad pletórica de Marc. La balanza se inclinaba a uno u otro lado, variaba según hablaran con ella o mantuvieran correspondencia con él. Y el desasosiego que la situación provocaba en ellos era íntimo, aunque también compartido, y se extendía como una mancha de vino —rojo sobre blanco— en un mantel de hilo.

El grupo de París había perdido su frescura y ya no era el espacio de confort que los había acogido durante años. Y era realmente muy difícil, doloroso, deshacerse de aquel manto protector, de aquella red de seguridad, de aquella imagen seductora que les devolvía el espejo del café de París.

Lidia hacía esfuerzos titánicos por aceptar que sus amigos seguían siendo amigos de Marc, pero el hecho es que, por pura precaución, los demás no lo nombraban delante de ella, de modo que entre ellos fue creciendo un velo no exactamente de mentiras, pero sí de verdades a medias, de secretos y de desconfianzas.

El grupo de París, la suma de talentos, el presentimiento de grandes obras, el inicio de un futuro rutilante, se había convertido en un festival de corazones rotos.

La idea surge normalmente de forma espontánea. Siempre con un lápiz y un papel cerca. Camina por el bosque, cruza un claro o lee una buena novela antes de dormirse, o pasa un rato en la playa pensando en los niños, en la familia, en los amigos, en todo lo que ha dejado en casa. Entonces aparece, sin vínculo aparente. A veces también se enciende mientras está esperando a que hierva el agua de la olla para echar el arroz.

Al principio, ver esa idea, la idea que ha aparecido, de una manera plástica, no es tan sencillo. Pensamos con palabras y de las palabras a los colores hay un camino, cierta distancia, un montón de peldaños. Mientras le da vueltas, mientras la idea gira una y otra vez en su cabeza, aparecen los filtros — siempre activados—, que van diciéndole si la idea merece o no la pena.

Empieza el proceso, elige la técnica, hace esbozos. De pronto, le parece que todo aquello no vale nada y arranca la hoja de la libreta y la tira a la basura. Pero a veces, muy a menudo, es necesario seguir dibujando, aunque sean cuatro garabatos que mantengan viva la idea. Que no se escape. Trasladar lo que había imaginado al papel. Mover el lápiz, buscar las casualidades, que terminan por asomar la cabeza. Un error lleva a la solución. Como les ocurre a los murciélagos.

Una idea o un concepto. La soledad, el paso del tiempo, la observación de uno mismo.

Ayer fue a Pont-Aven. Creyó que sería muy emocionante, que encontraría el espíritu de Gauguin a la entrada del pueblo, sentado en el puente para darle la bienvenida. Quizá estuviera, pero las oleadas de turistas que paseaban por allí y que no dejaban de sacar fotografías no le permitieron verlo.

Paseó, como los demás turistas, dejándose seducir por la alegría de ese pequeño puerto lleno de luz, por las barcas, las pasarelas, los molinos, las flores por doquier.

El paseo lo llevó a la capilla de Saint André, pequeña, aislada, de líneas limpias, con un estilizado campanario aguja, puntiagudo y adornado con cuatro gárgolas.

En la escalera, había una chica sentada junto a una bolsa. Marc se quedó allí colgado pensando en la escalera, en los peldaños, en la persona sola, la figura aislada entre líneas largas y en perspectiva. Si te mueves, la perspectiva cambia. La soledad no es siempre igual, depende de la perspectiva. Estoy solo. Y no lo estoy.

Y entonces ve el cuadro. Las líneas horizontales, la mancha amarilla a la izquierda, a media altura. Hace un croquis. O tres. O diez.

Esta mañana se ha levantado y se ha colocado delante del lienzo. Es el momento mágico de romper el blanco y, como un dios todopoderoso, crear un universo del cual él es el único responsable. El norte y el sur, el este y el oeste, todo por llenar.

Habían pasado quince meses desde que Marc se había marchado y Ada le escribía para decirle que «Aquí todo ha ido por el peor de los derroteros imaginables. Una hecatombe, Marc. Y, a pesar de todo, la vida continúa».

Ada se había quedado sin trabajo. Sin su trabajo. El suplemento de arte del diario había pasado de semanal a mensual y, en consecuencia, el equipo que estaba a su cargo había sido desmantelado. Las dos incorporaciones más recientes se habían quedado en la calle y ella había tenido la *suerte* de quedarse en el diario, integrada en el grueso de la redacción, en la sección de cultura. Eso quería decir que a veces, muy de vez en cuando, podía escribir sobre arte. El resto de los días era un interminable no parar de presentaciones o de ruedas de prensa. Escritores, gente del teatro, músicos. Todos quejándose de los recortes, de la falta de público, del aumento del IVA: «No tenemos presupuesto, no podemos programar a largo plazo, no».

Durante las primeras semanas, Ada se limitaba a cumplir con su trabajo y, en sus ratos libres, repasaba su lista de contactos y los llamaba o les escribía. Estaba segura de que le saldría algún trabajo relacionado con la crítica de arte. Quería huir de las ruedas de prensa. Hubo alguna propuesta —pocas—, pero las rechazó todas. El sueldo que le ofrecían era ridículo o bien se limitaban a proponerle una pequeña colaboración esporádica. Ella necesitaba mantener su nivel de ingresos. Tenía una hija y no compartía gastos con nadie.

Su estado de ánimo era de puro estupor. ¿Cómo le había podido pasar algo así?

Durante esos quince meses, Santi y Llum habían conseguido ser padres. De gemelos. La madre de Santi, con un alzhéimer avanzado, y el padre de ella, que arrastraba desde hacía años un cáncer persistente, completaban un día a día agotador. Llum había dejado de colaborar con la ONG que trabajaba en Nepal y, por descontado, Santi ya no pintaba.

A medida que pasaban los meses, era más evidente que la madre de Santi ya no podía vivir sola, aunque tuviera una chica que la ayudaba durante la mayor parte del día. Una noche se dejó encendido el fogón de la cocina. La semana siguiente, cuando su hijo fue a verla encontró la puerta del piso abierta de par en par.

Llum ofreció —con la boca pequeña— la posibilidad de que su suegra se fuera a vivir con ellos, pero hasta el propio Santi vio claro que no era una opción viable. El piso era pequeño y los niños requerían espacio y atención. Y algo se aprende con los años, rezongaba Santi, acordándose de Carla.

De modo que aquel hijo único y consentido que había crecido arropado por las atenciones de su padre, de su madre, de la tía Reme y la sombra del hermano muerto —el primer Santi del polo azul y rojo—, reunió fuerzas para llevar a su madre a una residencia. Jamás había pasado por un trago más doloroso. Su madre, que la mayor parte del tiempo ya ni siquiera lo reconocía, tenía pequeñas intermitencias de lucidez y era entonces, durante esos breves momentos de conexión con la realidad, cuando Santi veía en ella aquella mirada desconcertada y triste.

En esa época, Mateu había avanzado por un camino totalmente imprevisible. Vivía todavía en el piso de su abuela, aunque muchos meses no llegaba a pagar el alquiler y se metía en una espiral de deudas que lo tenía angustiado. Además, cuando su padre murió, su madre empezó a mostrar síntomas de demencia senil y había tenido que ingresarla. A menudo, después de pagar el alquiler y la residencia, a principio de mes, ya tenía la cuenta corriente a cero. De vez en cuando pintaba algún cuadro. Vivía entonces unas semanas sumido en el torbellino creativo, completamente aislado, alimentándose poco y mal, durmiendo a deshoras. Después, solía llamar a Ada para pedirle que lo ayudara a vender esa obra; y cuando ella le decía que las cosas no eran como antes, que nadie compraba arte, que sus antiguos contactos ya no servían para nada, Mateu se enfurecía y la mandaba a hacer puñetas. Ella no se lo tenía en cuenta, pero cada vez le apetecía menos mantener el contacto con él. El día que dio el paso de no cogerle el teléfono, Ada oyó el crujido de la grieta.

De vez en cuando, no obstante, Mateu conseguía colocar algún cuadro, y entonces caía en un estado de euforia incontrolable y quería que sus amigos lo acompañaran para celebrarlo. Pero ni Lúdia, ni Ada, ni Santi estaban en condiciones de salir entre semana, y a menudo terminaba bebiendo solo en casa hasta quedar fuera de combate.

Lúdia se limitaba, mientras tanto, a procurar sacudirse de encima el rencor que la embargaba. Había retomado su relación cordial con la familia de Marc, se esforzaba por estar de buen humor con los niños y trataba con generosidad a sus amigos, consciente de que, después de las primeras semanas de consuelo y compañía, todos habían retomado sus respectivas vidas, de por sí bastante complicadas.

Creía —o quería creer— que su amistad ya no necesitaba palabras, solo miradas cómplices y abrazos escasos pero auténticos. Cada uno arrastraba ya una pesada carga, y caminaban a trompicones, enfrascados en su propio dolor, en su lucha.

El segundo verano, mientras Jan y Milena estaban en Bretaña con su padre, a Ada se le ocurrió ir a verlos unos días con su hija, y Mateu también se apuntó. Pasaron juntos unos días magníficos y muy extraños. Enseguida se adaptaron a aquella nueva vida de Marc, sin normas ni horarios, y se pasaban días enteros en la playa. Jan, Milena y Mei jugaban en la arena, desnudos y bronceados. Parecían niños de Sorolla.

La mirada de Marc, luminosa y libre, despertaba en sus amigos una mezcla de alegría, turbación y envidia. Mateu lamentaba con acritud no haber actuado como él años atrás, cuando se había visto reflejado en Gauguin y en su deseo de optar por la vida salvaje.

«No tendría que haber vuelto de París —decía—. Ya entonces tendría que haber buscado un paraíso como este.» O muchos años más tarde, cuando le había propuesto a Santi que se fueran los dos y buscaran una casa amarilla. «Corríamos el riesgo de terminar con la oreja cortada», le advertía Marc.

Se hacía un silencio y los tres paseaban la mirada en derredor y solo veían arena, mar, sol y aire. Se reían al recordar momentos compartidos, pero cada vez que volvían la vista atrás se les congelaba la risa, porque en las imágenes aparecía el grupo y en el grupo estaba Lúdia, el espectro que no estaba permitido invocar.

Pero cuando eso ocurría, siempre llegaba el grito de alguno de los niños, una ola que se elevaba más que las demás, un nubarrón que amenazaba lluvia, una gaviota que los miraba desde lo alto. Cualquier motivo servía para alejar a Lúdia de sus pensamientos, para no sentirse desleales.

Entonces Marc hablaba de la belleza, de llenarse los ojos de belleza y digerirla después para poder devolvérsela al mundo en forma de arte. La vida consiste en ese tomar y devolver, decía. La vida no es más que eso.

Y Ada se sentía en la obligación de matizar sus palabras y añadía que la vida también es la nobleza: el dolor, las pérdidas, el fracaso, el aburrimiento. Todo eso no es bello y también forma parte de la vida.

Y Marc se lo tomaba como un reproche, pero no lo decía. Y Ada, enseguida, se incomodaba porque sabía que Marc lo había interpretado como un reproche. Y Mateu se envenenaba, porque él había entendido mucho antes que todo consistía en esa combinación: vida, belleza, arte. Por eso se había mantenido tozudamente fiel a su pintura, por eso había preservado su libertad, por eso había renunciado a Lúdia.

Ese último lamento lo había pillado desprevenido. Nunca, desde aquella noche lejanísima en el piso de Gracia, lo había formulado así. Pero ¿qué otra razón podía haber para que hubiera apartado de su vida a aquella chica de cabello oscuro que olía a lavanda?

Los días en las playas de la Bretaña se alargaban e invitaban a la indolencia. Las horas se prolongaban y reposaban sobre las pieles tostadas de los hombros infantiles.

—Ada, ¿no te parece que sacarías un cuadro buenísimo de esta escena?

Ada mira a Marc y no sabe si habla en serio. Opta por devolverle la pelota:

—¿Y tú?

El amigo responde con ojos risueños:

—¡Yo sí! ¡Ya lo tengo en la cabeza!

Mateu los mira con escepticismo:

—¿Niños en la playa?

El tono es ligeramente despectivo.

—No solo hay que pintar lo que se ve, también lo que se imagina.

La voz de Marc, grave y clara, ha retumbado.

—No eres Gauguin, Marc..., aunque lo creas.

Mateu, con gesto huraño, dibuja espirales en la arena con una piedra alargada.

—Ni tú Van Gogh.

Ada se levanta y llama a gritos a los niños. Es hora de cenar y esas nubes densas y oscuras auguran tormenta.

Recibieron la invitación a principios de junio por correo ordinario: *La galerie d'art Térébenthine vous invite à l'ouverture de l'exposition Sans ancrage. L'univers créatif de l'artiste Marc Daura.*

La tarjeta, con forma de díptico y en papel de gran calidad, presentaba una muestra de su obra, tres pinturas grandiosas, con unos amarillos ensordecedores y unos azules que respiraban.

*Sans ancrage.* El ascenso de Marc Daura a la cima, sin anclajes.

Los del grupo de París recibieron la invitación, cada uno en su casa. Ada y Santi contemplaron durante unos segundos la cartulina —los amarillos, los azules— y sonrieron. Mateu respiró hondo. Lúdia mantuvo una lucha enconada y breve para contener las lágrimas. Lo consiguió y, satisfecha, respiró hondo, como Mateu. Y después, como Ada y Santi, finalmente sonrió.

Se había enamorado de Marc porque lo consideraba un artista, un gran artista. Ahora, además de ella, lo sabría todo el mundo. Era, en realidad, una buena noticia. Le pareció que la alegría que había sentido, pequeña pero genuina, era como una medicina que la ayudaba a calmar el dolor que persistía, como un pequeño latido, al fondo de algún lugar remoto.

Ada la llamó inmediatamente excitadísima: «¿Lo has visto? ¿Has visto las pinturas de Marc? Son espléndidas, una maravilla. ¡Lo ha conseguido!». Y después, rápidamente, frenando de golpe, reuló: «Lo siento, Lúdia, tengo la sensibilidad en los pies. Supongo que todo esto no te hace nada feliz. Lo siento. ¿Quieres que nos veamos?».

Por la noche la llamó Santi: «Estaba comentando con Ada que hace mucho que no nos vemos y que podríamos cenar juntos el sábado. ¿Qué te parece? Llum dice que se quedará con los niños. Cenamos los cuatro. Ada, Mateu, tú y yo. ¿Cómo lo ves? Dice Ada que podemos organizarlo en su casa...».

Lúdia aceptó, consciente de que Santi —más delicado que Ada— quería propiciar un encuentro y, como quien no quiere la cosa, soltar algún comentario sobre la exposición de Marc y proponerles que fueran. Los conocía como si los hubiera parido.

Por su parte, la decisión estaba tomada: no pensaba ir a París, pero podía decir, sin mentir, que se alegraba del éxito de Marc y, por descontado, quería dejar claro a sus amigos que podían ir, que por ella no se preocuparan, que entendía perfectamente que quisieran compartir aquel éxito, que todo estaba bien. Así lo dijo cuando, en la sobremesa, salió finalmente en la conversación la invitación de Marc.

Habían pasado un rato muy agradable. La cena había transcurrido con armonía, incluso con un punto eufórico provocado por el reencuentro de los cuatro y la recuperación de la vieja intimidad. Volvieron los gestos afectuosos, las bromas cómplices, los brindis y las sonrisas.

Le pareció que el hecho de que ella no fuera a París, lejos de molestar a nadie, más bien les quitaba a sus amigos un peso de encima. En cuanto dijo que no iría, Ada y Santi se enzarzaron en una absurda discusión sobre si era mejor viajar a la capital francesa en tren, en avión o en coche. Y, al oírlos, Lúdia se enterneció porque, de repente, esas tres personas que se acercaban a la cincuentena, esos amigos abrumados por toda suerte de problemas, volvieron a parecerse, momentánea y milagrosamente, a los jóvenes recién salidos del cascarón que, un cuarto de siglo antes, planeaban un viaje a París. Recordó con afecto a aquella Ada todavía impregnada de reminiscencias de Imma que quería comerse el mundo sin masticarlo; al Mateu misterioso y seductor, seguro de sí mismo y de su arte, que no pensaba en la derrota; al Santi tímido de mirada sensible y artística.

Más gordos, más sabios, más calvos, más doloridos, más arrugados, más amigos. O quizá menos. Los últimos tiempos habían sido difíciles para todos, y cada uno tenía más que suficiente con lamerse sus propias heridas. Ya no se apoyaban de forma inequívoca, ya no estaban pendientes unos de otros, pero todavía se reían generosamente cuando estaban juntos y se sentaban cómodamente alrededor de la mesa, sabiendo que podían decírselo casi todo, que no era necesario disimular, que se conocían muy bien. Preservar esa amistad —que había demostrado aguantar tanto las embestidas más fuertes como los períodos de laxitud— era una prioridad compartida.

Y fue justo en ese instante de íntima reconciliación con el pasado, con lo que habían sido, con lo que quizá esperaban volver a ser, cuando Mateu soltó su bomba particular, que los demás oyeron bajar con un silbido estremecedor hasta que estalló en pleno comedor, entre los platos sucios y las copas sin apurar de la cena que acababan de compartir.

—Yo tampoco pienso ir a París.

Esas fueron, exactamente, las palabras de Mateu, que llegaron seguidas de un silencio extraño y esponjoso que hizo las veces de amortiguador.

Lo dijo sin vocalizar demasiado, juntando las sílabas, como solía hablar cuando la noche ya había avanzado un poco y él había bebido demasiado. Lo dijo mirando al suelo, sin buscar ni el apoyo ni la complicidad de los demás. Y mientras lo decía se rascaba el antebrazo izquierdo con la mano derecha, frotándose de arriba abajo como si, de pronto, tuviera urticaria. Lúdia pensó que se haría daño.

El primero que rompió el silencio fue Santi, que se esforzó por encontrar un tono ligero, casi desenfadado, para decir lo que quería:

—Si es un problema de pasta, no te preocupes. Yo te lo adelanto, ahora me va bastante bien...

A Ada ni siquiera se le había pasado por la cabeza la cuestión del dinero. Cuando se trataba de Mateu, de ese hermano que no lo era pero como si lo fuera, la intuición no le fallaba nunca. Simplemente se levantó y se sentó a su lado.

—No es por el dinero, joder.

Santi recibió la respuesta como una bofetada porque, además de aquel tono agrio, Mateu le había lanzado una mirada negra y desdeñosa.

—No se trata del dinero. Si lo quisiera, lo conseguiría, como siempre he hecho. Simplemente no quiero ir, no me apetece.

Cualquiera de los otros habría pagado lo que valía el viaje a París y cien veces más para ahorrarse lo que llegó a continuación. Para evitar hacer la pregunta que Mateu pedía.

—¿Y eso por qué?

Lidia había sido la primera en dar un paso al frente y lo había preguntado con una voz dulce, casi infantil, que enseguida le dolió en los oídos. Era casi como si se hubiera dirigido a un niño.

—Pues porque no me apetece ver cómo Marc ha conseguido tan deprisa y sin esfuerzo lo que a mí se me niega desde hace tantos años.

Las cosas claras. Sin matices ni posibles interpretaciones. Tal como son.

A partir de ahí, hablaron todos a la vez, pisándose los unos a los otros, con vehemencia, cruzando argumentos y reproches, alzando la voz, dejando que la irritación fuera tomando cuerpo. Ada, Santi y Lidia querían defender a Marc sin ofender a Mateu. Querían dejar claro que comprendían a Mateu sin traicionar a Marc.

Mateu guardaba silencio. Los observaba con condescendencia y bebía.

Hacía muchos años que Mateu bebía más de la cuenta. Es difícil hacerle ver a un amigo que tiene un problema que él no ha sabido detectar, más aún si el amigo en cuestión creció traumatizado por la sombra opresiva de un padre alcohólico. Y, sin embargo, como decía Lidia a menudo, Mateu había sido siempre consciente de que aquello terminaría así, siempre se había imaginado al borde del precipicio. ¿Por qué, si no, huía de las relaciones de pareja y de la convivencia? ¿Por qué sus amores nunca terminaban de cuajar y ahuyentaba a las mujeres de su lado, incluso cuando estaba enamorado?

Con el paso del tiempo, todos lo habían intentado. Santi había hablado del tema con él, Ada lo había acompañado al médico y Lidia le había suplicado que se esforzara y pusiera de su parte. Mateu reaccionaba según el día: lo encajaba, se rebelaba, se hacía buenos propósitos, se cabreaba.

Solo Marc conseguía que se tambaleara. Por algún motivo, Mateu le permitía un discurso contundente que rozaba la agresividad, y durante unos días parecía haberse hecho el propósito de hacerle caso. Dejaba de beber, iba al médico, ordenaba sus horarios. Después volvía a la bebida, y Marc pasaba unas semanas sin dirigirle la palabra, para volver a intentarlo más adelante.

Ahora Marc no estaba y, por si eso fuera poco, Mateu había concentrado en él, en el amigo que se había ido, sus frustraciones y su rabia. Esa noche, los demás asistían estupefactos a la deriva de su amigo, a su torrente de palabras amargas, a la exhibición impúdica de sus celos. Mateu naufragaba y eran los demás quienes buscaban desesperadamente una tabla a la que agarrarse para poder seguir respetándolo y queriéndolo.

Y seguramente eso fue lo que Mateu no pudo soportar. Tenía argumentos para rechazar los reproches de sus amigos, podía revolverse si la crítica se tornaba cruel, pero no sabía dónde buscar el coraje para hacer frente a su desprecio. Lo vio en los ojos de Lidia, en el gesto esquivo de Ada, en la mueca de pesar de Santi.

Por eso, en un momento determinado, cuando la discusión todavía tenía cuerda para largo, Mateu se levantó y anunció que ya había tenido suficiente, que se iba a dormir. Ninguno de los tres intentó impedirselo. Estaban cansados, decepcionados, abatidos.

Mateu se fue demasiado deprisa, prácticamente sin despedirse y, cuando se oyó la puerta, Ada expresó su malhumor. Estaba enfadada, le parecía intolerable que Mateu fuera tan egoísta, tan poco amigo, dijo.

Santi, más que enfadado, estaba triste, y se limitó a coger su chaqueta y a irse. Lúdia —que tenía a los niños al cuidado de su suegra— se quedaba a dormir en casa de Ada para no tener que conducir de noche. Lo despidieron en la puerta.

El trayecto de bajada del ascensor desde el cuarto piso se hizo inusualmente largo. En el cerebro le rebotaban frases enteras de la escena vivida y lo único que le apetecía era meterse en la cama y dormir.

Ya en la calle, le sorprendió la temperatura. La madrugada llegaba envuelta de un aire frío y húmedo que revolvía las hojas secas en las aceras. Santi levantó los ojos y comprobó que no había ni una estrella en el cielo, solo una luna recortada, una sonrisa inclinada como la del gato de Cheshire.

Decidió caminar un poco, hasta la Diagonal, y ver si encontraba allí un taxi para volver a casa. Mientras lo hacía, escribió un mensaje a su mujer, por si estaba aún despierta: «Ya de regreso».

Pasó junto a un hombre que dormía en un banco cubierto con un plástico. Un perro pequeño y peludo dormía también en el suelo, justo debajo del hombre. Le llegó un hedor denso y contuvo la respiración unos segundos mientras cruzaba la calle. Se oía ya el runrún del tráfico de la Diagonal.

Se encontró de cara con un coche de los *mossos* ocupando el chaflán. Vio a cuatro agentes y a cuatro o cinco personas más. En un primer momento, creyó que debía de haber habido una pelea o un robo. No parecía que hubiera ningún coche accidentado. O quizá sí: había un Renault rojo en el centro de la calle, pero no tenía la carrocería abollada. Apoyado en el capó, un chico joven se tapaba la cara con las manos y una chica lo abrazaba torpemente. Santi se acercó al grupo de personas que había formado una barrera delante de él. Y, justo cuando estaba a punto de llegar hasta ellos, entendió que al otro lado, en la calzada, debía de haber alguien herido. Por eso había un hombre agachado y uno de los agentes también se había inclinado hacia el suelo. Su compañero le pedía a la gente que se apartara. Instintivamente, también él dio un paso atrás. Y cuando todos se alejaron un poco, vio un trozo de tela de unos vaqueros y unas zapatillas de deporte. En ese momento podría haberlo intuido. Podría haber reconocido las zapatillas, pero ni siquiera se le ocurrió pensarlo. Solo cuando llegó la ambulancia y el sonido estridente de la sirena le puso la piel de gallina le sobrevino un pensamiento fugaz, brevísimo, que podría considerarse un presagio. Solo se preguntó: «¿Quién será?», admitiendo de algún modo la posibilidad de que podía conocer a la persona que estaba estirada en el suelo, sobre el asfalto, en mitad de la ciudad.

Los agentes ordenaron a los curiosos que se hicieran a un lado para que los médicos pudieran acercarse.

—¿No llevaba casco? —preguntó uno de los de la ambulancia. Y el agente negó con la cabeza. Fue un gesto tan pesimista, tan terriblemente negativo...

Tras negar con la cabeza para transmitir su diagnóstico, el agente se incorporó para dejar trabajar a los sanitarios. Y fue justo entonces, mientras el médico decía «está muerto», cuando Santi pudo ver que el muerto, aquel muerto, era Mateu.

Estaba tan paralizado, tan helado por dentro, que tardó unos minutos en decirlo. El agente se dirigió al grupo de mirones y les dijo que el hombre estaba muerto, que allí ya no tenían nada que hacer, que hicieran el favor de marcharse y dejarlos trabajar, que ahora tocaba identificarlo. La gente empezó a irse, Santi consiguió articular una frase que al principio dijo en voz tan baja que nadie lo oyó. Después repitió: «Yo lo conozco».

Las piernas le flojeaban, así que el agente que se había acercado a él al oírlo, al darse cuenta, lo sujetó por el codo. Después lo acompañó al coche patrulla para que pudiera apoyar en él la espalda.

—¿Lo conocía? ¿Era amigo suyo?

Aunque el tono era de extrema amabilidad, Santi acusó el golpe como si el agente le hubiera dado un puñetazo, y otro. Conocía. Era. Y allí, con el culo apoyado en el coche y las piernas clavadas en el suelo, Santi entendió la inmensidad de ese momento, que duraría para siempre. Mateu no es. Era. Para siempre. Meses atrás había tenido que imaginar a Marc sepultado por la nieve allí arriba, en el Everest, para toda la eternidad. Pero Marc había vuelto.

Y ahora sabía que Mateu se quedaría para siempre tumbado en el suelo del cruce entre Diagonal y passeig de Gràcia. No volvería. Seguiría allí echado para siempre y los coches pasarían junto a su cuerpo, y los transeúntes, al cruzar, procurarían esquivarlo o pasarle por encima levantando las piernas. Quizá algún motorista loco y bebido como él le pasara por encima.

Ayudó a los agentes a localizar el teléfono de la residencia donde vivía la madre de Mateu. Les confirmó que esa era su única familia. Esperó a que se llevaran el cuerpo —el cadáver, decían ellos—. Y la palabra se agrandaba y resonaba: cadáaaveeerrr.

Mientras circulaban hacia Sant Adrià, tuvo todo el rato el móvil en la mano. Tenía que avisar a Ada y a Lúdia. Y a Marc.

No lo hizo. Ya en casa, se sentó en el sofá y dejó el móvil encima de la mesa, delante de él. Si no los llamaba, no se enterarían. Sería como si no hubiera ocurrido. Se sintió poderoso, un poco dios. No se lo diría hasta el día siguiente.

Marc llegó a Barcelona cuando faltaban solo veinte minutos para que diera comienzo el funeral. Fue una ceremonia laica, breve, sin música ni recordatorio impreso. La sala del tanatorio, de madera clara y cristal, toda austeridad y silencio, estaba, eso sí, presidida por una pintura de Mateu. La había elegido Ada y estaba colocada en un caballete al lado de donde —unos segundos después de empezar— unos hombres de la funeraria habían dejado el ataúd. Era un cuadro muy representativo de la obra de Mateu: confuso, abigarrado, caótico. Imágenes turbias superpuestas componían un mundo desconcertante, ininteligible. Con los años, el desorden se había acentuado, los colores se habían oscurecido, los reflejos se habían multiplicado hasta invadirlo todo. Rojos sangre, grises sucios, manchas marronáceas y nada más salvo el tornasol de aquellas imágenes duplicadas, como una reverberación infinita.

Santi y Lúdia acompañaron a la madre del muerto, que era poquita cosa y caminaba encogida y muy despacio, hasta el primer banco. Tenía un alzhéimer muy avanzado, y por eso no estaban seguros de que hubiera entendido lo ocurrido. Su expresión era de espanto y miraba a su alrededor desorientada. Se sentó con ellos, dócil y callada, y solo cuando hizo su entrada el ataúd le cogió la mano a Lúdia y se la apretó. Lúdia notó los huesos de los dedos, esa piel delgada que parecía a punto de romperse.

Marc —unas sombras liliáceas bajo los ojos lo habían hecho envejecer de golpe— se dirigió a los asistentes, que no superaban la veintena, y habló del amigo muerto, de su vocación fidelísima, de su anhelo por crear una obra que perdurara. Recordó al Mateu joven y ambicioso de la facultad de Bellas Artes, aquella personalidad arrolladora, la mirada inquieta, un talento que estaba todavía por formar pero que emergía ya con insolencia. Habló del viaje a París, que había forjado una amistad que —cómo adivinarlo en aquel entonces— sería de larga duración. *Amistad a lo largo*, como habría dicho Gil de Biedma.

Pareció que había terminado, dio incluso un paso en dirección a los bancos que lo situó más cerca del ataúd. Lúdia lloraba con pequeños sollozos y Ada, sentada con la espalda recta, con la mirada perdida en el horizonte, dejaba que le resbalaran las lágrimas, que le surcaban las mejillas hasta que, al

llegar al hueso de la mandíbula, se precipitaban al vacío.

Y entonces Marc pareció pensarlo mejor y se detuvo. Sacó un papel del bolsillo y dijo: «Os lo leeré. Os leeré el poema de Gil de Biedma que tanto le gustaba a Mateu. Que tanto nos gustaba».

Sostuvo el papel con la mano derecha y, con parsimonia, apoyó la otra mano derecha en el ataúd, que solo tenía encima una rosa roja de tallo largo.

Pasan lentos los días  
y muchas veces estuvimos solos.  
Pero luego hay momentos felices  
para dejarse ser en amistad.

Mirad:

somos nosotros.  
Un destino condujo diestramente  
las horas, y brotó la compañía.  
Llegaban las noches. Al amor de ellas  
nosotros encendíamos palabras,  
las palabras que luego abandonamos  
para subir a más:  
empezamos a ser los compañeros  
que se conocen  
por encima de la voz o de la seña.  
Ahora sí. Pueden alzarse  
las gentiles palabras  
—esas que ya no dicen cosas—,  
flotar ligeramente sobre el aire;  
porque estamos nosotros enzarzados  
en mundo, sarmentosos  
de historia acumulada,  
y está la compañía que formamos plena,  
frondosa de presencias.  
Detrás de cada uno  
vela su casa, el campo, la distancia.  
Pero callad.  
Quiero deciros algo.  
Solo quiero deciros que estamos todos juntos.  
A veces, al hablar, alguno olvida  
su brazo sobre el mío,  
y yo aunque esté callado doy las gracias,  
porque hay paz en los cuerpos y en nosotros.  
Quiero deciros cómo todos trajimos  
nuestras vidas aquí, para contarlas.  
Largamente, los unos a los otros  
en el rincón hablamos, ¡tantos meses!

que no sabemos bien, y en el recuerdo  
el júbilo es igual a la tristeza.  
Para nosotros el dolor es tierno.  
¡Ay, el tiempo! Ya todo se comprende.

Leyó el último verso con la voz un poco quebrada, apenas un leve temblor, y respiró satisfecho de haber podido llegar al final. ¡Ay, el tiempo! Ya todo se comprende. El verso quedó incrustado en aquel silencio extraño que de pronto rompieron una miríada de ruidos insignificantes. Los asistentes se sonaban, se levantaban y las telas de los vestidos crujieron un poco.

Pero no era cierto. Nadie, ninguno de ellos, comprendía nada de nada. Estaban desconcertados, incrédulos ante ese súbito final que no habían esperado. No sabían de qué modo enfrentarse al sentimiento de culpa, al arrepentimiento estéril, a la desesperación. Tenían que asumir que esa muerte, la muerte de Mateu, había flotado como un fantasma ante sus ojos durante los últimos años y que ellos no la habían visto, no habían querido verla.

Tenían que encajar las dudas razonables: si la fatalidad había actuado libremente o con condicionantes, si ellos eran colaboradores necesarios o si se habían mantenido al margen y esa ausencia era, precisamente, lo que los hacía aún más culpables.

Después de acompañar a la madre de Mateu de regreso a la residencia, fueron al piso de su amigo —Lidia tenía una llave—, empujados por una necesidad insoportable de volver a encontrarse con él, de estar a su lado.

Se sentaron en esa sala de aspecto tan raro, a medio camino entre el comedor de un piso antiguo de una persona mayor y el estudio de un artista. El sofá y los muebles estaban cubiertos con sábanas.

Emocionada, Lidia comentó que Mateu se había preocupado de proteger los muebles de su abuela al tiempo que Ada arqueaba las cejas y señalaba, sarcástica, las iniciales bordadas en la sábana que cubría el sofá. Mateu. Lo que arreglaba por un lado lo estropeaba por otro.

Allí sentados revisaron los cuadros de su amigo, los que había pintado durante los últimos meses, apilados en un rincón junto al balcón. Colocaban uno en el caballete, lo contemplaban durante un rato, Marc o Ada pronunciaban algún comentario crítico, lo quitaban y ponían otro. La pintura les hablaba de Mateu, de sus inquietudes, de su mundo cada vez más enredado, más tenebroso, más lleno de monstruos. Fue como mantener una conversación póstuma con él, y les dolió que esa actitud receptiva que todos mostraban instintivamente entonces no hubieran podido mostrarla en los últimos tiempos, cuando escuchar el discurso barroco y atormentado de aquel Mateu excesivo se había convertido en algo excesivamente incómodo.

Y Mateu, desde los colores sanguinolentos de sus cuadros, los interpelaba con la clarividencia de antes, cuando tenía la mirada viva y alerta y aquella lucidez que había llamado la atención de profesores y compañeros, y la de sus propios amigos. En esas pinturas, bajo varias capas de óleos, estaba todavía la esencia de Mateu. ¡Qué tristeza, cuánta rabia la de aquella noche, volviendo a descubrirla cuando ya de nada servía!

Y, sin embargo, los amigos eran conscientes de que, aun habiendo sido más generosos, más vigilantes, habrían sido incapaces de salvarlo del fragor que llevaba dentro. Era una confusión cuyas raíces se habían hundido con mucha fuerza en las noches de pánico de aquel niño que oía golpes y gritos, en el adolescente perdido que notaba la tentación del túnel por el que circulaba, raudo, el tren, en el hombre loco de amor y prisionero de su propia paranoia, en el amigo celoso.

De madrugada, Marc se incorporó y estiró la musculatura de la espalda y desentumeció el cuerpo, encogido después de tantas horas en aquel sofá cubierto con la sábana blanca con las iniciales bordadas: Una A y una M entrelazadas.

Lidia las repasaba con el dedo: Una A de Alert. Y una M...

—Chicos, me voy a descansar un poco. Mañana iré a ver a mi madre. Lidia, ¿comemos juntos con los niños?

Ella dijo que sí con la cabeza, distraída, todavía concentrada en las iniciales, unidas la una a la otra como si se abrazaran, como un símbolo del amor matrimonial. ¿Dónde debía de estar el amor de esa A y esa M? Estaban muertos, su amor se había desvanecido, pero la sábana todavía seguía allí.

—Y pasado mañana me voy a París. Me sabe fatal irme tan pronto, pero tengo la inauguración de la muestra.

El tono era tan compungido... Parecía que se estuviera disculpando, que le diera vergüenza. Santi se levantó y se acercó a él con los brazos abiertos, ofreciéndole un abrazo, un afecto sincero, una amistad permanente: *solo quiero decirles que estamos todos juntos*.

Y entonces Marc lloró un poco. Fueron unos sollozos breves y compactos que dejó escapar mientras ocultaba el rostro sobre el hombro de Santi. Y Santi, después de dejarlo llorar un rato, le dijo que lo acompañaría a París, que le hacía mucha ilusión ir, y que Ada también iría con ellos, «¿verdad, Ada?».

Y Ada dijo que sí, que no pensaba perderse por nada del mundo, y se acercó también a Marc, que seguía de pie en el centro del comedor, con los hombros caídos y un poco encorvado. Se quedó a su lado, muy cerca de él aunque sin tocarlo, mientras Marc se secaba las lágrimas y se quedaban todos en silencio durante un momento. [...] *Pueden alzarse / las gentiles palabras / —esas que ya no dicen cosas—, / flotar ligeramente sobre el aire.*

Lidia estaba sentada sola en el sofá cubierto con la sábana. Los miraba. Le pareció que lo hacía desde una atalaya, como si se hubiera subido hasta allí para ver bien todos esos años vividos. Con la yema de los dedos trazaba todavía las letras, y el relieve del bordado le pareció en ese momento más pronunciado.

Lo dijo desde el sofá, sin pensarlo: «Yo también voy. Yo también quiero ir a París». Marc todavía miraba al suelo, con la cabeza gacha y el gesto vencido, y, cuando la oyó, ni siquiera la miró, porque sabía que sin palabras ni gestos, incluso sin cruzar con ella la mirada, Lidia sabía exactamente lo que él sentía.

—¿Vamos en coche, no? —Ada alzó excesivamente la voz a causa de la excitación.

Salieron de casa de Mateu hablando del coche, de quién conduciría, de la autopista, de aquel primer viaje a París.

Dos días más tarde se encontraron a las cinco de la mañana. El cielo estaba tan claro que parecía blanco y la ciudad todavía remoloneaba.

Habían decidido que Santi conduciría el primer tramo. Lidia iba sentada a su lado con expresión seria, escondida tras sus gafas de sol. Ada y Marc iban sentados detrás y ella pedía música, «por favor, no quiero que me pongáis la cabeza como un bombo hablando de vuestros pintores preferidos como entonces». Como entonces. Las palabras tardaron un poco en fundirse. Fue algo imperceptible, como si el tiempo se hubiera ralentizado unas milésimas de segundo. *Para nosotros el dolor es tierno.*

## Epílogo

La gente a la que queremos enferma, pasa por graves dificultades, se hunde en la tristeza, se muere. Y nosotros seguimos avanzando. Es cierto que su dolor nos hace daño, que su miedo nos desasosiega, que nos desconcierta verlos en la intemperie emocional. Nos detenemos durante un instante a su lado, intentamos que no tropiecen, y si lo hacen los ayudamos a levantarse. Quizá incluso nos desviamos un suspiro del camino que teníamos trazado y les dedicamos un poco de nuestro tiempo pero, al final, reemprendemos la marcha y seguimos caminando como si no tuviéramos elección.

Probablemente no haya elección, o avanzas o estás perdido. Como si la vida fuera una fuerza extraña que nos empuja hacia delante, que nos convence de que no hay que mirar atrás ni a los lados, siempre adelante. Queremos estar vivos, sanos, hacer cosas, avanzar. Como si no supiéramos que, a medida que avanzamos, nos vamos acercando al final. Y, una vez cruzada la meta, nosotros habremos desaparecido y los demás, incluso quienes más nos han querido, seguirán caminando, un paso tras otro, como lo hemos ido haciendo nosotros, echando de menos a los que han dejado la carrera.

A todos nos da miedo el abismo. El abismo en forma de muerte, de soledad, de vacío existencial. Pero aun así, a pesar de la proximidad del abismo, sentimos el impulso de la vida, que no nos permite detenernos ni mirar atrás. Es una fuerza potente, vigorosa, como ráfagas de viento que empujan, como el aliento de cien mil trompetas, como una granizada ruidosa que nos lleva a buscar cobijo con urgencia.

Todos lo tenemos cerca, pero hay quien no puede apartar la mirada del precipicio, mientras que los demás solo de vez en cuando pasean por él la vista, como para calcular su profundidad. Hay algunos espabilados —o cretinos— que no se lo plantean nunca. Caminan con la cabeza gacha, mirándose los pies y, mientras esquivan el pánico que provoca en ellos la profundidad, también se pierden la belleza del horizonte, el prodigioso perfil de las cimas, el vuelo de las gaviotas, las nubes.

Todos, los que pierden el equilibrio de tanto asomarse al vacío, los que caminan a menudo con paso alegre sin mirar abajo y los que hacen el camino con la mirada absurdamente clavada en el suelo, todos, tenemos la necesidad de seguir avanzando.

A medida que se hace camino, la barandilla parece más débil, cada vez hay menos sombras placenteras y el terreno es más accidentado. Pendientes, zarzas, guijarros que nos hacen resbalar, telarañas pegajosas adheridas al pelo, insectos de toda clase que zumban, se mueven, rumorean, bullen.

Todos los caminantes tienen el afán de persistir, de seguir adelante, pero solo algunos, muy pocos, poseen una pulsión inequívoca, una vibración que los obliga: la ambición de permanecer.

## Agradecimientos

Quisiera expresar mi agradecimiento a las personas de mi entorno que han querido leer esta novela cuando todavía no estaba editada y me han ayudado a mejorarla. Muy especialmente, quiero dar las gracias al profesor Daniel Nomen, que le dedicó su tiempo y atención y me hizo llegar sus comentarios con la generosidad y la delicadeza que lo caracterizan. También quiero destacar la ayuda que recibí de mis amigos pintores, Àlvar Farré y Pere Llobera, que me ayudaron a entender el mecanismo que les permite crear pinturas extraordinarias.

*Los viejos amigos*  
Sílvia Soler

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Els vells amics*

© Sílvia Soler, 2017

© de la ilustración de la cubierta, Sally Gilles / EyeEm/ GettyImages.  
Diseño de Lidia Vilamajor

© de la traducción del catalán: Alejandro Palomas, 2017  
La traducción de esta obra ha contado con la ayuda del Institut Ramon Llull



© Editorial Planeta, S. A. (2017)  
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
[www.edestino.es](http://www.edestino.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2017

ISBN: 978-84-233-5208-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.  
[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NARRATIVA  
**CONTEMPORÁNEA**

---



¡Síguenos en redes sociales!

